[redacted] ABRAHAM GUILLEN

DESAFIO AL PENTAGONO

320.98003 G958

la guerrilla latinoamericana

Editorial ANDES

Autorrerato de A. GUILLEN:

Mi mayor suerte ha sido sobrevivir a la sangrienta guerra civil y a la cruenta represión que le siguió. Por amor a la libertad, me evadí dos veces de las prisiones franquistas, con gran riesgo de mi vida. Si fuera creyente, diría que todavía existo porque me ha protegido un dios tutelar, como a los personajes de las tragedias griegas.

Quizá mi mejor obra, como escritor, sea "La agonía del imperialismo"; pero constituyó mi propia agonía: luego de su publicación, me echaron de todos mis empleos en la Argentina.

Tendría motivos para pensar que soy un escritor incomprendido: los comunistas me llaman trotskista; los trotskistas dicen que soy anarquista; los anarquistas dogmáticos me señalan como anarco-marxista; pero yo me justifico y defino con mis obras y hechos: cuando veo una contradicción la llevo hasta sus últimas consecuencias; en cambio, los filósofos oportunistas retroceden al entrar en el terreno peligroso de la lucha social y política.

Mi héroe preferido es Espartaco; el mito que más admiro, Prometeo; el economista que más ha influido en mí, Marx; estimo que el filósofo más completo es Hegel; el revolucionario más ejemplar, Bakunin; el héroe de nuestro tiempo, es el "Che" Guevara; considero como el más genial de los escritores en una sola obra, a Cervantes, con Don Quijote; pienso que el más grande táctico fue Aníbal; el mejor estratega, Sun Tze, y el hombre de acción más práctico, Fidel Castro; diría que en la ironía del devenir histórico, la mayor contradicción, es actualmente, el enigma URSS - China; creo que la Revolución no la hace la topografía (que es un elemento pasivo), sino los hombres dotados de conciencia activa y unidos a otros hombres (civilización urbana).

Mi mayor ilusión sería la unidad de América Latina para constituir una gran república federal, como la más grande nación de comienzos del siglo XXI; pero ello no será posible sin la guerra entre las dos Américas. Como estratega de la guerra revolucionaria, pienso que David puede volver a vencer a Goliat.

Un revolucionario, para merecer tal título, debe dominar la economía, la dialéctica, la política y la estrategia; cargarse de paciencia, defenderse con la ironía y emplear la acción a su debido tiempo.

Tengo fe en las mujeres. Una revolución que no las incorpore es una revolución a medias. Creo en las mujeres porque mi madre, teniendo los tres hijos presos durante la represión franquista, nunca se desmoralizó ni vino a llorarnos delante de las rejas.

En fin, dentro de lo humano, el amor más grande creo que está simbolizado por mi compañera: fue a la cárcel por mí; sufrió miserias y sinsabores (propios de mi lucha); cómo todavía me aguanta y no me ha abandonado; creo en el amor cuando está cimentado por la unidad espiritual, moral y de ideas.

Copyright by
Abraham Guillén.
Montevideo, 1969.

Editorial ANDES
Casilla de Correos, N.º 1041
Montevideo - Uruguay.

Abraham Guillén

DESAFIO AL PENTAGONO

La Guerrilla Latinoamericana

EDITORIAL ANDES
MONTEVIDEO (URUGUAY)

OBRAS DEL AUTOR

El destino de Hispanoamérica (Distribuido por Editorial Bajel, Maipú 356. Buenos Aires, 1952).

Radriografía del Plan Prebisch (Editorial Guitem, Buenos Aires, 1952).

La oligarquía en la crisis de la economía argentina (Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, Diag. R. S. Peña N.º 570, Bs. As., 1956).

Monopolios y latifundios contra la economía argentina (Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, Diag. R. S. Peña 570, Buenos Aires, 1956).

La agonía del imperialismo (dos tomos). Un esquema de la economía mundial de posguerra (Editorial Sophos, Malabia 1379, Buenos Aires, 1957).

Historia de la revolución española (Edit. Coyoacán, Buenos Aires, 1961).

El imperialismo del dólar o la lucha entre las dos Américas (Edit. Peña Lillo, Buenos Aires, 1962).

Veinticinco años de economía franquista (Editorial Periplo, Buenos Aires, 1964.

Teoría de la violencia (Edit. Jamcana, Corrientes 989, Buenos Aires, 1965).

El dilema económico de América Latina (Edit. Nativa de Libros, Montevideo, 1967).

Uruguay: país en crisis (Edit. Nativa de Libros, Montevideo, 1966).

Checoslovaquia 1968 (En colaboración con otros autores, Edit. Mordejai Anilevich).

Dialéctica de la Política (Edit. Cooperativa Obrera Gráfica, Misiones, Montevideo, 1967).

Pesca industrial y desarrollo económico (Montevideo, Edit. U.T.U., 1968).

INTRODUCCION

La Revolución anticapitalista *es un fenómeno de nuestra época: la crisis general de la sociedad burguesa (en los países industrializados), la de las oligarquías terratenientes (en los países subdesarrollados) y la de las burocracias totalitarias (en los países de capitalismo de Estado), indicaría históricamente, en la segunda mitad del siglo XX, que* nos aproximamos a un período crítico de revoluciones sociales, de guerras revolucionarias de liberación, de guerras imperialistas, de huelgas revolucionarias, de conflictos sociales y de insurrecciones populares a la escala universal, que harían de nuestro siglo el tiempo histórico más revolucionario de la humanidad.

Estamos en una **época de guerras mundiales; unidas a** revoluciones *y contrarrevoluciones, siendo las unas consecuencias de las otras, o marchando paralelamente. Las revoluciones nacionales, en el "Tercer Mundo", y las revoluciones sociales, en el mundo industrializado, han sido fruto de las guerras imperialistas de 1914-18 y de 1939-45. Sin las guerras, Lenin, Tito, Mao y otros no habrían llegado al Poder, ni los países afro-asiáticos hubieran ascendido a la soberanía nacional, por más precaria o simbólica que ésta sea. Sin embargo, la Revolución Española y la Revolución Cubana se hicieron sin mediar las guerras imperialistas: el pueblo estaba preparado para la* acción directa.

Nuestro mundo es más revolucionario que el tiempo de la Gran Revolución Francesa, que el 1917 de la Revolución Rusa y que el de los movimientos de liberación afro-asiáticos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, ya que la revolución anticapitalista se proyecta a escala universal contra las oligarquías del "Tercer Mundo", las burguesías de los países industrializados y las burocracias omnipotentes, en países de capitalismo de Estado.

Una nueva crisis económica mundial (que puede estallar en cualquier momento), una tercera guerra mundial, que es propia de la desigualdad económica entre las naciones: (pueden ser la chispa revolucionaria que encienda la pradera). Todo está dado, objetivamente, para una revolución socialista; pero subjetivamente, falta una praxiología *(ciencia de la acción), para que sea derrotada la burguesía, militarmente.*

Nada es más importante a la hora actual que una praxiología científica del revolucionario, para no confundir táctica con estrategia; para que la economía, la política, la historia y la dialéctica, den al revolucionario profesional una visión clara de la decadencia y debilidades de la sociedad que fenece; para tener una noción objetiva, no voluntarista, de la sociedad que hay que edificar; que debe sustituir ya al capitalismo, al feudalismo residual (países subdesarrollados), al capitalismo de Estado (burocracia soviética) y al imperialismo económico (con una sociedad basada en un federalismo democrático, teniendo como célula básica del nuevo régimen la autogestión *de la economía por los trabajadores).*

Los esclavos *del mundo antiguo pudieron triunfar sobre las oligarquías esclavistas, los siervos del* Medioevo *(en el siglo XIV), estaban en condiciones de derrotar a las aristocracias feudales; los* obreros *y los campesinos de la Reforma y de la Revolución francesa, hubieran vencido a sus explotadores, aristócratas y burgueses; los proletarios de nuestra época, también pueden liberarse de las burguesías y de las oligarquías; pero, en la Antigüedad, la Edad Media y la Edad Contemporánea, para que una clase explotada sustituya a la clase explotadora, hace falta algo más que la victoria militar; hace falta una teoría política, económica, social, moral y filosófica, que sustituya al viejo régimen por un régimen nuevo, que cree más progreso, más cultura, más bienestar, más productividad, más ahorro, más inversión, más fuerzas productivas que el régimen derrocado, más población productiva y menos población parasitaria, más unidad y más fraternidad entre los hombres, más unidad del mundo (sin clases ni naciones rivales), más posibilidades para el hombre de realizarse en la sociedad (liberada del Estado despótico), para que la libertad no sea aparente sino real. La desalienación del obrero será lograda con la gerencia de la producción por los trabajadores: la* alienación *del hombre asalariado será superada únicamente por la* autogestión *y la coges-*

tión *de la economía social por los trabajadores, sin capitalismo privado ni de Estado). No basta con vencer militarmente a una clase opresora y explotadora, hay que sustituirla con ventaja para todos los hombres sin distinción de clases, sin retroceso tecnológico, económico, cultural, político y moral, mediante el socialismo de autogestión.*

Estamos pasando por una época de guerras imperialistas mundiales *y de* revoluciones sociales *de trascendencia universal, aunque comiencen a la escala nacional: el mundo de nuestro tiempo es planetario. Ahora la Historia es verdaderamente universal: ya no queda lugar aparte para las culturas, las civilizaciones y las historias regionales. Una guerra marginal, en no importa qué lugar del mundo, puede producir una conmoción universal; pues las noticias de tal acontecimiento circulan ahora con más rapidez por todo el orbe, que las de la guerra ruso-japonesa de 1905, debido al desarrollo de los medios de comunicación radioeléctrica. La devaluación de una moneda importante puede contagiar devaluaciones en cadena a las otras monedas, lo cual evidencia que el mercado mundial condiciona a los mercados nacionales.*

La crisis económica mundial *se va acumulando lentamente: estallará cuando la cantidad de contradicciones sociales, financieras, comerciales y cambiarias, no resueltas y acumuladas, produzca, por fin, una paralización parcial de las fuerzas productivas del capitalismo, derivándose de ello una desocupación en masa de trabajadores supernumerarios. A un nivel crítico, la* desocupación *creará todas las condiciones objetivas y subjetivas para la Revolución anticapitalista, si la vanguardia revolucionaria arrastra al "ejército de parados", hacia la toma del Poder burgués, para destruirlo y crear la democracia directa de los trabajadores liberados de la dictadura de la burguesía y de la burocracia: como clases opresoras, explotadoras y parasitarias. Si la clase obrera, la clase campesina, las clases medias (proletarizadas), los intelectuales y estudiantes revolucionarios, forman un* frente unido revolucionario, *cuando se produzca una gran crisis económica o una guerra imperialista, arrastran a la masa popular hacia la revolución social, sin dejar que la burguesía haga la guerra para evitar la revolución. Sólo así el pueblo tendrá todas las posibilidades para derrotar al Poder burgués, a condición de convertir la crisis económica en crisis social revolucionaria y la guerra imperialista, en guerra civil.*

Todo estará pronto y dado para una Gran Revolución

Socialista, si los trabajadores se liberan de las burocracias sindicales reformistas y de los comunistas revisionistas de corte soviético. Una Revolución exige, previamente, que los revolucionarios sean dueños de su casa propia, sin que los reformistas sindicales y políticos (social-demócratas y revisionistas sovietizantes), puedan frenar la lucha de clases *de las masas populares, llevada hasta sus últimas consecuencias, sin dejarse engañar por el mantenimiento del pacto económico con la burguesía, en épocas que no cabe ser reformista, sino revolucionario de* acción directa.

Nuestro mundo es extremadamente contradictorio: a) el capital y el trabajo *están separados por las burguesías y las burocracias, para repartir ellas la plusvalía, ignorando a los trabajadores, tanto en el Este como en el Oeste; b) la* ley de la competencia mercantil *opone a unas naciones contra otras, en el mercado mundial, a unos sectores de la burguesía contra otros, en el mercado nacional, bajo una ley de la jungla; c) la* renta diferencial de la tierra *ya es un problema de distintos niveles de productividad por hombres y hectárea, tanto entre las naciones como entre las explotaciones rurales de una misma nación; ch)* la ciudad burguesa explota al campo: *no lo deja prosperar con relaciones inequitativas de precios; d)* las naciones industrializadas *explotan a las naciones subdesarrolladas, comprando caro y vendiendo barato ellas, igualmente que la ciudad burguesa de una nación hace con su campiña; e) el* progreso científico burgués *se ha alienado, convirtiendo el átomo en bomba, que debiera ser una energía para una sociedad igualitaria, socialista, democrática; f) el* átomo imperialista *amenaza con la destrucción de la humanidad, a menos que no se haga la revolución socialista a la escala mundial, como objetivo inmediato de las juventudes obreras, campesinas y universitarias: "carne de cañón" en una tercera guerra mundial; g) el* exceso de fuerzas productivas, creado por el capitalismo, *no se puede contener en el estrecho marco de la economía de escasez permanente, que conviene a los "trusts", los "pools" y "cartels", en manos de las burguesías oligomonopolistas: integradas a escala mundial contra el proletariado: h) sin* socialismo, *el exceso de fuerzas productivas del capitalismo (privado o de Estado) conduce a las* crisis económicas, *a las* guerras imperialistas; *i) unos países tienen cuatro kilómetros cuadrados por habitante mientras que otros se apiñan con 300 y más habitantes por kilómetro; j) los* países industrializa-

dos, *con menos del 30 % de la población mundial, poseen el 80 % de la renta bruta del mundo y del capital industrial, mientras que el "Tercer Mundo" (con el 70 % de la población) sólo dispone del 20 % de la renta mundial, consumen menos del 10 % de la energía mecánica y únicamente cuenta con el 10 % de la producción industrial del mundo; k) unos países (los ricos) crecen a menos del 1 % de población anual, contra casi un 3 % de tasa demográfica de crecimiento por año, los países afro-asiáticos y latinoamericanos; l) en fin*, las contradicciones de la sociedad capitalista se van exasperando y agudizando, *pero las burocracias sindicales reformistas y los comunistas pro-soviéticos las dejan sin resolver, por haber entrado en el pacto con la burguesía (reparto del mundo por el Tratado de Yalta), o mediante convenios sindicales de salarios (en que siempre los precios van por el ascensor y los salarios por la escalera).*

La burguesía contemporánea ha sustituido las constituciones liberales o la democracia representativa *—en muchos países—, por el derecho totalitario de la fuerza armada, constituida en Poder político, particularmente en América Latina, donde el* militarismo *hace la diplomacia, la estrategia, la economía y la política, que le ordena el imperialismo del dólar por control remoto.* La quiebra del viejo orden demo-burgués evidencia que estamos ya en una época de revoluciones y contra-revoluciones: si la vanguardia popular conoce la estrategia de la guerra revolucionaria, triunfa; si la desconoce, el pueblo es domeñado por el militarismo, el feudalismo indígena y el imperialismo: tres enemigos del alma de las masas populares.

En los países latinoamericanos, y en general en países subdesarrollados, se ha terminado el período liberal, en que la burguesía dialogaba con el proletariado, manteniendo los derechos políticos más elementales y la igualdad de trato para precios y salarios; actualmente, el liberalismo económico rige para los precios (libres), mientras los salarios (congelados) descienden en poder adquisitivo, para que paguen la crisis, los obreros.

¿Qué debe hacer el gran sector asalariado, que es la inmensa mayoría de la sociedad contemporánea?, profundizar las contradicciones hasta sus últimas consecuencias revolucionarias, en lucha de clases, o entrar en el "pacto económico permanente con la burguesía", para partir y repartir la masa de plusvalía? Los sindicatos reformistas —incluyendo

a los dirigentes sindicales pro-soviéticos, que se comportan como buenos burócratas—, tienen que hacer honor a la "coexistencia pacífica"; pero dejando que los precios sean libres y los salarios congelados, que haya liberalismo para los precios (intereses de la burguesía) y dirigismo para los salarios (intereses del proletariado), bajo la ley económica del embudo.

Los sindicatos de los combustibles, energía eléctrica, carne, leche, etc. (que se benefician de regímenes de monopolio), suelen disfrutar de altos salarios, de grandes prebendas, extrayendo de la renta bruta nacional más de lo que le aportan, en ciertos casos, lo que los convierte en corporaciones del privilegio. *Así las cosas, ese sindicalismo, esencialmente corporativo, aparece como perteneciente al gran grupo de población asalariada; pero, en el fondo, su "praxis" es burguesa. Frente a ellos, pero no contra ellos, los estudiantes proletarizados representan más el interés general de la nación, del proletariado y de las otras clases oprimidas, pudiendo así producir la "Revolución de Mayo de 1968", en Francia, haciendo más de locomotora de la Revolución que los sindicatos "conservadores", en manos de los comunistas pro-soviéticos, "coexistentes": extremistas del conservadorismo...*

El concepto "clase obrera", luego de un siglo de la publicación del "Manifiesto Comunista" por Marx y Engels, ha experimentado notables mistificaciones en su forma, aunque no en su contenido. En este orden de ideas, los estudiantes (aprendices de técnicos, especialistas y profesionales, que necesita una sociedad tecnológica, pero como asalariados), por tener una visión más general, crítica y científica del capitalismo, pueden convertirse en la locomotora del proletariado moderno, para hacer una revolución socialista, con autogestión de la economía por los trabajadores y la Administración central; pero sin la dictadura onerosa y oprobiosa de las burocracias totalitarias del Este, o de las burguesías monopolistas del Oeste. *El proletariado científico puede unir la técnica, el trabajo y el capital sin intermediarios, tecnócratas o burgueses, que se quedan con la mayor parte de la plusvalía, para consumir, cada uno de ellos, muchas veces más que el mejor obrero pagado, lo cual resta la parte de capital social más noble, para hacer progresar, económica y tecnológicamente, a la sociedad humana, a fin de que la automatización libere, con autogestión y cogestión de la eco-*

nomía por los trabajadores, al obrero de su alienación en el sórdido salario, acordado arbitrariamente por la burguesía o la burocracia, tanto en Oriente como en Occidente.

El socialismo *(frente al* capitalismo de Estado *y al* capitalismo de monopolio, *disfrutados, respectivamente, por las burocracias totalitarias y las burguesías imperialistas), es necesario, ya, para evitar las guerras mundiales, las crisis económicas, las luchas de clases y lo inhumano en la historia; pero el socialismo no puede implantarse por evolución, sino por revolución, por la* acción directa de las masas, *sin entrar en el "pacto económico permanente con las burguesías", sin claudicar, pasivamente, los trabajadores ante las burocracias totalitarias del Este (que se oponen al régimen de autogestión y cogestión de la economía por los trabajadores y la administración central democrática).*

Debemos ir a la instauración de una sociedad socialista, libertaria y humanista, basada en las comunas, cooperativas, granjas colectivas *(en el campo);* en las empresas industriales y los servicios (en cogestión y autogestión entre la Administración y los trabajadores), *que constituyen la infraestructura económica en la ciudad; ambos sectores, ciudad y campo, pueden ser articulados dentro de una* planificación con libertad, *en que las regiones económicas, las federaciones de industria y los consejos de productores, constituyan la base democrática de un socialismo auténtico, desburocratizado, no confundido con el capitalismo de Estado (Este), o con el socialismo burgués o neo-capitalismo (Oeste).*

El socialismo debe rebasar el nacionalismo burgués, el individualismo económico, el burocratismo (político, económico y sindical), el "socialismo nacional" (impuesto por el rublo y los tanques soviéticos en el COMECON), el providencialismo de los jefes revolucionarios infalibles (culto de la personalidad), el sindicalismo corporativo del privilegio, el regionalismo atomizante con un federalismo coherente y democrático, la lucha entre las naciones (que envuelve intereses, sórdidos y particulares, de las burocracias y las burguesías) y la lucha de clases entre los hombres: (disolviendo la propiedad privada en la propiedad social, que crea ya más fuerzas productivas, más progreso y bienestar que la propiedad individual).

Nuestra época es de violencia, de guerras y revoluciones, de huelgas, de rebeliones estudiantiles, de guerrillas antiimprialistas, de imperialismo avasallante, de capitalismo mo-

nopolista (en que unas pocas familias explotan a todo un pueblo), de abundancia y de miseria paralelas (entre países ricos y países pobres, entre burgueses y proletarios). Actualmente, la burguesía, que antes respetaba el derecho político representativo, se ha vuelto muy violenta: no respeta a la oposición, sobre todo, en los países latinoamericanos donde los "golpes de Estado", modifican en unas horas de "ruido de armas", lo que costó organizar, pacientemente, en unas elecciones. *Es, pues, por la Revolución y no por la elección que el pueblo tiene que recabar sus derechos económicos, políticos y sociales, cuando la dictadura militarista es la contestación a la democracia auténtica.*

Vivimos en un siglo de hipocresía política: la burguesía imperialista y sus lacayos de las burguesías nacionales, afirman, en abstracto, su fidelidad al ideario democrático; pero sólo en cuanto éste responda a la defensa de los intereses de los grupos monopolistas e imperialistas de la riqueza de las naciones. *Los actos de los gobiernos cipayos, serviles del imperialismo, particularmente en Latinoamérica, desmienten los principios teóricos de la democracia burguesa, ya que, a la primera huelga obrera, esos gobiernos responden con la represión a cualquier intento de modificación de la tasa de plusvalía alta para las oligarquías y las plutocracias. La violencia es criticada por los burgueses, penada en sus códigos; desatada por ellos, apoyándose en la "legalidad" de la fuerza, en las dictaduras pretorianas, que suprimen el derecho de huelga (para salvar a las monedas nacionales de la inflación); pero que no confiscan, paralelamente, las rentas parasitarias del capitalismo imperialista, el burocratismo y las oligarquías terratenientes.*

Se ha roto el pacto político democrático entre la burguesía y las clases proletarizadas, que existía bajo el liberalismo político y económico. El capitalismo de monopolio ha creado un espíritu totalitario, concomitantemente, en la política, en el aparato del Estado. El dirigismo económico ha determinado el dirigismo político, comenzando por la nacionalización de los sindicatos obreros, sometiéndolos a contratos colectivos de trabajo impuestos, discrecionalmente, por los gobiernos, para que el sector asalariado —la gran masa de la población— pague la crisis, dejando que los salarios vayan muy detrás del alza de los precios, bajo el régimen de las inflaciones y las devaluaciones monetarias, al servicio de las oligarquías y de las plutocracias imperialistas.

La burguesía ya no tiene respuestas ni ideales que sean válidos para la mayoría de la población, o que estén en interés de la nación, como cuando se sustituía a la aristocracia por la burguesía, en las revoluciones antifeudales. Ahora el interés general de la nación y el de las clases medias, y mucho menos de la plebe, no coinciden con los intereses particulares de las burguesías nacionales, que se han colocado a contrapelo de la historia, de las necesidades populares, del desarrollo cultural, económico y tecnológico de los pueblos. *Como las burguesías se oponen a socializar la riqueza, para resolver las crisis y a unificar las naciones, para evitar las guerras, están ya de más en la historia; deben ser barridas por el interés general, representado por los técnicos, los intelectuales, los obreros, los campesinos y la inmensa mayoría de la sociedad. La burguesía debe ser sustituida por una coalición de "fuerzas del descontento" —80 al 90 % de la opinión de cada país—; pero articuladas esas fuerzas como programa coherente de acción política y revolucionaria de la Inteligencia, el Trabajo, el Capital social; es decir, por las clases medias proletarizadas (profesionales, técnicos, estudiantes, etc.), los campesinos pobres (peones, medianeros, arrendatarios, pequeños propietarios) y los obreros auténticos (no pertenecientes a las corporaciones privilegiadas), que quieren seguir, permanentemente, el "pacto con la burguesía", dejando abandonados a los sectores más plebeyos de la clase obrera. El descontento, en la acción, debe hacer la Revolución, incluso con los sectores católicos o cristianos que van hacia el socialismo humanista.*

La burguesía retrógrada, contraria a los propios avances tecnológicos que realiza el propio capitalismo en su desarrollo cibernético, no socializa la riqueza sino que más bien la monopoliza, creando así una contradicción que conduce a la guerra (entre las burguesías imperialistas) y a la lucha revolucionaria (entre burgueses y proletarios). Tercamente, la burguesía quiere hacer prevalecer el pasado sobre el presente, lo cual es extensible a las burocracias sovietizadas, creándose así, en el mundo de nuestro tiempo, una coyuntura revolucionaria, tanto en el Este como en el Oeste donde las ideologías burguesas y burocráticas están agotadas. En el Occidente se está acabando el período político rosado de "entente" entre los sindicatos reformistas, los gobiernos demo-cristianos, los socialistas burgueses y los imperialistas norteamericanos.

El estudiantado, las nuevas generaciones del proletariado, los intelectuales más lúcidos, la clase obrera más proletarizada, los campesinos empobrecidos, forman legión revolucionaria, para acabar con el exclusivismo burgués o burocrático, como eterno poder Político: sin los trabajadores, los campesinos, los estudiantes y los intelectuales.

La coyuntura revolucionaria del mundo es inmejorable: las burguesías monopolistas y pro-yanquis del Oeste y las burocracias totalitarias pro-soviéticas del Este, tienen una disyuntiva histórica: o permiten el cambio socioeconómico hacia el socialismo, o recurren a la fuerza para impedirlo como ya lo están haciendo en Francia (1968), con la "Revolución de Mayo"; en Checoslovaquia (1968), con la invasión soviética, resistida por todo el pueblo checoslovaco. Pero el camino de la represión popular, de la fuerza bruta, es la negación de las burguesías y de las burocracias; es el camino de la insurrección popular, para establecer por la violencia, contestando a la violencia, la paz fecunda en el trabajo, que la burguesía ya no puede cumplir, en el desarrollo de los pueblos. La Revolución es necesaria, objetivamente, para no desperdiciar fuerzas productivas y para desarrollarlas; para que la sociedad sea dirigida no por clases privilegiadas, sino por el pueblo mismo constituido en sujeto de la historia, sin la mediación onerosa de las burocracias totalitarias y de las burguesías monopolistas, del Este o del Oeste.

A causa del fracaso del capitalismo de Estado en Oriente y del capitalismo de monopolio en Occidente, vamos hacia un anarquismo científico, para superar el socialismo burgués, el neo-capitalismo y el burocratismo soviético. Un anarquismo científico es posible conociendo a fondo las leyes de la economía, de la naturaleza, de la historia y de la sociedad, para ser aplicadas en beneficio del hombre liberado, desalienado. Pues la alienación sólo se resuelve con el socialismo de autogestión: sin explotación del hombre por el hombre; sin burocracias ni burguesías; sin propiedad burguesa ni estatal.

CAPITULO 1

LA DIALECTICA DE LA GUERRA

LAS CATEGORIAS DEL ARTE MILITAR

Un ejército está compuesto de partes que integran un todo. Alguna de estas partes pueden ser destruidas en el curso de algunas campañas, pero si se sabe hacer la guerra estratégicamente, el ejército nunca será aislado para ser aniquilado.

La filosofía de la guerra aconseja no entrar nunca en una batalla problemática: hay que dar una batalla decisiva cuando se está seguro del triunfo, mediante un conocimiento estratégico.

No debe desencadenarse una insurrección armada contra el Estado burgués, si no están dadas las condiciones revolucionarias objetivas y subjetivas; es decir, si no opera todavía a favor del movimiento revolucionario la lógica de los hechos y las leyes históricas.

Mientras un ejército revolucionario no es poderoso, su estrategia estriba en realizar operaciones ofensivas y defensivas que proporcionen, diariamente, pequeñas victorias propias y derrotas al enemigo. Esta estrategia debe practicarse hasta que la correlación de fuerzas en presencia sea favorable al Ejército Popular de Liberación. Durante la primera fase de la guerra revolucionaria hay que evitar ser blanco de las armas pesadas enemigas: no hay que quedarse de objetivo militar, pegándose al terreno. Contra la táctica del enemigo, que quiere aniquilar la guerrilla, en una sola batalla, hay que recurrir a la estrategia de combatir en muchas y pequeñas batallas, que debe perder el enemigo hasta cansarse y desmoralizarse.

No hay que lograr éxitos tácticos que constituyan, a la larga, derrotas estratégicas. Por ejemplo la operación Teruel

—desencadenada por los republicanos contra los franquistas en 1938— fue, inicialmente, un triunfo táctico; pero, posteriormente, se convirtió en una derrota estratégica de gran significación, ya que los franquistas, en su contraofensiva, cortaron el territorio republicano en dos frentes: el Centro-Sur y el de Cataluña-Aragón. En una guerra política, no todo se decide por las armas, al modo de las ofensivas sistemáticas de los países imperialistas.

Las tropas y el material gastados por los republicanos españoles en la ofensiva de Teruel y en la batalla del Ebro, los dejaron agotados y, por tanto, a merced del enemigo, que pudo así ganar la última batalla, por extenuación del adversario. El error estratégico de estas dos operaciones estriba en que los republicanos no debían acelerar la terminación de la guerra decidiéndola por las armas; pues importaba, ganar tiempo, hasta que Europa tuviera que entrar en la segunda guerra general, a fin de que los republicanos contaran a su favor con la contradicción democracias-países totalitarios, que estalló en 1939.

Para ganar tiempo, en España, la estrategia imponía la doctrina de la economía de fuerzas, incluso recurriendo, si preciso hubiera sido, a la creación de un frente discontinuo de grandes y pequeñas unidades guerrilleras. En este sentido, la guerra no puede ganarse hasta que no maduran las condiciones internas y externas que le son inherentes: aspectos económicos, diplomáticos, sociales y políticos que sean contrarios al triunfo del adversario y favorables a la causa propia.

Entre naciones de gran poderío industrial cabe la estrategia de la ofensiva sostenida o de la "guerra relámpago", a base de librar grandes batallas; entre una nación subdesarrollada y una nación industrializada, la guerra tiene una estrategia diferente que entre los países imperialistas.

Un país débil, que lucha contra otro fuerte, debe hacer una guerra maniobrera, con armas y unidades ligeras de gran capacidad de fuego y movilidad. Las ofensivas guerrilleras han de hacerse después que el servicio de información, en campo enemigo, indique, con precisión rigurosa, las zonas vulnerables, aisladas y dispersas del adversario. Hay que operar, en principio, contra tropas provistas de artillería anticarro para apoderarse de esas armas y emplearlas luego, con ventaja, contra el enemigo; pues contando con "bazookas", con minas plásticas anticarro y con artillesobre un ejército mecanizado, como el ejército norteame-

ricano. La guerra de Corea y de Vietnam son una buena prueba de esta táctica que permite batirse ventajosamente frente a un enemigo más poderoso que el ejército propio en material de guerra: pero que su propia pesadez le impide moverse ágilmente por todo terreno.

Para maniobrar sobre el terreno, las tropas propias deben marchar con una impedimenta ligera, mientras que el enemigo (como en el caso de los yanquis), se paraliza por sus pesados problemas de logística. Cuando se opera contra un ejército pesado el logro de una sola victoria resuelve, por algún tiempo, los abastecimientos de alimentos, armas y municiones obtenidos como botín. En este sentido, la industria de guerra y la intendencia de la guerrilla las tiene, en principio, el enemigo. Esta verdad condiciona los éxitos de las primeras operaciones guerrilleras: olvidarla es crearse contradicciones económicas y estratégicas insolubles, en campo propio, logísticamente.

En buena estrategia, hay que resolver los aspectos particulares de los distintos frentes, teniendo visión de conjunto en las operaciones. El guerrillero de verdad debe comer poco y marchar mucho; ahorrar municiones y comida; dominar su hambre, como la mejor arma secreta contra un enemigo poderoso.

PRINCIPIOS DE GUERRA SUBVERSIVA

La resolución de los problemas estratégicos y tácticos —que se presentan en una campaña de liberación antiimperialista— requiere, en síntesis, tener en cuenta estos principios de la guerra revolucionaria:

—Oponerse al espíritu de aventura tendiente a realizar operaciones ofensivas impremeditadas, a la estatización y la pasividad en toda la línea de los frentes: pues ello conduce a la derrota.

—Desechar la estrategia de decisión rápida de la guerra, oponiéndose a las batallas largas; recomendar al Estado Mayor la práctica de una guerra prolongada, en cuyo desarrollo debe haber muchas batallas cortas a decisión rápida.

—Practicar una guerra de frentes móviles: nunca de posición o en frentes estables y contínuos, particularmente durante la primera y la segunda fase de la guerra revolucionaria.

—No enfrascarse en una estrategia dual con ataques en dos direcciones, sino una acción y una dirección única.

—Centralizar en el Estado Mayor la decisión estratégica dejando a los mandos de pequeñas y grandes unidades, gran autonomía, para que se adapten, en todo momento, a la situación táctica más conveniente para su economía de sus fuerzas.

—La guerrilla debe ser un permanente medio de propaganda y organización política, en las regiones por donde pase. Debe ayudar a campesinos, obreros, y patriotas a castigar, implacablemente, las manifestaciones de militarismo despótico en sus propias filas.

—La guerrilla ha de castigar el bandidismo propio y ajeno: practicar una estricta y necesaria disciplina militar, sin que ello dé lugar a erigir mandos que se conviertan en señores de la guerra.

—La guerrilla debe ser democrática y predicar con el ejemplo, para ganar así prestigio y población.

—Los cuadros guerrilleros tienen que ser flexibles: preparados políticamente; poco sectarios; sagaces dialécticos, en política de guerra.

—El Partido que dirija un movimiento de liberación ha de procurarse aliados en las clases sociales progresistas; el uso y abuso del terror no hacen ganar sino perder población.

—La guerrilla ha de progresar, día a día, aumentando siempre sus efectivos; corregir sus errores; cosechar siempre nuevas enseñanzas; sus cuadros militares han de esforzarse por salir de su nivel primitivo pasando, continuamente, a un nivel táctico y estratégico superior para llegar así a una comprensión racional de la política de guerra, de la dialéctica de la guerra.

En la guerra hay que tener siempre en cuenta la interacción entre las fuerzas propias y las enemigas; entre las operaciones y las campañas; entre el reposo y el ataque (concentración, dispersión, ataque, defensa, avance, retirada, ataque principal y ataque de dispersión, etc.). Hay que hacer la guerra coordinando las operaciones que lo cubren todo (ejército regular) y las operaciones descentralizadas (ejército guerrillero, operando en zona enemiga); hay que sincronizar la guerra de posición y la de movimiento; la de decisión rápida y la de entretenimiento; hay que armonizar la acción entre las grandes unidades y las pequeñas; entre los cuadros de mando y las tropas; entre las regiones propias y las enemigas; entre las zonas que fueron propias y ya no

lo son o entre las regiones fronterizas y marítimas con el interior; hay que utilizar militarmente —a su debido tiempo— las regiones frías y calurosas: en la lucha contra el enemigo; hay que planificar el trabajo militar y el trabajo político: pues en una guerra político-militar ello es fundamental para el logro de la victoria; hay que estudiar ordenadamente las tareas cumplidas y las que haya por cumplir deben ser previstas dialécticamente, para no adelantarse ni retrasarse en la consecución de los objetivos principales y secundarios en un combate o una batalla.

CATEGORIAS ESTRATEGICAS

Las categorías del pensamiento estratégico son, entre otras, las siguientes: **tiempo, espacio, fuego, movimiento, número, sorpresa, economía de fuerzas, libertad de movimientos, información objetiva,** etc.

En saber combinar estas categorías, ya sea en el combate ofensivo o defensivo, reside el arte de la guerra, el secreto de la victoria.

Epaminondas, Alejandro el Grande, Pirro, Aníbal, César, Federico II de Alemania, Napoleón y otros grandes capitanes, sabían, por intuición o por intelección, armonizar operacionalmente las categorías del pensamiento estratégico.

En la guerra revolucionaria, más que en las guerras nacionales o en las imperialistas, hay otra categoría esencial: **la población.** Pues toda acción revolucionaria, que no conduzca a ganar población, podrá ser un éxito táctico; pero, en definitiva, se traducirá en fracaso estratégico, sin población favorable.

El uso racional del pensamiento estratégico, implica que las categorías de la guerra han de ser conocidas, como teoría de conocimiento polemológico, a la escala de mandos superiores, intermedios y cuadros de dirección política, tanto para la conducción de una guerra nacional como de una revolución social. La polemología (ciencia de la guerra) y la praxiología (método para la acción), dan, a políticos y militares, (que no pueden ir separados, sino juntos en la guerra revolucionaria), un campo visual amplio de la guerra, sus principios y su caracterización. En ese sentido, diríamos que las revoluciones (si bien casi todas ellas son espontá-

neas), sólo triunfan cuando cuentan con cuadros políticos y estratégicos, capaces de conducirlas a la victoria militar, primero; a la victoria política, económica y social, después. Una revolución, en la cual todos sus factores objetivos y subjetivos sean espontáneos, es, generalmente, derrotada, como los levantamientos desorganizados y estratégicos de campesinos y obreros, que se han sucedido en la historia universal.

El flexible y racional manejo, práctico e intelectual de las categorías del pensamiento estratégico, indica, por ejemplo, que cuando no se es fuerte en potencia de fuego, número de soldados y armas pesadas, hay que ceder espacio, ganar población y guerrilleros en función del tiempo, para que los factores secundarios (moral, política, etc), ganen la guerra en la mesa de negociaciones diplomáticas o políticas. Respecto al **factor tiempo**, como categoría básica de la guerra, tiene importancia subrayar que, en nuestra época, casi todas las guerras revolucionarias suelen durar de 5 a 6 años, como promedio, dando después lugar a la negociación política y diplomática de los conflictos. Si el pueblo tiene moral, guerrilla potente y un poderoso ejército de liberación, decide las negociaciones de paz a su favor; si sucediera todo lo contrario, la guerra será perdida o convertida en una mala paz para el pueblo insurreccionado.

En el caso de Santo Domingo, en 1965, la **falta de espacio estratégico** para el coronel Caamaño, condujo a las negociaciones de paz, habiendo el enemigo logrado por la política sus objetivos de desembarco de los "marines", mientras que el pueblo dominicano quedaba desamparado.

El análisis de las categorías de la guerra, su combinación y oposición dialéctica, debe constituir el estudio profundo del revolucionario, preparado, estratégicamente, para enfrentarse con la fuerza represiva sobre el pueblo trabajador, tanto la del **frente interno** (ejércitos cipayos) como la del **frente externo** (ejércitos imperialistas), que pueden operar contra el pueblo insurreccionado, al mismo tiempo o sucesivamente (casos Santo Domingo o Viet-Nam). No hay, pues, que dejar a la improvisación, táctica y estratégica, la defensa de una revolución: **es hora ya de que los revolucionarios sepan tanto del arte de la guerra como los mejores generales enemigos para poder vencerlos, racional y estratégicamente, sin fiar el curso de una guerra revolucionaria a los factores espontáneos, por más favorables que ellos fueren.**

Una síntesis esquemática, de las categorías del pensamiento estratégico, podría enunciarse, concisamente, en este orden de ideas:

I. — ¿QUE ES ESTRATEGIA?

Es tan vasto el problema de definición de la guerra total que no hay dos autores de acuerdo sobre la categoría o concepto: estrategia. Podría afirmarse que la estrategia estudia la guerra en el espacio, el tiempo, la población, la nación, la política internacional, la clase de armamentos, la combinación de las campañas militares, su duración y finalidad política, la región, el terreno, la epóca del año, etc. En síntesis, la estrategia traza el plan general de guerra, la serie de batallas o combates para conseguir el fin político propuesto, así como la duración e intensidad de los encuentros con el enemigo, como una cadena de acontecimientos previstos, queridos, siendo unos causas de los otros.

Corresponde también a la estrategia mejorar la política y la moral de las tropas; infundir entusiasmo y fervor a los combatientes por medio de delegados del pueblo; exaltar la fe en la propia ideología como causa de lucha; estimular el valor de los comandantes y la valentía de las tropas; procurar la autodisciplina en los guerrilleros y la disciplina en los soldados revolucionarios; afirmar su ideología política, mediante sesiones de autocrítica, que barran los prejuicios morales y sicológicos peculiares de la cultura, la política o la filosofía del enemigo. **Si la moral es al material de guerra como 3 a 1, como decía Napoleón, el combatiente revolucionario, debe estar dispuesto a marchar 30 kilómetros diarios y luego a combatir 2 horas, como los "sans coulottes" de Napoleón, sobre todo, en una guerra de guerrillas, con frente móvil (sin regularidad de líneas): extendido por todo un territorio nacional o continental, en forma de "piel de leopardo".**

Es difícil definir la estrategia, ya que es la doctrina de la guerra total: consecuentemente requiere un saber absoluto, politécnico, polivalente y, al mismo tiempo, práctico; pues hay que dejar a la práctica que corrija, todos los días, los errores estratégicos propios, estimulando los del enemigo.

II. — ¿QUE ES TACTICA?

Se confunde la táctica con la estrategia. La táctica, por definición, tendría por objeto preparar los combates en un lugar del frente de guerra; la estrategia, en todo el espacio estratégico; la táctica toma el combate en forma aislada; la estrategia, estudia la sucesión de los combates, sus usos y finalidad política, geográfica, económica, etc.; la estrategia y la táctica se combinan en tiempo y espacio: la primera va más unida al tiempo; la segunda, al espacio.

Clausewitz, al definir la táctica y la estrategia dice: "Surgen de aquí dos actividades diferentes: preparar y conducir individualmente los encuentros aislados y combinarlos unos con otros, para alcanzar el objetivo de guerra. La primera se llama la táctica; la segunda estrategia". Más adelante, este teórico del arte de la guerra define así la táctica y la estrategia: "...la táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de guerra" (1).

En la guerra total la táctica es muy importante: señala la clase de combate, los medios y los objetivos: ((batallas, campañas, combates, cuarteles, comisarías, aeródromos, espionaje, sabotajes, atentados, secuestros, estaciones fluviales, férreas o ruteras, manifestaciones, actos de protesta, actos de propaganda armada, combates nocturnos, etc., etc.). Un reglamento táctico de guerra revolucionaria es algo que debe permanecer secreto: no puede ser público, como su estrategia. Tales han sido las experiencias históricas de los movimientos guerrilleros de estos últimos tiempos, en cuanto a mantener secreto su reglamento táctico: no debe ser escrito, sino grabado en la memoria del guerrillero, para no haya nunca pruebas contra él, para no dar información precisa al enemigo.

III. — EL TIEMPO ESTRATEGICO

Como todas las cosas, la guerra tiene lugar en el espacio y dura en el tiempo. Esta verdad de Perogrullo encierra, sin embargo, una profunda filosofía polemológica. Clausewitz, analizando la categoría tiempo bélico, dice: "...la mera duración del combate será suficiente para hacer, en forma

(1) Karl von Clausewitz, De la guerra, Lib. II, Cap. I.

gradual, que la pérdida de fuerzas experimentadas por el enemigo llegue a un punto en que el objetivo político no sea ya un equivalente adecuado, y en ese punto, tendrá, por ende, que abandonar la lucha" (1). Como la guerra es una contradicción, una oposición, entre dos ejércitos, dos naciones, dos bandos, dos bloques o dos clases sociales (principales antagónicas), resulta de esta dialéctica que de los dos polos de una contradicción uno se desarrolla siempre desigualmente respecto del otro, en función del tiempo, y tiende a devenir su contrario absorbente y dominante.

Estados Unidos, por ejemplo, en la guerra de Viet-Nam, a medida que ésta se prolonga en el tiempo, va experimentando pérdida de fuerzas morales, políticas, materiales y humanas, que lo desalientan en la cosecución del "objetivo político" por el cual entró en la guerra, y lo llevaría a la mesa de negociaciones de "paz honrosa", para salir de un conflicto, en que el tiempo de duración no se percibe, convirtiendo así todas las victorias tácticas norteamericanas en una gran derrota estratégica. Pues, a pesar de que Estados Unidos puede ocupar el espacio vietnamita, con sus grandes unidades y sus armamentos pesados, no está seguro de ganar una guerra, delante y detrás de su retaguardia, que se prolonga siempre en el tiempo, ya que quien tiene población favorable puede durar en el tiempo; pero no quien no la tuviere, incluso el poderoso ejército norteamericano. **El hecho de que los guerrilleros vietnamitas hagan una guerra popular en superficie, por todas partes y en todo el territorio de un país, hace dispersar, en el espacio, al enemigo poderoso, para poder durar más que él en el tiempo, haciendo que triunfe la estrategia de duración sobre la estrategia logística.** Esta ventaja del General Tiempo sobre el General Espacio, se daría más favorablemente aun en el continente latinoamericano, que en la pequeña nación vietnamita, frente a Estados Unidos.

La categoría tiempo estratégico implica, que entre dos contrarios que se interpenetran recíprocamentee, uno se desgasta y agota más que el otro, perdiendo, a la larga, su voluntad de resistencia, su moral de combate, su capacidad de continuar la acción, frecuentemente por una desmoralización política de la retaguardia lejana, como en el caso de Estados Unidos, cuya población no acompaña al gobierno en una

(1) Clausewitz, K. De la guerra, Libr. I, cap. II.

guerra impopular: detestada por estudiantes, obreros y clases medias, por todas las religiones, etc.

En este orden de ideas estratégicas, Clausewitz recomendaba la defensiva para la ofensiva, como la posición más fuerte de la guerra, esperando el trastocamiento de potencia de fuerzas. En el caso de la guerrilla, sólo el tiempo puede crear con ella un ejército grande de liberación, hasta que lo grande se convierte en chico y lo chico en grande: la guerrilla en ejército triunfador y la pequeña zona liberada en nación independiente y soberana. Se diría, pues, que la guerrilla siempre cede terreno, pero sólo para durar; para ganar tiempo político; para acreditarse en las masas populares, a fin de ponerlas en acción insurreccional. Finalmente, cuando el enemigo está desmoralizado, agotado, acabado, se recupera de una sola vez todo el terreno cedido; pero en el cual siempre la población que quedaba sea favorable (como guerrilla) al ejército popular de liberación. En la vieja estrategia lo fundamental era desalojar al enemigo del espacio y ocuparlo con batallas frontales, a fuerza bruta; en la estrategia de la guerra revolucionaria, lo esencial es conquistar la población, políticamente, por medio de la acción, de actos armados en función de lo querido y deseado por un pueblo oprimido y explotado.

En la guerra popular, hay que jugar con el espacio para poder durar en el tiempo; importa más destruir al adversario y equiparse con sus municiones y armamentos (en combates de cerco y aniquilamiento), que tomar ciudades o regiones enteras, que no se podrían luego retener en una gran batalla frontal, por falta de artillería, aviación y blindados. Nunca hay que dar posibilidad a un enemigo poderoso (con enorme economía de guerra) de batir a un ejército popular en una gran batalla de duración, de días o semanas. Al contrario, mientras el pueblo no tenga armamentos pesados, hay que conseguir éxitos breves y numerosos, huyendo de las grandes batallas como de la peste.

IV. — EL ESPACIO ESTRATEGICO

La guerra revolucionaria ha dejado de ser esclava de las posiciones regulares, del encuadre geométrico de unidad con unidad sobre la línea de frente, a derecha e izquierda, ya que la guerrilla puede pasar, si lo quiere (y es siempre su misión) a campo enemigo, debido a que camina por todo terre-

no, mediante pequeñas unidades de combate, tanto en la ciudad como en el campo.

En general, un ejército popular revolucionario no debe dar, al mismo tiempo, varios combates o batallas en el espacio, como Hitler avanzando, simultáneamente, hacia Moscú (capital de la URSS) y hacia el Cáucaso (capital del petróleo). El que quiera cazar dos liebres, a la vez, perderá las dos y su tiempo, estérilmente.

Para el guerrillero de campo o de ciudad, lo importante es desplazarse rápidamente en el espacio, única manera de poder durar en el tiempo; en la ciudad, cambiando constantemente de vehículos; en el campo, siendo doble de veloz que el enemigo, en las marchas por todo terreno; la movilidad, la velocidad, la seguridad y la combatividad, son las cuatro virtudes estratégicas fundamentales del guerrillero.

Para vencer a un enemigo poderoso, que estaría en la relación del gigante con el pigmeo, como en el caso del Ejército norteamericano y las guerrillas latinoamericanas, hay un solo medio estratégico infalible, para lograr la victoria el pueblo: llevar la guerra de guerrillas a los 22 millones de kilómetros cuadrados, que tiene América Latina, con lo cual no habría nunca ni un soldado yanqui por kilómetro cuadrado. Estando en esa dispersión, el Pentágono sería vencido, en el ancho espacio estratégico latinoamericano, ni siquiera con armas sino con palos. **Prolongado en el tiempo la guerra y extendiéndola en el espacio, los guerrilleros latinoamericanos pueden y deben vencer juntos a los ejércitos imperialistas y a los ejércitos cipayos.**

En las guerrillas urbanas, igualmente, se debe combatir en toda la ciudad sin clavarse al terreno, como hacen los estudiantes, al no salir de los espacios universitarios, o de determinadas calles; lo cual facilita la tarea represiva del enemigo; hay que combatir en guerra de superficie, jamás en frente fijo, para escurrirse en el espacio y durar en el tiempo.

En la guerra, el espacio y el tiempo interdependen estratégicamente: cuando un ejército es muy fuerte en fuerzas, maquinaria bélica y potencia de fuego trata de ganar terreno; cuando un ejército o guerrilla es extremadamente débil procura ganar tiempo, escapando a los cercos y batallas que le tienda su adversario.

Por otra parte, cuanto más grande es un ejército en número más lentos son sus movimientos, marchas y despliegues. En cambio, una guerrilla o un ejército popular diminuto, que

cuente con apoyo de la población, puede pasar, cuantas veces lo deseen, a la retaguardia del enemigo, desglosándose en pequeñas unidades, capaces de marchar por todo terreno, como sería el caso de los guerrilleros vietnamitas, argelinos, cubanos, etc. Ello es posible cuando la población informa, a tiempo, de los movimientos de cerco enemigo, para salir de él antes de que éste se cierre sobre la guerrilla.

Ganar tiempo es muy importante estratégicamente: a) permite replegarse hasta terreno y población favorable, para luego pasar del combate defensivo al ofensivo; b) atrae al adversario a desfiladeros y zonas en que las tropas guerrilleras separadas pueden estar juntas en poco tiempo, para utilizar su máxima potencia de choque, asalto y fuego; c) cansa al adversario con marchas interminables de persecución, hasta que su moral cae, momento en que la guerrilla pasa a la ofensiva fulminante, por cerco y aniquilamiento del enemigo separado del grueso de su ejército.

En fin, el **tiempo** está en el combate como duración del mismo. El guerrillero ha de procurar victorias chicas y rápidas, para no perder su efímera superioridad de número y de fuego contra un poderoso ejército regular, al cual no hay que dar oportunidad para una batalla larga, sino muy corta en el tiempo y chica sobre el espacio.

Un grupo guerrillero no ha de extenderse demasiado en el espacio: su punto límite de separación debe estar dado por no más de una jornada de marcha entre todas las columnas guerrilleras separadas de una base de operaciones, a fin de que se cumpla el **principio estratégico de vivir separados y combatir juntos: pues tropa que no interviene en el combate es como si no existiera.**

La estrategia guerrillera, en campo y ciudad, debe preparar combates en espacios grandes y por un tiempo muy breve de lucha, a fin de ser fuerte donde el enemigo es débil, no dándole ocasión para que se haga fuerte con un combate prolongado, hasta que sus reservas puedan ser movilizadas. De ocurrir eso, la guerrilla quedaría clavada al terreno: sería aniquilada por un adversario más potente en número y en fuego, en cuanto las fuerzas de éste puedan estar reunidas, si el combate fuese prolongado. La estrategia sublime de una guerrilla es a base de la "guerra relámpago", hasta que vaya creciendo en número de fuerzas y potencia de fuego sobre su adversario, en función del tiempo, de ceder espacio y del apoyo de la población.

Una guerrilla urbana o rural, bien dirigida táctica y estratégicamente, no debe cometer la torpeza de caer en la guerra de posición, en una defensiva estática, ya que una tropa chica, que se defiende, siempre sufre la ley del adversario, al quedarse clavada al terreno. Hay, por consiguiente, que ser partidario de la guerra de movimiento, de los ataques relámpagos, de la guerra en superficie, para obligar al enemigo en el sentido de los movimientos queridos por la guerrilla, con lo cual éste perderá la iniciativa en las operaciones: su libertad de movimientos.

Una guerrilla revolucionaria debe ser como una estrella fugaz pasando por todos los sitios, pero siendo incercable; tiene que ser un medio de propaganda política constante, para levantar al pueblo en armas, en todo el territorio de un país. La guerrilla es un punto rebelde: indica que si se para será inmediatamente cercado, ya que el punto no es la superficie; debe moverse por todas partes para dejar cientos de puntos rebeldes; así la guerra revolucionaria se extenderá por todo el espacio en función del tiempo, de la duración política y estratégica de la guerrilla.

Un ejército guerrillero está dentro de la línea interior: cercado por un enemigo muy grande y poderoso: pero la guerrilla puede, de día o de noche, salir del interior a la línea exterior para cercar una unidad o un pueblo en campo enemigo que, a su vez, estarán cercados como la línea interior y con menos potencia de fuego y de número que los guerrilleros. Esta fina dialéctica de la guerra convierte, en función del tiempo y el espacio, lo débil en fuerte y viceversa.

En una guerrilla urbana, las posibilidades de duración y de clandestinidad coherente, están en razón directa de la mayor o menor extensión parcelaria de una ciudad, de la cantidad de población favorable con que cuente. En una ciudad chica, a partir de unos miles de habitantes, si hay población favorable al máximo, puede operar una guerrilla con muchas probabilidades de éxito, sobre todo, en guerras insurreccionales contra un invasor odiado por todo el pueblo.

Una guerrilla urbana debe buscar los "ghettos" proletarios donde la población le dé cobertura, como la "Casbah" de Argel o los "ghettos" negros de las ciudades norteamericanas. Hay, sin embargo, una limitación estratégico-política a esas guerrillas: que su población favorable se termine más allá de la población de color, árabe o negra.

En ese sentido, Argel tenía dos ciudades: la árabe y la europea. Las ciudades norteamericanas son dos ciudades en una: la negra y la blanca. En este sentido, la guerrilla puede triunfar en su zona de población favorable, pero no progresa en la zona de población desfavorable, donde, al contrario, es delatada ante las fuerzas represivas. La ventaja de la "Casbash", no obstante, residía en que el interior del país argelino era desfavorable para el ocupante francés. En cambio, los negros norteamericanos del "ghetto" urbano, tienen poca población favorable en el interior del país norteamericano. El negro estadounidense deberá ser liberado, por tanto, al par de la guerra de liberación latinoamericana contra el imperialismo del dólar. Los "ghettos" negros norteamericanos constituirán así la retaguardia popular favorable a los latinoamericanos en el propio territorio de Estados Unidos. La liberación del proletariado de color norteamericano se entronca, política y estratégicamente, con la liberación de los pueblos del "Tercer Mundo", particularmente con los pueblos latinoamericanos.

En fin, sobre el problema del espacio estratégico urbano, la guerrilla de ciudad, nunca debe salir de ella ni de sus "ghettos" o suburbios, ya que estaría expuesta a ser inmovilizada por el enemigo como un pez en tierra. Hay que estar siempre en el bosque de casas: pues unas cuadras, más allá o más acá, nadie conoce a nadie; es, en consecuencia, un grave error estratégico ser guerrillero urbano e irse a vivir en una casita cercana a la ciudad; aunque se saliera triunfante de un cerco, ¿cómo se volvería a la ciudad en un espacio vacío de casas y con las rutas vigiladas? El guerrillero urbano no debe abandonar la ciudad hasta que vaya a la montaña, como guerrillero que ya no tiene otro remedio, por ser su foto muy conocida en todas las ciudades o ciudad donde él opere.

V. — PRINCIPIO DE LA ECONOMIA DE FUERZAS

La aplicación racional de este principio constituye el secreto del genio militar, en el conductor de una guerra o de una revolución. Clausewitz subraya el "principio de vigilar continuamente la cooperación de todas las fuerzas o, en otras palabras, de cuidar constantemente que ninguna parte de las mismas permanezca ociosa", indicando que "el derroche de fuerzas es peor aún que su uso inapropiado".

Es evidente que toda tropa que no interviene en el combate, directa o indirectamente (como reserva inmediata), es como si no existiera. Consecuentemente, un ejército grande puede ser anulado con tal que nunca pueda reunir todas sus fuerzas, en tiempo y espacio, contra una guerrilla rural o urbana. Se hace una guerra conducida con una estrategia sublime, cuando el bando más chico es, sin embargo, más grande, más fuerte y poderoso, en el lugar elegido para la batalla, que el ejército poderoso, incapaz de reunir toda su potencia de fuego y de número, debido a que la guerrilla escapa a toda posibilidad de que su adversario tenga tiempo de ser superior a ella en el espacio elegido por ésta para el combate breve, rápido, de cerco, de aniquilamiento instantáneo.

Un ejército popular debe planificar sus operaciones de tal suerte que siempre sea 2, 3, 4, 5 o... más veces superior al enemigo, en un punto dado y por tiempo muy limitado, para cercarlo y abastecerse a expensas de sus provisiones, armamentos y municiones. Con superioridad de número y de fuego, una guerrilla tira la red: siempre el adversario cae dentro de ella, si la operación ha sido bien programada y la información objetiva y fresca. De esta manera, aunque el enemigo sea 1.000 veces superior en todo el frente, con relación a una guerrilla rural o urbana, ella puede ser, no obstante, 5 veces más poderosa, en un lugar determinado, siempre que no se enfrasque en una batalla de desgaste, de duración, de defensa del terreno; pues lo que importa para ella es destruir al enemigo y vivir a cuenta de las reservas logísticas de éste.

En estrategia, lo importante es ir venciendo al enemigo sin que tenga sus fuerzas reunidas; poco a poco; batidas por separado; una a una; hasta que el bando chico se haga grande y se trastoque la correlación de fuerzas en presencia. Sólo entonces, cuando una guerrilla se haya convertido en gran ejército de liberación, puede hacer grandes operaciones para ocupar el espacio en manos del enemigo; pero si se carece de armas pesadas y aviación no se debe acelerar la terminación de la guerra por medio de grandes batallas, ya que la guerrilla convertida en ejército podría ser derrotada como ejército regular: sin marina, blindados, artillería y aviación. En una guerra revolucionaria, el objetivo clasista de la victoria militar total decidida por las armas, no es la fundamental, sino lo secundario; el

objetivo es la paz, más que la victoria; aunque la primera puede ser consecuencia de la segunda; pero en una guerra revolucionaria siempre la paz se decide en la mesa de negociaciones: los generales están así obligados a actuar como diplomáticos, como ha sucedido en Indochina, Argelia, etc.

El principio de economía de fuerzas reside en ser fuerte y decisivo en el lugar elegido para el combate, independientemente de ser el bando más débil. Hay, pues, que tener más rendimiento táctico en las fuerzas, por medio de una estrategia brillante. Sobre todo, una guerrilla revolucionaria ha de basar su doctrina militar en cercar y aniquilar al enemigo, para desmoralizarlo, vivir enquistado en sus recursos logísticos e ir quitándole, poco a poco, sus fuerzas materiales: (armamentos, soldados, posiciones estratégicas, etc.).

Para realizar una estrategia correcta, en cuanto al principio de economía de fuerzas, hay que partir de una dialéctica de la guerra, basada en hacer siempre todo lo contrario que haga el enemigo: si avanza, retroceder; si se acantona, hostigarlo para que no descanse; si está fatigado, atacarlo con gran superioridad de número y fuego; si se retira, perseguirlo implacablemente; si está dispersado, concentrarse para batirlo: unidad por unidad; si es fuerte en el espacio, cedérselo pero ganar tiempo atrayéndose población favorable; si quiere batallas grandes, darle combates cortos y fulminantes; si pretende una batalla de línea, hacerle una guerra en superficie, en todas partes y en ninguna con frente fijo.

Emplear racionalmente el principio de economía de fuerzas, es propio de un comandante victorioso; los "generales bebedores de sangre" suelen ser partidarios de la batalla frontal: guerra de choque de masas, que deja el campo de batalla sembrado de cadáveres por ambos bandos contendientes.

Epaminondas venció a sus adversarios siempre con inferioridad de número, en lo general, pero con sensible superioridad en el lugar decisivo; Aníbal derrotó a los romanos en Cannas con los dos tercios de las fuerzas de ellos, mediante una brillante maniobra de envolvimiento; Napoleón siempre fue victorioso mientras pudo dar batallas con superioridad numérica relativa, aunque no lo fuera absolutamente; sabía reunir sus tropas en el lugar decisivo con

más potencia de choque, de fuego y número que sus enemigos. Cuando le fue imposible conseguirlo —según Clausewitz— perdió las batallas de Leipzig, Laón y Waterloo.

En la guerra revolucionaria, el principio de economía de fuerzas es más importante que en la guerra de frentes regulares, de ejércitos a base de grandes unidades. En Argelia, por ejemplo, no más de 40.000 guerrilleros urbanos y rurales llevaron a la mesa de negociaciones de paz a un ejército con más de 600.000 soldados y policías.

Fidel Castro cuenta que en la batalla de Guisa, en 1958, el Ejército Rebelde enfrentó con 200 guerrilleros, de los cuales 100 eran novatos, a unos 5.000 soldados regulares apoyados por tanques, aviación y artillería, sin que con esa maquinaria de guerra pudieran copar o desalojar a los guerrilleros de sus posiciones.

En la guerra revolucionaria lo importante es el hombre no la maquinaria de guerra. Los norteamericanos gastan en Viet-Nam unos u$s 25.000 millones por año, para financiar la intervención de su ejército de más de 500.000 soldados; equipados con gran lujo de material bélico moderno. Sin embargo, los guerrilleros viet-namitas siempre que se lo proponen aparecen por todas partes y desaparecen igual que han aparecido, luego de derrotar a cipayos y yanquis, dispersados en pequeñas unidades, a causa de la guerra revolucionaria en superficie.

VI. — LA LIBERTAD DE MOVIMIENTOS

Cuando una fuerza guerrillera entre al ataque debe hacerlo con superiodad de fuego y de número, a fin de no quedar clavada al terreno por el fuego y la fuerza del enemigo, para no perder la libertad de movimientos, estrategia fundamental del guerrillero, basada en la movilidad y la sorpresa. Forzar al adversario a modificar sus planes operativos, a seguir, sin iniciativa, los combates que le imponga la guerrilla, es contar, en todo momento, con **libertad de acción.** Simular una finta en un lado y atacar decisivamente por otro, fatigar en largas marchas al adversario, llevarlo al terreno elegido para cercarlo y aniquilarlo, es saber hacer la guerra de movimiento, sin perder jamás la iniciativa, base de la victoria. Esquivar un fuerte golpe del enemigo en un lugar desfavorable y atacarlo y cercarlo en terreno y población favorable, es conocer el arte de la guerra de movi-

miento, atacando siempre donde el adversario es débil y eludiéndolo donde sea fuerte.

Todos los principios de la guerra se resumen en uno: conservar la iniciativa en las operaciones, empleando siempre la cantidad de fuerzas y fuego conveniente para realizar una maniobra rápida de cerco y aniquilamiento del adversario, atacándolo sorpresivamente. En realidad, la libertad de acción estratégica se logra a base del principio de economía de fuerzas, tratando de ser superior, en tiempo y espacio, en el lugar elegido para el combate. Para ser fuerte en un punto decisivo, hay que evitar la guerra defensiva, estática, que reparte las fuerzas con igual profundidad o densidad en todo el frente. Al contrario, la dispersión de fuerzas en un sector grande permite la concentración en otro, siendo así fuerte donde el enemigo es más débil. Por ser la guerra revolucionaria, en el caso de la guerrilla, una guerra sin frentes fijos, permite que ella sea más fuerte en un punto, tan solo porque no lo puede ser en todos hasta la tercera fase de la guerra revolucionaria.

La dialéctica del bando más chico es hacer todo lo contrario que el bando más grande, para conservar la libertad de movimientos, sin lo cual una guerrilla no recorre un país, propaga la revolución, levanta al pueblo en armas y dispersa al enemigo por todo el espacio, a fin de que así ella pueda ser más fuerte en el lugar elegido para el cobate ofensivo.

A diferencia de las guerras de liberación, en que la guerrilla tiene libertad de movimientos, las grandes potencias nucleares se neutralizan por el equilibrio del terror atómico. En el caso de la URSS y de los EE. UU., la guerra se reduce a declaraciones rimbombantes y a lanzar, con bombo y platillos, cohetes intercontinentales, satélites artificiales y anuncios de superbombas nucleares. Sin embargo, en el caso de la "crisis del Caribe", en 1962, las dos potencias nucleares máximas llegaron a un acuerdo, cambiando los emplazamientos de cohetes yanquis en Turquía por los cohetes soviéticos en Cuba, sin que los soviéticos tuvieran muy en cuenta a los cubanos. En la crisis del Medio Oriente, durante la "guerra de los siete días", entre judíos y árabes, las grandes potencias —soviéticos y anglosajones— fueron meros testigos o espectadores, sin poder hacer ni la guerra ni la paz. Quiere, pues, decir que la libertad de movimientos no la tienen las grandes potencias, sino los guerrilleros que se mueven en tiempo y espacio, antes de llegar a la toma

del Poder, a constituirse en gobierno, a tener ciudades, industrias y un espacio fijo que defender.

Se puede llegar más fácilmente de guerrillero a primer ministro que de éste cargo a guerrillero, otra vez. Fidel Castro es menos libre estratégicamente como Jefe de gobierno que como comandante de guerrilleros en Sierra Maestra. Consecuentemente, la historia no la hacen ya las grandes potencias, con armamentos pesados y armas nucleares, sino el hombre rebelado contra las tiranías, que hace una guerra revolucionaria por un ancho y largo espacio, donde es él quien lleva la iniciativa para hacer la historia contemporánea.

Estratégicamente, para no perder la libertad de movimientos, la iniciativa en las operaciones, la libertad de acción, una guerrilla o un ejército de liberación, no deben liberar ciudades ni grandes espacios de terreno, antes de que el enemigo esté muy abatido, desmoralizado, desgastado, obligado a entrar en la paz, debido a que la guerra es larga y ha acabado con sus reservas morales y políticas. En la guerra revolucionaria siempre debe estar la libertad de movimientos de parte del ejército de liberación, a fin de tener a favor el General Tiempo, el General Espacio, el General Población, el General Moral, el General Unión del Pueblo, que son más fuertes que los Generales del Pentágono.

VII. — LA SORPRESA EN EL ATAQUE

Siempre se ha dicho que, en un ataque por sorpresa, el éxito está de por sí asegurado, ya que ésta constituye la mitad de la victoria. Para Clausewitz, la sorpresa significa, sin excepción, el fundamento de todas las empresas estratégicas y tácticas; pero para poder garantizarla es necesario que las operaciones se mantengan en secreto, se lleven con extrema rapidez y se esté bien informado sobre la cantidad, la calidad y la dirección o situación del enemigo, a fin de lograr una superioridad absoluta de fuego y número sobre él.

La sorpresa es más un elemento táctico que estratégico: se sorprende a un enemigo en un pequeño espacio, pero es difícil en todo un territorio grande, debido al movimiento de tropas y a su duración de marchas en el tiempo. La sorpresa es propia de movimientos rápidos, apareciendo donde no lo esperaba el enemigo, o llegando a un

punto antes que él, caminando velozmente por todo terreno.

En los movimientos guerrilleros urbanos y rurales, hay que cuidar mucho que el enemigo no introduzca confidentes, ya que la sorpresa es más de la mitad de los éxitos, en los combates. Si el adversario supiera el lugar, la hora (H) y el día (D) de una operación guerrillera ésta sería destruída con facilidad, ya que su superioridad es muy relativa y su inferioridad absoluta muy grande. Sólo una clandestinidad coherente puede garantizar las operaciones ofensivas guerrilleras, su seguridad y el factor sorpresa a su favor, sin el cual no se puede sobrevivir frente a un poderoso ejército regular represivo.

El ideal para una guerrilla no es sólo sorprender al enemigo, sino engañarlo siempre que se pueda hacerlo, de tal suerte que trate de ser fuerte donde la guerrilla no lo ataque, y que esté desprevenido donde vaya a recibir el golpe decisivo y sorpresivo.

En una ciudad, la guerrilla debe partir de un ejército operacional de no menos de 50 guerrilleros rigurosamente clandestinos: una vez que inicien operaciones no deben dejar entrar a nadie, durante tres o cuatro meses, hasta que hayan producido mucha población favorable, que ha de ser muy filtrada, hasta llegar a los escalones de comando del ejército de liberación. Para reservarse la sorpresa, nadie debe saber más de lo que le sea indispensable para cumplir su misión, ni conocer demasiadas personas de acción, a fin de tabicar debidamente los escalones de combate.

Cuando la guerra revolucionaria llega a su punto culminante, a momentos dramáticos de represión, se trata de buscar información sobre la guerrilla, deteniendo a diestro y siniestro, a fin de ir encontrando la cabeza dirigente del ejército de liberación. Consecuentemente, nadie debe saber demasiado, sino únicamente lo que le concierne, a fin de no abrir brechas por donde el adversario se introduzca en los comandos de guerra revolucionaria, para paralizarlos con detenciones, delaciones y cruentas represiones.

En el campo, la sorpresa depende, frecuentemente, de las marchas nocturnas, de contar con una mochila que resista con municiones y alimentos para algunos días, utilizando, por el terreno, todo lo que sea comestible, y mejorándolo con aportes de la mochila. Programar una mochila guerrillera, que con la ayuda de los recursos del terreno dure varios días, constituye la base de la movilidad gue-

rrillera, ya que así no se queda uno sujeto al terreno, dependiendo de los abastecimientos, como un ejército pesado. El guerrillero debe dormir pocas veces en el mismo sitio, tanto en ciudad como en el campo, a fin de que la movilidad máxima le dé más seguridad, más duración frente a las fuerzas represivas.

En las guerrillas rurales, cuando ya se cuenta con algunas centenas de guerrilleros, se puede aspirar a mantener una base de guerrilla, no rigurosamente aferrados al terreno, sino moviéndose libremente en la línea interior de un macizo montañoso y boscoso, que es lo más apropiado para la creación de una base guerrillera. En las guerrillas urbanas, cada guerrillero tiene que contar con cuatro o cinco domicilios, a fin de mudase rápidamente de unos en otros, sobre todo, en la primera fase de la guerra revolucionaria que es la más difícil para la seguridad, la sobrevivencia y el combate. Una vez calentada una ciudad, cuando los barrios obreros y otros son población favorable, la guerrilla debe estar dentro de ellos, ya que será difícilmente aprehensible por el ejército enemigo y la policía represiva. En consecuencia, para producir población favorable, para levantar barrios enteros contra un régimen odiado, tiránico, hay que hacer cosas que conduzcan a ganar más y más población: único medio de triunfar en la guerra revolucionaria, tanto en la ciudad como en el campo.

VIII. — LA SUPERIORIDAD DEL NUMERO

En la guerra, no basta, para merecer la victoria, tener la superioridad absoluta del número de combatientes, sino más bien, estratégicamente, hay que lograr la superioridad numérica en cierto lugar y en determinado momento; aunque sea por un tiempo muy limitado, sobre todo, tratándose de un ejército guerrillero, enfrentado con un poderoso ejército regular, que tenga una superioridad absoluta en todo un país; pero no en un lugar dado, donde la guerrilla ataque con superioridad de número y de fuego, sorpresivamente.

Para Clausewitz, "la superioridad numérica sólo es uno de los factores que producen la victoria y que, por lo tanto, lejos de haber conseguido todo o tan siquiera lo principal mediante la superioridad numérica, tal vez hayamos obtenido muy poco con ella, de acuerdo con la forma en que

suelen variar las circunstancias pertinentes" (1). Así, por ejemplo, Federico II de Prusia, venció, en la batalla de Leuthen, a 80.000 austríacos con 30.000 prusianos; en la batalla de Rosbach, derrotó a 50.000 aliados con 25.000 soldados propios; Napoleón ganó la batalla de Dresde con 120.000 franceses contra 220.000 enemigos; en la Antigüedad, Ciro venció a Creso y sus aliados con inferioridad grande de número; a su vez, Alejandro el Grande, venció a los descendientes de Ciro con manifiesta inferioridad de tropas; Aníbal venció con menos tropa que los romanos, pero con mejor táctica maniobrera, en la famosa batalla de Cannas; en la guerra revolucionaria moderna, los guerrilleros de Fidel Castro, de Viet-Nam del Sur y de Argelia, triunfan sobre poderosos ejércitos regulares, con inferioridad de número, pero con superioridad de él en el lugar elegido para la ofensiva de la guerrilla. **Un ejército de liberación, de formaciones regulares livianas, cubiertas por guerrillas propias en la espalda del enemigo, debe basar su doctrina estratégica en conseguir una superioridad relativa de número y de fuego, en un punto dado, ya que tiene manifiesta inferioridad absoluta en todo el frente de guerra. En términos estratégicos, una fuerza guerrillera debe procurar concentrar rápidamente, sigilosa y hábilmente, una fuerza grande donde el enemigo sea pequeño; hay que conseguir una superioridad relativa, en tiempo y espacio, para desencadenar un ataque decisivo, rápido, demoledor, instantáneo, sorpresivo.**

En el arte de la guerra, la suerte del combate depende de combinar, objetiva y subjetivamente, los principios tácticos y estratégicos a fin de que el conductor más brillante merezca la victoria, aún a pesar de ser el menos fuerte, en potencia de fuego y de número, en forma absoluta; pero no relativamente en el lugar mismo del encuentro entre dos fuerzas combatientes.

La correlación de fuerzas en presencia, en el punto mismo de la batalla, es un factor decisivo: pues si lejos de él hay muchas tropas, que no intervienen, es tanto como si no existieran estratégicamente. Para una tropa de guerrilla, emplear todas las fuerzas es muy importante ya que, de lo contrario, si la guerrilla es escasa y no tiene las fuerzas reunidas, se presta a ser batida por separado. En este orden de ideas, en campo o en ciudad, la guerrilla debe

(1) Clausewitz, K. von. **De la Guerra, cap. VIII, Parte Primera.**

vivir separada (para tener más adaptabilidad al terreno, para abastecerse mejor, para lograr una clandestinidad coherente); pero a condición de que en el momento decisivo, toda la guerrilla pueda cooperar combativamente en el mismo lugar o en sitios diferentes (sobre todo, en las ciudades, para dispersar mucho al enemigo, a fin de ser más fuerte que él en un punto dado y no en todos).

La fuerza bruta militar, el número de soldados, si bien es un factor de los más decisivos en el combate, no da una resultante estratégica ni para el fuego ni la maniobra, cuando se trata de tropas constituídas por elementos humanos desiguales, con baja disciplina, mala preparación política, poca moral, exigua combatividad táctica y lenta movilidad. En tropas guerrilleras, la victoria depende de ser superior al enemigo, no en número, sino en moral, política, disciplina, espíritu de sacrificio, velocidad de marcha y buen comportamiento con las poblaciones; en saber sufrir el hambre, la sed, el barro, la lluvia, la fatiga, el insomnio, etc. Todos estos factores subjetivos deben ser el arma secreta del guerrillero contra el militar reaccionario, que tiene a su favor los factores objetivos (superioridad de número y de fuego). En las guerras revolucionarias, la moral decide más el triunfo que el material de guerra: siempre gana, finalmente, el bando que dura más, que resiste más, que tiene más moral de lucha.

En las guerras imperialistas y nacionales, deciden siempre la victoria los elementos primarios: (el fuego y el número), es decir, la masa humana y la economía de guerra, la estrategia logística; pero en las guerras revolucionarias, lo decisivo, finalmente, es la moral, la política, la población favorable, la capacidad de resistencia al infinito, frente a una gran potencia, como Viet-Nam ante el poderío bruto, logístico, del Pentágono: incapaz de ganar la guerra por medio de la electrónica, la marina, la aviación, los blindados, la infantería regular, las masas de artillería, las bandadas de helicópteros etc., etc.

El comandante en jefe de un ejército represivo, que haga sus cálculos estratégicos, solamente teniendo en cuenta factores cuantitativos de fuego y número, se expone a la derrota, ya que el rendimiento de sus tropas en una guerra revolucionaria, no será elevado, si los guerrilleros y sus unidades regulares volantes, se combinan para dispersar al advesario, en tiempo y espacio, tanto en montañas como

en pueblos y ciudades, en una guerra total, sin líneas fijas ni continuas, sino siempre con guerra en superficie.

La superioridad numérica de un ejército sobre otro es aplastante cuando es fluida, pero no da la victoria cuando un ejército grande no puede moverse ante operaciones de un ejército pequeño, que lo va desgastando, poco a poco, haciendo la "estrategia de la alcachofa". En Salamina, la flota persa, superior en número a la helénica, fue derrotada, en 480 (a. J.C.), porque se metió en un lugar donde no podía maniobrar, mientras las naves helénicas empleaban allí toda su potencia de combate con libertad de movimientos.

El arte estratégico de un comandante reside, en el curso de una campaña o en el momento de un combate o de una batalla, en procurar la superioridad de número y de fuego relativa, aunque se fuere muy inferior absolutamente en todo el frente de lucha. Al respecto, he aquí unos conceptos del general von Bernhardi: "...infligir al adversario tales pérdidas hasta que su superioridad numérica devenga nula o inutilizable", conduce a la conclusión siguiente: "Un general es capaz de compensar la superioridad del adversario, a condición de que la correlación numérica de fuerzas en presencia le deje, de una manera o de otra, la facultad de infligir pérdidas bastante fuertes como para destruir a su adversario" (1).

Para que la correlación de fuerzas en presencia sea favorable a un ejército guerrillero, hay que batir a las fracciones del ejército enemigo en forma separada; hay que separar sus fuerzas en el espacio por medio de la guerra de guerrillas en superficie o como en manchas de piel de leopardo; hay que infiltrarse por los intersticios de esas manchas con guerrillas en retaguardia enemiga; hay que tener poca profundidad de tropa en línea fija y mucha densidad de fuerza en el lugar elegido para el combate, pero sin quedarse mucho tiempo en él, luego de terminada la operación; hay que empeñar todos los combatientes revolucionarios simultáneamente en el mismo lugar y tiempo, o en espacios distintos y en el mismo tiempo, para obtener un gran rendimiento estratégico: pues el empleo sucesivo o fraccionario de una fuerza chica (guerrilla) la hace más pequeña al ser dosificada en tiempo y espacio; hay que

(1) Bernhardi, von. La guerre d'aujourd'hui". Cap. II (La Force et le Nombre).

ajustar la cantidad de fuerzas al espacio de una operación militar, de tal suerte que sea posible un combate circular contra el enemigo, lo cual da una victoria total; hay que mover una guerrilla por líneas interiores, para que, en montaña o en ciudad, ella no sea demasiado pesada (para no perder movilidad estratégica), ni demasiado chica (para no carecer de superioridad táctica, de fuego y de número), a fin de tener siempre libertad de movimientos e iniciativa en las operaciones; hay que ser una guerrilla suficientemente móvil y maniobrera, para poder trasladar el frente a la retaguardia enemiga, pasando por todo terreno: diluyéndose entre la población favorable, teniendo, en ella, a guerrilleros de retaguardia combinados con la guerrilla de vanguardia; hay que durar en el espacio urbano o montañoso, para ganar tiempo y población favorable, cuando el adversario tienda un cerco con gran superioridad de número y fuego; hay que estar informado siempre del punto débil del enemigo, para caer sobre él y lograr una y otra victoria pequeña pero, que al sumarse, una a una, dará la victoria final; hay que romper los cercos contra la guerrilla pasando entre dos columnas enemigas muy separadas (o enfrentando a una de ellas con mucha superioridad de fuego y número, en un combate nocturno); hay que tener siempre una clara noción de la cantidad y la calidad de las tropas propias y de las enemigas, para no entrar más que en combates con el 80 al 90 % de posibilidades de triunfo; hay que conservar en montaña la mayor extensión posible en un acantonamiento guerrillero, para no ser sorprendido y copado por el enemigo, pues la extensión permite la dispersión, tanto en ciudad como en campo, para dar fluidez a la guerrilla, a condición de que siempre reúna sus fuerzas para combatir juntas; hay que emplear todas las fuerzas disponibles con vista al logro de un plan estratégico, para que todas ellas cooperen, en todo momento, a la realización de ese fin, sin pasividad e inmovilidad.

Las guerras revolucionarias deben movilizar a toda la población en armas, para neutralizar con múltiples guerrillas la superioridad numérica de los soldados enemigos. Durante la Revolución Francesa de 1789-93, el ejército regular revolucionario era chico, pero fue apoyado por 2.551.000 guardias nacionales, que, cual vasta guerrilla voluntaria, era irresistible, con su superioridad de número, en el campo de batalla, como en Valmy y Yemampes.

Durante la Antigüedad y la Edad Media, el pueblo no combatía, pues estaba constituído por proletarios, esclavos y siervos, oprimidos por "señores de la guerra". Así las cosas, en el Mundo Antiguo, de cada 1.000.000 de habitantes combatían muy escasas tropas (de 14.000 a 45.000 hombres, en la Grecia del siglo V y IV a. J.C.); en la época de Roma (de 14 a 63.000, entre los siglos IV y III a. J.C.); entre los siglos XII al XV, (d. J.C.), en la Alta Edad Media, la cantidad de tropa por millón de habitantes, con una economía de escasez no rebasaba los 2.000 a los 10.000 hombres); en la época del capitalismo desarrollado, se ha producido la guerra como un negocio económico de las empresas enquistadas en los presupuestos de guerra. Alemania llegó a movilizar durante la segunda guerra mundial de 1939/45 hasta el 21|% de su población, es decir, 17 millones de combatientes y asimilados de sus 80 millones de habitantes; la URSS puso en armas 22 millones de soldados (12,8 % de su población de 172 millones de habitantes); EE.UU. movilizó 14 millones de soldados (10 % de su población). Se ha demostrado históricamente que a partir de una movilización de más del 10 % de la población de un país, la guerra si es larga se pierde económicamente, por un deterioro económico, por falta de alimentos, materias primas, producción industrial, hambre en la retaguardia, desmoralización, es decir, por una derrota logística. Alemania consiguió movilizar hasta el 21 % de su población sólo porque disponía de cerca de 10 millones de mano de obra esclava de Europa, que sustituía a sus operarios en las fábricas y en la agricultura.

La guerra civil de España (1936/1939), la perdió el pueblo más por una derrota económica que por una derrota militar; terminó la contienda por hambre; pues, en marzo de 1939, si hubiera habido recursos todavía quedaban, en manos del pueblo —en los frentes centro y sur—, más de medio millón de bayonetas; en cambio, el 18 de julio de 1936 sin ninguna bayoneta, con mucha moral y excelente política, el pueblo asaltó los cuarteles: ganó moralmente la primera batalla revolucionaria. De ahí que en las guerras revolucionarias no sólo ganan las armas y el número de soldados, sino más bien la moral, la política, la unión popular, la resistencia más férrea. En el Viet-Nam, por ejemplo, los norteamericanos pueden permitirse el lujo de gastar u$s 25.000 millones, todos los años, pues ello no es mucho

económicamente para un país con 850.000 millones de renta nacional bruta. En cambio, el gobierno norteamericano teme perder moralmente la guerra de Viet-Nam en su retaguardia, frente a la "rebelión negra", las protestas estudiantiles, los "hippies" y al estado de opinión desfavorable a la guerra viet-namita, que está desgastando la moral burguesa en la retaguardia norteamericana.

Una guerra revolucionaria a la escala continental, entre Latinoamérica y Norteamérica, tendría sus mejores generales, en el General Espacio y el General Tiempo, en la guerra prolongada, para obtener así los mejores éxitos de desmoralización en la retaguardia norteamericana.

La superioridad de número del ejército pentagónico es estratégicamente muy relativa. Durante la segunda guerra mundial, de 8.300.000 combatientes norteamericanos de las fuerzas operacionales concretas, 600.000 estaban disponibles permanentemente (en formaciones militares o en curso de ser transportadas), de los 7.700.000 combatientes restantes los 2/3 (5.130.000 soldados) pertenecían a servicios; es decir, que muy pocos soldados eran realmente combatientes de línea, en las fuerzas norteamericanas.

No hay, pues, que temer al ejército norteamericano: excesivamente burocratizado, muy burgués, caro en finanzas (unos u$s 300 millones por división pentagónica), lo cual es un negocio para la industria pesada, parasitaria del presupuesto de la defensa nacional. La infantería norteamericana brilla por ausencia en los frentes de choque y asalto, cuando no tiene tropas cipayas que emplear, ya que la mayor parte de sus soldados pertenecen a tropas auxiliares, servicios, burocracia de Estado Mayor, tropas paramilitares, etc., etc. A la hora actual, de una división pentagónica de 18.000 hombres no había de ella combatientes de línea más de dos batallones. Consecuentemente, para vencer a la "gran potencia norteamericana", que tiene los pies de barro, hay que batirla desmoralizándola con la guerra prolongada, guerra en un vasto espacio, donde no haya salida hacia la victoria para las divisiones pentagónicas, sino a una paz impuesta por los revolucionarios: aceptada por los imperialistas yanquis, debido a su agotamiento moral y político de su retaguardia, más que en su vanguardia.

La estrategia de las guerras de material, de grandes unidades pentagónicas, no tiene ya la posibilidad de hacer

la historia en las condiciones queridas por los generales del Pentágono, los diplomáticos del Departamento de Estado y los "big business" de Wall Street. Ahora, como siempre, la historia la hacen los hombres libres, los pueblos heroicos, las clases oprimidas rebeladas contra las clases opresoras y los imperios de turno, que van desapareciendo en la dialéctica implacable de la historia de la humanidad.

Unos pocos hombres, unidos en pensamiento y acción, con un programa de liberación claro y atrayente para las masas oprimidas, pueden, por medio de la **acción directa**, derrocar a las clases opresoras de cada país y batir además a las fuerzas imperialistas que vengan de fuera a defenderlas. América Latina tiene el espacio, la población, las ciudades, las montañas, los campos, las razones, las pasiones, el hombre y el terreno, las condiciones estratégicas y tácticas apropiadas para vencer a los ejércitos de las oligarquías nativas y a las divisiones pentagónicas que vengan a ayudarlos, si campesinos, obreros, estudiantes, intelectuales y clases medias proletarizadas, hacen un **frente unido de liberación**: por la unidad latinoamericana contra el imperialismo, la reforma agraria contra las oligarquías terratenientes y la defensa de la libertad y el derecho contra las dictaduras militaristas.

Las divisiones acorazadas, la aviación de bombardeo, los "marines" del Pentágono, las tropas de choque de infantería, las fuerzas represivas de paracaidistas, las cargas de las policías, la artillería, la caballería, nada pueden contra un pueblo oprimido y explotado, cuya liberación política, social y económica no puede ser más aplazada en el curso de la historia. Arquímedes, teniendo conciencia científica de las leyes de la mecánica, decía: "dadme una palanca y levantaré el mundo". En la guerra revolucionaria una diminuta guerrilla, que actúe en función de los deseos políticos de todo un pueblo, pero circunstancias históricas apropiadas, puede derrotar a los más grandes ejércitos nacionales e imperialistas, aunque ambos, por la fuerza del número y del fuego, luchen contra ella en el mismo frente. Se podría decir estratégicamente: dadme una dictadura, un régimen bastante odioso para todo el pueblo, y con una buena política de liberación y una pequeña guerrilla, lo venceré en el curso del tiempo, hasta que se trastoquen dialécticamente las fuerzas en presencia; hasta que lo pequeño (la guerrilla) se convierta en grande y lo grande

(el ejército represivo), se transforme en una fuerza dispersa y desmoralizada.

Con un centenar de guerrilleros, actuando en función del partido del descontento, de la democracia, de la lucha por la libertad, de los deseos de todo un pueblo, como en el caso de Brasil, con el gobierno de Costa y Silva (odiado por la burguesía, los obreros, los campesinos, los intelectuales, los estudiantes y hasta por la Iglesia), si una guerrilla no triunfa militarmente sobre ese ejército dictatorial, es porque no tiene una política nacional clara, auténtica y realista, sin hipotecas dogmáticas de ninguna clase, para presentarse así como el brazo armado del pueblo, como la esperanza nacional, como la luz de la libertad en medio de las tinieblas de la dictadura ominosa y vergonzosa.

La fuerza bruta del número de soldados y la capacidad de fuego de las armas, no deciden la victoria en las guerras revolucionarias; no vence quien tiene más cañones, sino quien defiende las razones del pueblo contra sus opresores y explotadores; dadme, pues, un puñado de hombres armados con la fe, la justicia, la libertad y la esperanza de todo un pueblo y venceré a los más grandes ejércitos de la tierra; dadme una minoría activa, inteligente, audaz, flexible y armada, donde haya que defender la libertad y la justicia atropellada por los pretorianos: la victoria será de la minoría que con sus hechos movilice en su ayuda a la gran mayoría de las masas oprimidas.

IX. — LA SUPERIORIDAD DEL FUEGO

Para una guerrilla revolucionaria lo fundamental es ser siempre más fuerte que el enemigo: primero en lo particular, en un punto dado; y luego, en lo general, en todo el teatro de la guerra, cuando todo un pueblo sea levantado en armas por el ejemplo, la prédica, la política y el prestigio del ejército revolucionario.

La guerra es un ejemplo dialéctico de una contradicción en presencia, representada por dos bandos contrarios que interdependen el uno del otro, que se buscan, se combaten, eluden y van hacia un desenlace: victorioso sólo para uno de los contendientes.

"La guerra es el choque de fuerzas opuestas entre sí, de donde resulta, en consecuencia que la más fuerte no sólo destruye a la otra, sino que la arrastra en su movimiento.

Fundamentalmente, esto no admite la acción sucesiva de fuerzas, sino que hace aparecer como ley principal de la guerra, la de la aplicación simultánea de todas las fuerzas destinadas a intervenir en el choque" (1).

Para evitar que un poderoso ejército se concentre contra una pequeña guerrilla, hay que dar a ésta mucha movilidad sin fijarla al terreno, donde el adversario podría cercarla y aniquilarla, teniendo ahí todas sus fuerzas reunidas, toda su potencia de número y de fuego. Un ejército revolucionario debe atacar y actuar por todas partes, no dejando ninguna zona de un país en estado de pasividad, a fin de que el enemigo potente se disperse, de que sea siempre más débil que los revolucionarios en el lugar que éstos elijan para pasar al ataque. La guerra en superficie es una guerra política sin población neutral posible, sino todo el pueblo en estado de insurrección, bajo distintas formas de guerra revolucionaria: (huelgas, manifestaciones, protestas estudiantiles, golpes de mano, ataques a las comunicaciones enemigas, operaciones guerrilleras en retaguardia enemiga, combates del ejército de liberación en zonas liberadas, etc., etc.).

Para triunfar en el lugar elegido para el combate, hay que actuar decididamente, con mayor potencia de fuego y de número que el enemigo, actuando sorpresivamente, a fin de tener a favor, por lo menos, el 80% del éxito militar, cuando se trate de un ejército revolucionario de liberación, en operaciones con grupos guerrilleros.

En determinadas condiciones, 250 guerrilleros pueden tener más potencia de fuego que 500 soldados regulares si éstos son atacados, sorpresivamente, en un desfiladero o en una larga columna sobre selva y montaña, de tal suerte que se les pueda cortar la cabeza o la cola de su calumna, sin que puedan defenderse y atacar, a la vez, los 500, a causa de ir en fila india, muy alejados los unos de los otros. Por otra parte, el ejército regular suele tener divididas sus armas especializadas: artillería, caballería, blindados, aviación, etc. Un destacamento enemigo, introducido en zona de montaña, sin apoyo de sus blindados y artillería, puede ser destruído por dos o tres destacamentos guerrilleros si a su potencia triple de número añaden una superioridad de fuego: morteros livianos del 61 y 81, bazookas, cañones livianos sin retroceso, armas automáticas, bom-

(1) Clausewitz, Karl von. **De la Guerra, Libr. III. Cap. XII.**

bas de mano (más efectivas a corta distancia que morteros, bazookas y cañones sin retroceso). Unos grupos pesados guerrilleros y una infantería dotada de bombas de mano, que actúen por sorpresa, pueden unir la artillería y la infantería, marchando por todo terreno como infantería, cosa que no pueden hacer los ejércitos regulares burgueses, incapaces de marchar por todo terreno, sin dejar sus armas pesadas en la retaguardia, cuando hacen marchas por zonas de montaña muy boscosa.

La poderosa superioridad de fuego de los norteamericanos en Viet-Nam es neutralizada por los guerrilleros utilizando eficazmente el terreno, minando caminos y aldeas, cavando túneles por todas partes para eludir el napalm y el bombardeo aéreo, incluso los campesinos hacen refugios para sus búfalos. Un pueblo que se ponga en marcha, que haga la guerra de los topos, que sude cavando, no sangrará ni morirá, será siempre un pueblo victorioso y heroico. Frente al poder de las fábricas imperialistas, hay un sólo remedio contra el fuego: cavar, utilizar el terreno, no fijarse al espacio, extender la guerra por todas partes, para ganarla, no por las armas, sino por la duración misma del conflicto, desmoralizando al enemigo invasor que, llegado un momento, no tiene más reservas políticas para continuar la guerra no querida por su pueblo.

Para triunfar en el punto decisivo, elegido para el combate de cerco y aniquilamiento, un ejército revolucionario, en el momento del asalto, a pocos metros del enemigo, haciendo una emboscada de ruta, bosque, etc., no debe ocupar demasiado espacio ni muy poco, a fin de que todos los combatientes puedan utilizar su potencia de choque y de fuego contra el adversario. Unicamente así la guerrilla crece a expensas de las armas y los pertrechos tomados al enemigo en el combate, para participar de su producción de guerra, ya que la guerrilla no tiene fábricas ni talleres; pero con una estrategia brillante debe vivir y prosperar con la logística del adversario, un ejército revolucionario bien dirigido.

La guerrilla, en el asalto, tiene que emplear más potencia de fuego que el enemigo, combinando para ello, bombas de mano, artillería liviana de infantería (morteros 61, 81, bazookas, cañones sin retroceso etc.), para abrirse paso frente a una infantería, desprovista de armamento pesado o semipesado, aislada del grueso de su ejército.

El guerrillero debe atacar violentamente, con un poder enorme de fuego y de número, a fin de que el combate sea muy breve; pues no se han de gastar municiones en exceso, ya que la guerrilla se quedaría así desarmada; hay siempre que recoger más material y municiones del enemigo, por cercos y aniquilamientos, que lo gastado contra él para lograr esos objetivos, tanto en guerra de montaña como de ciudad.

Lograr la potencia máxima de fuego es uno de los factores más decisivos del triunfo en los combates: pues el poder de fuego fija al enemigo al terreno, lo desmoraliza y aniquila, permitiendo, a su vez, maniobrar sobre el terreno, mientras el adversario queda paralizado. El guerrillero, para triunfar, en ciudad, montaña y campo, debe procurarse siempre, la potencia máxima de número y de fuego, para vivir así de la intendencia del enemigo, copándolo en todos los combates, ganando municiones y armamentos.

El arma ideal automática del guerrillero debería ser una metralleta del 22 con gran potencia de fuego, con alcance y eficiencia, ofensiva y defensiva, para llevar mucha munición; pero el guerrillero no debe tener preferencias sobre las armas; tiene que llevar los calibres y las armas del enemigo, para abastecerse de él, para vivir de él, para hacer la guerra con cargo a los presupuestos y almacenes del adversario.

X. — PRINCIPIO DE LAS ARMAS COMBINADAS

Hay cuatro grandes períodos históricos del armamento, de las técnicas de la guerra, que modifican las tácticas militares más que las estrategias. Puede cambiar, técnicamente, la forma de hacer la guerra; pero no, estratégicamente, pues ella es otra forma de la política; su intensidad y encarnizamiento está en razón directa de la gravedad de los conflictos políticos entre las naciones, bloques de naciones y clases sociales antagónicas.

De los cuatro grandes períodos del armamento en el curso de la historia podemos enunciar los siguientes: 1) el hacha de silex, la pica, la espada, el arco y la flecha, la balista y la catapulta, el ariete, en que las armas se propulsan con fuerza muscular humana; 2) las armas de fuego, empleadas en el siglo XVI de nuestra era, el cañón, y luego los mosquetes, cuya cadencia de tiro y alcance fue muy limitado, hasta finales del siglo XVIII; 3) el cañón, el fusil y la ame-

tralladora, con caño rayado y carga por la culata, de gran potencia de fuego, que se desarrollaron desde finales del siglo XIX al siglo XX, en las dos últimas guerras mundiales; 4) las armas atómicas, químicas y bacteriológicas, que pudieran ser empleadas o no en una tercera guerra mundial.

Hasta el empleo de la artillería con proyectil estallante y no sólo perforante, las armas han sido para batir un punto coincidente con su trayectoria; después, con el proyectil estallante, las armas no baten un punto sino una superficie; las armas atómicas son tridimensionales: destruyen e infectan con sus radiaciones, kilómetros cúbicos y no metros cuadrados; los proyectiles intercontinentales son cuadrimensionales: llevan las armas de destrucción en masa, de un punto a otro en la Tierra, a velocidades cósmicas, es decir, reducen objetivamente el espacio estratégico.

Con armas unidimensionales (fusil, ametralladora, espada, pica, etc.) sólo se bate un punto: tienen poca potencia para destruir una fortificación, asaltar un reducto, parar un camión en movimiento, etc. Así, pues, una guerrilla rural o urbana que sólo cuente con armas undidimensionales, le costará mucho vencer, parcial o totalmente, a un ejército poderoso, equipado con muchos blindados, artillería, aviación, es decir, con armas bidimensionales. Por tanto, una guerrilla debe equiparse con armas livianas unidimensionales (fusiles ametralladores, metralletas, rifles, etc.); pero debe añadir una cantidad apropiada de armas bidimensionales (bombas de mano, bombas incendiarias antitanques, morteros del 61 y 81, bazookas, cañones sin retroceso), que puedan ser transportadas a hombro, por todo terreno o en pequeños automóviles (en guerra urbana).

Uno de los principios básicos sobre armamento es: que jamás ninguna arma gana el combate, en lo particular sino todas ellas, solidaria y armónicamente, en lo general. Otro de los principios del armamento reside en el hecho de que todas las armas están en función del terreno.

En montaña muy elevada y boscosa, las armas pesadas son inservibles: no pueden pasar por empinadas cuestas ni por el laberinto de la selva virgen. Consecuentemente, una guerrilla, dotada de armas livianas, lineales y bidimensionales, podrá vencer a un ejército regular, en selva y montaña elevada, cuando éste no pueda utilizar su caballería blindada (tanques); su caballería aérea (helicópteros de difícil aterrizaje en bosque tupido, si son hostigados con armas antiaéreas

eficientes); artillería pesada y semipesada); aviación de combate (si el guerrillero utiliza bien el terreno, para escapar al bombardeo aéreo). Por altas montañas selváticas no puede pasar, en una sola columna, más de una compañía enemiga, debido a que hay que hacer picadas, a que la fila india de marcha es muy larga, pudiendo ser atacada, su cabeza o cola, por los guerrilleros. Estos podrán triunfar en la línea interior (una base de guerrilla semi-liberada), si concentran cuatro o cinco compañías o columnas contra una del enemigo, que esté muy separada de las otras.

Al eliminar el armamento pesado y las grandes unidades, en función del terreno escarpado de alta sierra boscosa, el guerrillero tiene dos leyes estratégicas a su favor: a) armas pesadas del enemigo anuladas (artillería, blindados, etc.); b) grandes unidades militares superiores a compañía (batallones, brigadas divisiones y cuerpos de ejército), que son inoperacionales contra una guerrilla de montaña, que se mueve ágil y constantemente, en su línea interior, sin mantener frente fijo.

En guerrilla urbana, el rendimiento estratégico es mayor: los helicópteros, los aviones tácticos de despegue vertical, la aviación de bombardeo, que actualmente son las armas antiguerrilleras por excelencia en Viet-Nam, y lo serán en el futuro, no pueden ser empleadas contra una gran ciudad, (donde la guerrilla domina la calle, la población); pero no la ha liberado, para evitar su bombardeo, su cerco estratégico, logístigo, económico, para hacerla entregarse por hambre. En la guerrilla urbana, cuando todo un pueblo toma parte en la lucha, sin liberar definitivamente una ciudad, dejando el gobierno simbólico al enemigo, pero teniendo el pueblo con la guerrilla, el empleo de la artillería, los blindados, la caballería, la infantería, es muy peligroso en las calles, ya que todo son ángulos favorables de ataque para el pueblo en armas, que desde calles, ventanas, tejados, puede derrotar a las fuerzas militares encajonadas en un laberinto de calles, en un dédalo, sin salida para un ejército sin apoyo popular.

Estratégicamente, lo ideal es combinar la guerrilla rural, de montaña y urbana, simultáneamente, para llevar al enemigo a una vasta guerra en superficie de modo que cuando vaya al campo con todas sus fuerzas pierda la ciudad por un golpe de gracia en su retaguardia. En coordinar la batalla de línea (en vanguardia, en campo y montaña)

con la batalla de superficie (en ciudades y campos, en la retaguardia enemiga), reside el secreto de la victoria en la guerra revolucionaria, frente a los más grandes ejércitos nacionales o imperialistas que vinieren en su ayuda. Como la guerra es otra forma de la política, pero por métodos violentos, este tipo de estrategia combinada de campo y ciudad necesita apoyarse en la alianza de las poblaciones urbanas y rurales, en un frente unido de liberación contra las dictaduras oligárquicas.

La guerrilla, pues, debe combinar sus armas (lineales y bidimensionales), en todos los casos. Hay una multitud de ellas: escopetas con cartuchos de balines (que son a corta distancia un lanza-granadas formidable); fusiles, metralletas; bombas de mano; botellas incendiarias (todo el pueblo debe saber hacerlas, las más simples, y tirarlas, para que la calle hierva contra un poder tiránico e ilegal; bazookas, morteros del 61 y 81 (tomados al enemigo); cañones sin retroceso; ametralladoras 50 y otras (en guerra de montaña, empleadas como antiaéreas contra helicópteros, tomadas de helicópteros derribados); bombas de mano de fabricación casera o quitadas al enemigo (las pólvoras de fuegos festivos, en doble o triple cantidad que la dinamita, tienen su mismo efecto); como armas blindadas pueden ser empleadas topadoras, máquinas viales de diversos tipos, camiones, jeep y tractores con una protección frontal de cemento armado o con techos de acero (barras atadas con cable de acero, dejando una mirilla, para tirar); como poderosas armas de asalto, frente a una tiranía que merezca la pena no aguantar más y arriesgarlo todo contra ella, están los transportes de combustibles líquidos: (detonados con dinamita: haciendo de ruptura del casco de botellas de metano y acetileno); la civilización industrial urbana aporta todas esas armas; están al alcance del pueblo; únicamente le hace falta una conducción revolucionaria, que actúe en interés de la gran mayoría oprimida, cuando haya que derrocar una dictadura sangrienta, odiosa, criminal.

Los medios violentos no se justifican contra un régimen de prosperidad, democracia y respeto para la persona humana; pues sería criminal hacer terrorismo contra un orden legal en que el pueblo sea el sujeto de la historia: la violencia se justifica, política e históricamente, contra la violencia y la injusticia de las dictaduras, o las invasiones imperialistas, tipo Santo Domingo (1965), o Checoslovaquia, en 1968.

Decimos, en fin, que las armas se combinan y nunca se separan: para entrar en un cuartel, no basta con la infantería irregular del pueblo en armas; es necesario adicionar artillería, blindados (topadoras en función de tanques, que rompen las puertas o paredes del cuartel, llevando blindaje protector); una vez que los blindados abren el camino, el pueblo pasa; no se debe gastar mucha munición de infantería, para pelear contra tropas acuarteladas; con el pueblo ya en la calle, como Madrid en 1936, es necesario emplear la amenaza del fuego, de las superbombas de asalto (tanques inflamables, detonados con acetileno y dinamita, desde varios ángulos contra una fortaleza). En suma, la acción insurreccional del pueblo, cuando lucha por sus libertades holladas, cuando no puede ni debe sufrir más el despotismo, entonces, sólo entonces, todos los medios son buenos para lograr el Poder; para abatir la tiranía o un militarismo al servicio del imperialismo y de las oligarquías. El poder del pueblo es nulo si está disperso: las armas se las combina con los hombres y los objetivos por medio de un Estado Mayor de la Revolución, sin lo cual siempre vence la tiranía sobre la democracia.

XI. — SERVICIO DE INFORMACION

Un ejército revolucionario debe ser, antes que nada, un partido en armas, estructurado con una clandestinidad coherente tabicado de ramal a ramal de combate, sin contactos horizontales de grupo a grupo, sino con coordinación vertical, política y militar, al escalón departamental, comarcal, provincial, regional, nacional. En guerrilla urbana, cada célula de combate no debe relacionarse directamente con otra, sino pasando por un servicio de información de zona o de distrito, a fin de que el ejército combata junto, viva separado y no se relacionen los combatientes, de ramal a ramal, sino por intermedio del Estado Mayor Central.

Para evitar delaciones peligrosas, hay que ser sumamente discreto en todos los escalones del ejército revolucionario: nadie debe saber más que lo estrictamente necesario para cumplir su misión, a fin de que, si hay detenciones de combatientes, no se produzcan "redadas" de consideración, con abundantes pérdidas de material logístico.

La guerrilla revolucionaria debe estar organizada en círculos: a) el Estado Mayor Central (EMC), a cuya cima

sólo pueden llegar el Mando Político (Frente de Liberación y Junta de Liberación), los comandantes de grandes zonas urbanas y de regiones; b) en el segundo círculo, están los Comandantes de Ramal regional o de zona de ciudad, que conocen a miembros del EMC pero los subordinados de ellos no tienen contacto directo con dicho organismo superior; c) en el tercer círculo forman las milicias locales y comarcales; pero cuyos comandantes no conocen más que al círculo 2) pero no al círculo 1); d) los comandantes locales y departamentales o comarcales no se conocen, entre sí, sino por intermedio del círculo 2, es decir, escalón provincial o regional. Entre todos estos círculos debe funcionar el Servicio de Información en Retaguardia Enemiga (SIRE), que estará conectado con el Servicio de Información Avanzada (SIA) del ejército popular de liberación. Por ejemplo, si este ejército ha liberado una zona de montaña, sin mantener aferradamente el espacio, sino moviéndose, táctica y estratégicamente, dentro de él, el SIA informa de lo que ve, desde su zona de frente, de su posición avanzada, como el Servicio de Información de un ejército regular en operaciones. Pero un ejército revolucionario debe ser victorioso, sobre todo, por tener detrás de su adversario los ojos y los oídos del pueblo, como servicio de información militar y de espionaje, para saber, en cada momento y hora, las intenciones, los movimientos, las cantidades de tropa y los armamentos del enemigo, a fin de serle siempre, en tiempo y espacio, superior en fuego y en número, atacándolo sorpresivamente. El trabajo informativo, en retaguardia enemiga, estará a cargo del SIRE: extendido por todas partes a través de la organización política (Frente de Liberación) y de los órganos de poder paralelo (Juntas: locales, provinciales, regionales y nacional de liberación), que ejercen el poder político clandestinamente, para dejar al gobierno enemigo en el vacío, desconectado del pueblo.

Si el SIRE indica, con suficiente tiempo, un cerco enemigo sobre una base de guerrilla, se abandona el terreno, de tal suerte que el adversario dé un golpe en el vacío; si el SIRE indicara que muy poca tropa represiva anti-guerrillera va por tal o cual sitio, hacia tal paraje y con tales intenciones, se prepara una emboscada con cuatro a cinco veces más número y potencia de fuego que ella, cercándola y aniquilándola, para crecer militarmente a expensas del botín: principal fuente de abastecimiento logístico para el ejército guerrillero.

El SIRE debe estar introducido en todas partes, para obtener información veraz y fresca, ya que **información que llega tarde no sirve para nada militarmente.** La información ha de llegar por dos o tres ramales diferentes: si dos certifican el mismo hecho, la información es buena; si viene por tres conductos y a tiempo, óptima; si solamente informa un ramal de enlace, la información es verosímil, tratándose de información proveniente de la retaguardia enemiga por las redes informativas del SIRE.

En cada comarca, zona, ciudad importante, provincia, etc., debe haber una **central informativa** (selectora y clasificadora de la información) que la depura y envía por claves radiotelefónicas, mensajes, etc. hacia el EMC de provincia, región o base de guerrilla. En el caso de una base de guerrilla, en montaña, los enlaces (personas que traen la información) y los que la seleccionan (informantes), deben estar separados, no conocerse entre sí, sino funcionando por medio del comando local o departamental, que, a su vez, estará en contacto directo con la base de guerrilla. Separar el enlace, la información y los transportes de abastecimientos, en ramales separados, incluso dentro de un mismo pueblo, impide que el enemigo descubra los circuitos de ligazón entre el pueblo y la guerrilla, sin los cuales no hay posibilidad de extender la guerra revolucionaria.

El SIRE de los pueblos y villas, cercanos a la base de la guerrilla, debe operar en contacto con el SIA, sin necesidad de pasar por el Estado Mayor o el Comando Guerrillero de Provincia, ya que la información pasando por allí perdería mucho tiempo, llegando sin valor militar hasta el SIA, es decir, hasta el Comando en Jefe de una Base Guerrillera.

En guerrilla urbana, el SIA estudia directamente sus objetivos: reune toda la información necesaria, para que el EMC programe las operaciones, sin dar pasos en falso: sabiendo, objetivamente, antes de actuar como es el terreno, cuál es el punto débil, cuántos lo defienden, etc., etc. El SIRE, en guerrilla urbana, se introduce en todas las instituciones, policía, ejército, marina, aviación, ministerios, partidos políticos, sindicatos, centros deportivos, círculos, clubes, etc., etc., para recoger información. Por principio se dice, que lo que sabe secretamente un EMC, si tarda muy poco tiempo en pasar de la programación a la acción, también lo sabe el enemigo. En una guerra revolucionaria, guerra singularmente política, saber lo que pasa, se comenta, se dice

y se hace, produce la información necesaria para saber todo lo que sucede a favor o contra la guerrilla. Un ejército de liberación, que siempre dé confidencias verdaderas y a tiempo al SIRE, podrá triunfar sobre sus enemigos, no tanto por su pericia táctica y estratégica, como por la colaboración informativa de la población favorable: sin amigos dentro del pueblo no puede prosperar una guerrilla para convertirse en ejército de liberación. Si la población delata en vez de informar sobre el enemigo, la mejor guerrilla táctica será derrotada políticamente.

Un buen servicio de información debe contar con toda clase de colaboradores: (chicos, jóvenes actuando de pastores y campesinos; monjes, curas y otros religiosos; personas insospechables; viejitos; jóvenes muchachas que se enteran de todo; farmacéuticos, médicos, secretarios de municipios; profesionales de todo orden; mercaderes de caminos; cultivadores próximos a las zonas de guerrilla, que son menos sospechosos (o que siéndolo no les puede impedir marchar por zonas de peligro); soldados, suboficiales y oficiales del enemigo; en las ciudades, los idóneos para llevar partes son los barrenderos, lecheros, repartidores de toda índole, cuando hay mucho rastrillaje por las calles, ya que pueden esconder un papelito entre las botellas, etc.

El ideal de la información es enterarse con dos días de anticipación de una lista de nombres para ser detenidos, o de una marcha del enemigo hacia tal punto y con tal material y cantidad de tropas, para que el ejército de liberación abandone su lugar (si la correlación de fuerzas le es desfavorable), o para ceder terreno y atraer al enemigo hasta tal lugar, en que todas las fuerzas guerrilleras estarán reunidas, cercándolo por todas partes, sin que pueda escapar, para abastecerse de su material y equipos.

El SIA y el SIRE, permanentemente conectados, son los ojos y los oídos del ejército de liberación: si funcionan bien, la guerrilla tendrá más victorias que derrotas, pudiendo así pasar a la formación de un gran ejército de liberación popular.

Por principio, el servicio de información debe procurar, con su gabinete de falsificaciones, toda clase de documentación, pasaportes, etc. a los combatientes, para cambiarles los nombres cuantas veces sea necesario, a fin de escapar a la caza de la policía. Los sellos del enemigo estarán todos hechos en huecograbado: se levanta siempre un clisé de cada

documentación, sello y orden tomada al enemigo; se pueden tomar papeles viejos y sobre ellos copiar los sellos; hay que tener la posibilidad de que el guerrillero tenga tres personalidades o cuatro: sacerdote, profesional respetuoso, militar, hombre de negocios, extranjero, etc.

En fin, es vasto el tema del servicio de información; pero, en síntesis, diremos que nunca se debe revelar a nadie el lugar de una operación, el día (D), la hora (H), ni donde están los materiales de guerra.

Sin buen Servicio de Información, en una guerra revolucionaria, sin que el pueblo sea los ojos y oídos de la guerrilla, en la retaguardia y el frente enemigo, no hay posibilidad de que el guerrillero venza al soldado regular: siempre con más potencia de número y fuego, que el ejército revolucionario. Pero si la guerrilla está bien informada, con noticias frescas, antes de que pierdan vigencia, lo chico (la guerrilla) siempre vencerá a lo grande (el ejército reaccionario). Pues, en las operaciones, sabiendo cuántos son los enemigos, se los podrá vencer con superioridad de número y de fuego de los guerrilleros, en un punto dado y por un tiempo muy limitado.

CARACTERISTICAS DE LA REVOLUCION LATINOAMERICANA

ESPACIO, EJERCITO, GUERRILLA Y POBLACION

La guerra revolucionaria es un acto de violencia política, cuando los fines políticos de las clases o de los pueblos no pueden ser conseguidos por la vía pacífica, ya sea ante un gobierno indígena opresor y represor, o frente a la presencia de un invasor, que hace la política exterior por medio de la guerra. Pudiera suceder, y es frecuente en nuestra época, que el gobierno indígena y el invasor imperialista guerrearan juntos contra el pueblo, como ocurre en la guerra de Viet-Nam. Tal conjunción de las oligarquías nativas y de las plutocracias imperialistas, constituyendo un binomio reaccionario contra el pueblo, sería una de las características políticas de la guerra revolucionaria en América Latina.

Las "guerras coloniales", las "guerras nacionales", las "guerras imperialistas clásicas", han cambiado en el curso histórico del mundo capitalista. Las guerras de otro tiempo, eran conflictos armados menos cruentos que los de nuestro tiempo, ya que los contendientes se proponían la consecución de fines políticos limitados: el vencedor no cambiaba el modo de producción, la religión imperante, la forma de Estado, la estructura de clases, las formas de la propiedad, etc. En Viet-Nam, por ejemplo, si la victoria es total, para uno de los bandos contendientes, cambiaría, tratándose de un triunfo popular, el orden de clases, la propiedad privada, las relaciones sociales, la política interna y externa, el régimen capitalista, por una sociedad socialista. Consecuentemente, la guerra revolucionaria es una guerra total: pueblo y ejército están juntos en todas partes contra la reacción interior y contra el invasor extranjero, en una lucha sin cuartel, que exige la más alta tensión política.

Las guerras capitalistas se proponían como objetivo esencial la batalla decisiva, la conquista del territorio contrario, la derrota y el desarme del enemigo, para llevarlo a la mesa de negociaciones de paz, a fin de hacerle firmar un tratado, en virtud del cual el vencedor explotaría, financiera, comercial y económicamente, a la nación vencida; pero sin cambiar el régimen tradicional de producción, las clases sociales y aun la forma de Estado. Tal ha sido la política colonial o neo-colonial de los países imperialistas, desde los Faraones hasta el Tío Sam, e incluso hasta Brejnev, luego de la invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas y de sus "satélites" del Pacto de Varsovia.

La guerra revolucionaria, por el contrario, no se propone ser decidida por las armas, ni mediante grandes batallas, ni entrando en territorio extranjero, sino atrayendo a territorio propio (donde haya población favorable) al invasor o al represor del pueblo, para ser ahí vencido, agotado y desmoralizado, en una guerra de usura prolongada, de muchas y pequeñas batallas, para que los factores políticos y los morales decidan más la victoria que las armas pesadas y las grandes unidades acorazadas. En la guerra revolucionaria el hombre siempre es superior a la técnica.

LATINOAMERICA: ANALISIS ESTRATEGICO

En la filosofía de la guerra, hay leyes estratégicas generales permanentes y leyes específicas, que están en función del espacio, el tiempo, la distribución (rural o urbana) de la población, los armamentos en boga y la sociología de la guerra (lucha de clases, conflictos entre naciones, etc.). Si la guerra es entre países (o bloques de países) por la conquista de esferas de influencia, pero sin cambiar el modo de producción, la forma de propiedad y las clases por el bando vencedor, entonces ella será fácilmente negociada; pero si la guerra fuera entre clases rivales, bajo forma de guerra revolucionaria, es así una guerra a muerte, ya que el vencedor sería implacable contra el vencido, como Craso contra Espartaco, o Franco contra los republicanos españoles, etc.

En función de la política, la economía y la sociología, la guerra es total o limitada. Si los dos bandos contrarios de una guerra tienen casi la misma cantidad de fuerzas o de

poderío económico, la campaña será hecha con formaciones regulares de frente contínuo, o sobre la base de grandes batallas, en que la finalidad estratégica consiste en ocupar el espacio del adversario. Pero si, en la guerra un bando tiene mucho poder económico, bélico y humano, y otro no tuviera casi nada, el ejército más débil tendrá que practicar la estrategia de ceder espacio como Fabio el Temporizador contra Aníbal, para ser así más fuerte en función del tiempo, lo que conducirá a la **estrategia de duración**, a la guerra de guerrillas, en el sector de menor poderío bélico. En la época contemporánea este tipo de guerra guerrillera ha sido practicada por Mao Tse Tung contra Chiang Kai Chek (China). Giap contra Navarre (Viet-Nam del Norte), la guerrilla argelina contra el ejército francés, Fidel contra Batista, el Frente de Liberación Nacional contra el ejército norteamericano (Viet-Nam del Sur, etc., etc.

Dada la topografía, la economía, la sociología y la política, la estrategia de la guerra revolucionaria en Latinoamérica, tendría, entre otras, las siguientes características:

I. — UN VASTO ESPACIO NEO-COLONIAL

Hay, en Latinoamérica, 22 millones de kilómetros cuadrados para una población de 260 millones de habitantes en 1968; pero de ella un 40 % es analfabeta, lo cual evidencia su bajo nivel de desarrollo cultural. Frente a un poderoso enemigo externo e interno, como sucede en la guerra de Viet-Nam, las masas populares insurreccionadas latinoamericanas pueden vencer cediendo espacio y prolongando la guerra en el tiempo, con más posibilidades de éxito en Latinoamérica que en Viet-Nam, ya que el **General espacio** es **más poderoso, en Latinoamérica que en Indochina**, para vencer a los generales del Pentágono.

Por consiguiente, la primera característica de la guerra revolucionaria en América Latina reside en que cediendo espacio se puede prolongar la guerra revolucionaria, contra los ejércitos cipayos y las fuerzas imperialistas que los apoyen. Si una guerrilla cuenta con espacio grande para atacar por todas partes, sin estar con frente fijo en ninguna, vencerá a los más poderosos ejércitos, siempre que en función del tiempo ella vaya ganando población favorable, en razón de su política, de su frente de clases oprimidas contra la dictadura de las clases opresoras: apoyadas en el militarismo y

el imperialismo, como sucede en América Latina.

La noción de guerra en superficie es más científica que la de guerra de guerrillas como forma estratégica insurreccional del pueblo en armas contra sus opresores de dentro y fuera de sus fronteras. Guerra en superficie significa estratégicamente, que es distinta de la guerra de línea contúnua, o de formaciones regulares, propia de la lucha armada entre naciones o bloques de naciones. La guerra de línea tiene poca extensión: apenas unos kilómetros entre dos ejércitos combatientes, con sus respectivas líneas avanzadas, de sostenes y principal de resistencia. La guerra en superficie es en todas partes y en ninguna con frente fijo, lo cual permite al guerrillero aparecer y desaparecer, si bien al convertirse la guerrilla popular en ejército de liberación, (sin por eso desaparecer, ella, en retaguardia enemiga), la guerra revolucionaria toma forma de "piel de leopardo", con muchas zonas guerrilleras liberadas; de tal suerte que el enemigo no pueda, a la vez, aplastarlas a todas, o que si ocupara algunas éstas reaparezcan, en otras partes, como si fueran cabezas de la Hidra de Lerna.

El vasto espacio latinoamericano tiene zonas geo-estratégicas formidables: una larga y alta cordillera andina, que pudiera ser la Sierra Maestra de la liberación, como dijera Fidel Castro; unas cuencas hidrográficas enormes como el Orinoco, el Magdalena, el Cauca, el San Francisco y el Plata; unas extensas zonas de bosques que cubren el 44 % de la superficie latinoamericana (donde los guerrilleros rurales y de montaña pueden aniquilar, cediendo terreno y ganando población campesina, al más poderoso ejército rtgular contrarevolucionario); unas ciudades populosas de gran civilización industrial, (donde los guerrillas urbanas pueden y deben tomar al enemigo por la espalda, cuando éste haya sido batido parcialmente en selvas, campos y montañas, por la guerrilla rural). Estratégicamente, la guerrilla, en función del terreno, debe cambiar sus tácticas; la lucha de campo (sin bosque ni montaña) es propia de guerrillas nocturnas, que combaten y trabajan; la guerrilla, en bosque y montaña, es permanente: puede prosperar y ampliarse en zonas liberadas, sobre todo de alta montaña, muy tupida de bosque; la guerrilla urbana agita, combate y da cobertura a las masas, pero no libera las ciudades hasta que no haya peligro de que el enemigo pueda cercarlas, bombardearlas y aniquilarlas: en todos estos casos, se trata de ser flexible con el

terreno, sin aferrarse a su defensa; lo importante no es defender el espacio, sino destruir al enemigo para armarse a expensas de su intendencia.

II. — EL EJERCITO ENEMIGO

A lo largo de muchos años de guerrilla en Colombia, Guatemala, Venezuela y otros países, se evidencia que el ejército enemigo es poderoso y la guerrilla, muy débil. La correlación de fuerzas en presencia, cuanto más desproporcionada sea, tanto más larga hará la guerra revolucionaria, hasta que lo grande por su propia dialéctica devenga chico y lo chico grande, transformándose así cada polo de la contradicción en su contrario, por su ley interna de desarrollo desigual; es decir, la guerrilla se convierte en ejército de liberación y el ejército reaccionario en fuerzas dispersas, desmoralizadas, abatidas, incapaces de asegurar el orden burgués.

Como el imperialismo tiene fuertes inversiones de capitales en América Latina, monopoliza mercados, fuentes de materias primas y energía, y su geografía estratégica, es evidente que en una guerra revolucionaria (en que el pueblo amenace cambiar el orden de clases, la propiedad privada por la colectiva y el capitalismo por el socialismo), vendrá así la intervención imperialista, como en Santo Domingo, en 1965. Actualmente, hay "boinas verdes" norteamericanas en casi todos los ejércitos latinoamericanos, para prepararlos, no en defensa de su soberanía nacional (ya liquidada por el imperialismo económico), sino como fuerzas de choque contra huelgas generales, manifestaciones estudiantiles y guerrillas rurales y urbanas. Este plan represivo lo cumplen los "boinas verdes", según los modelos de guerra contra-revolucionaria estudiada en la Escuela de Panamá, bajo la dirección del Pentágono, que defiende así, en Latinoamérica, las inversiones de Wall Street.

Así, pues, la segunda característica general de la guerra revolucionaria latinoamericana es que los ejércitos nacionales son reaccionarios y su plan operacional está dirigido por el Pentágono, para reprimir a sus propios países como policía cipaya. Tanto es así que los armamentos arrendados por el Pentágono (buques de guerra, etc.) no pueden ser empleados contra los yanquis ni contra cualquier país aliado

de ellos (que lo son todos los países latinoamericanos). Consecuentemente, los ejércitos latinoamericanos se comportan como enemigos del pueblo trabajador; pero si la coalicción popular insurreccional llegara hasta los católicos revolucionarios, entonces los cuadros medios y bajos de los ejércitos indígenas serían permeables a la deserción y desmoralización.

Hay mucha debilidad política en los ejércitos cipayos: algunos de sus cuadros superiores se han constituído en desprestigiados personajes de "relaciones públicas", "influyentes" y "altas jerarquías", al servicio de empresas extranjeras. La guerrilla debe denunciarlos, en su prensa clandestina, con sus nombres y apellidos, para separar así políticamente a la cima del Ejército reaccionario de su base popular: (soldados, suboficiales y oficiales de extracción plebeya).

Por la unidad en una **patria grande latinoamericana**, la abolición de los monopolios extranjeros, la creación de una gran industria continental y la supresión de los latifundios, muchos militares estarán al lado de la causa popular. Pues si el imperialismo sigue avanzando económicamente, tras de sus empresas monopolistas vendrán empleados y jerarquías hablando inglés, hasta que el castellano quede como un idioma subdesarrollado y América Latina como un espacio colonial del dólar. Esta perspectiva decadente se convertiría en realidad, antes del año 2000, si las provincias unidas latinoamericanas no echan antes, al imperialismo, al feudalismo y al cipayismo, responsables conjuntos de la neo-colonización latinoamericana, en la política, la economía, la diplomacia, la estrategia y las finanzas.

Hay muchos militares honestos que como Caamaño, Yon Sosa y otros han abrazado la causa popular; hay que introducir una cuña política y psicológica entre las altas jerarquías militares y las bajas; **es preciso que el cristianismo desaburguesado, el socialismo, el sindicalismo, la intelectualidad, los estudiantes, los campesinos y la clase media proletarizada, marchen en el mismo frente con el 80 % del pueblo a favor de la guerrilla revolucionaria; dirigida contra el militarismo cipayo, el feudalismo residual y el imperialismo económico: (aislados del cristianismo, de las clases medias, de los campesinos, de los obreros, de los intelectuales y de los estudiantes).** Con esa estrategia política, cristalizada en un frente unido de liberación, la guerrilla chica puede vencer así al militarismo cipayo y al imperialismo del Pentágono, como David venció a Goliat.

III. — LA GUERRILLA

Frente a un ejército reaccionario nacional, que sería apoyado por el imperialismo con su guerra tridimensional de Marina, Aeronáutica y Ejército, la guerrilla, que se lance a la liberación latinoamericana, tendrá que equivocarse poco, operando siempre con una estrategia brillante, con amplia base de población favorable, como Fidel Castro en Sierra Maestra. En países con dictaduras militares odiosas, la guerrilla debe partir de consignas y actos que reivindiquen todas las libertades y los derechos transgredidos, para presentarse así políticamente como brazo armado del pueblo, de los campesinos, obreros, estudiantes, clases medias liberales y de la burguesía democrática: (que no quieren dictaduras).

Sólo cuando una minoría armada actúa en interés de la mayoría oprimida, puede aspirar a que la guerrilla, con el apoyo de la mayoría de la población, se convierta en ejército de liberación triunfante.

Una guerrilla muy chica podrá transformarse en ejército grande, siempre que sea empleada para derrocar una tiranía odiada, un despotismo que haya suprimido las más elementales libertades burguesas; pero la política de **la guerrilla no deberá ser sectaria, dogmática o intolerante, sino flexible, de estilo nuevo, no semantizada en ningún "ismo", operando políticamente en nombre del interés general a fin de ganar toda la población oprimida.** Estas situaciones políticas se presentan óptimamente en América Latina, donde se han puesto ahora de moda las dictaduras militares, que quieren hacer pagar la crisis económica a los obreros, los campesinos, las clases medias, los estudiantes y las burguesías nacionales descapitalizadas, a fin de que el capital extranjero pueda ser invertido, sin riesgos de inflación ni de agitación social.

Frente a un gran ejército cipayo, puede triunfar una guerrilla libertadora si actúa siempre en función de **ganar población favorable** con sus actos de propaganda armada, dando cobertura a huelgas, manifestaciones, ocupación de fábricas y tierras; protestas contra la tiranía indígena y el imperialismo; pero tendrá que actuar estratégicamente la guerrilla, no en el lugar mismo donde se produzcan esos hechos, sino más bien lejos de ellos, ofensivamente, donde el enemigo está desprevenido o es débil militarmente. El castigo de un represor del pueblo, el secuestro de un exponente

militar, diplomático o económico del imperialismo, la toma de armamento en lugar aislado o poco vigilado (donde el enemigo se haya debilitado por ir a reprimir manifestaciones estudiantiles, huelgas u ocupaciones de fábricas), pueden ser objetivos óptimos a conseguir por la guerrilla de ciudad o de campo. Así se prestigiará por contínuas y exitosas operaciones contra el enemigo que sumadas, una a una, darán una gran victoria al pueblo en armas. No se trata de entrar en batallas grandes, sino de durar más que el enemigo en campaña larga, con mejor moral, política y disciplina que él. Para que triunfe una guerrilla chica sobre un ejército grande deberá, en todo momento y operaciones, atacar por sorpresa con superioridad de número y fuego, en ataque envolvente, de suerte que el adversario no pueda escapar: para abastecerse así con sus armas y municiones. El arma suprema y secreta de una guerrilla consiste en su política justa con el pueblo, contando siempre con la mayor cantidad de amigos posibles. Con esa política y una clandestinidad coherente, sin mantenerse nunca en lugares fijos, sino cambiando constantemente de posición, una guerrilla puede producir un gran ejército de liberación, transformando la guerra revolucionaria de unos pocos en un gran partido en armas, que derroque una tiranía odiada, cuando ningún partido clásico podría hacerlo; pero el pueblo desea vivamente que caiga el despotismo, contestando a la violencia con la violencia.

IV. — LA POBLACION

Hemos indicado que todo poder es sobre la población y no sobre el espacio vacío. En la vieja estrategia convencional, lo importante, desde Ramsés II hasta Eisenhower, era ocupar el espacio del enemigo, mediante formaciones militares de línea contra línea, más o menos densas: falange, legión, batallones, regimientos, brigadas, divisiones, etc., en orden profundo o liviano, según la capacidad de destrucción de las armas empleadas: (espada, pica, flecha, fusil, ametralladora cañón, bomba atómica.

En la actualidad, el espacio es una categoría de guerra que domina la estrategia de las grandes potencias militares; pero no tiene una gran significación en la guerra revolucionaria, ya que los guerrilleros lo ceden o lo ocupan, transitoriamente, a fin de destruir, poco a poco, a un enemigo poderoso. Lo que importa es durar en el tiempo, cediendo espa-

cio, para levantar en armas la población de un país, ya sea contra un invasor o contra un tirano. En fin de cuentas, quien escapa al cerco cediendo espacio, pero conquistando más y más apoyo político en la población, gana la guerra, ya que con el tiempo una pequeña guerrilla obtiene a su favor la superioridad del número, sin dejar de ser superior en fuego, en un lugar dado y por un tiempo dado, gracias a la buena información, que dé la población, sobre la situación del enemigo: (fuerzas agotadas, aisladas o separadas del grueso del ejército).

En América Latina, las dos características más favorables para la guerra revolucionaria son el espacio grande y la población favorable, a ganar por una guerrilla ágil, política y estratégicamente. Pero son desfavorables, inicialmente, para desencadenar una guerra de liberación, el ejército enemigo fuerte y la guerrilla popular muy débil; pero si ésta cede espacio y gana, en el tiempo, la población, se convertirá, por la dialéctica de la guerra, en grande, es decir, el polo chico (guerrilla) deviene lo grande (ejército), ya que, en el devenir dialéctico, todo se convierte en su contrario y tiende a suplirlo históricamente.

Desde el punto de vista de la distribución de la población, América Latina tiene un 45 % en ciudades con más de 5.000 habitantes: quiere decir, estratégicamente, que la Revolución latinoamericana es urbana y rural al mismo tiempo; no será posible, sin alianza obrera y campesina. Ello en cuanto a lo general, pero pudiera ocurrir que la chispa que encendiese la pradera, inicialmente, no estuviera en el 55 % de la población rural, sino más bien en el 45 % de la población urbana: más politizada y radicalizada que la población campesina. Sin embargo, en los países tropicales pudiera suceder que el epicentro revolucionario estuviera más en el campo que en la ciudad, ya que el proletariado está en los cultivos de la caña, el café, el cacao, el algodón, las bananas y otros productos explotados por compañías extranjeras. El Caribe y Centroamérica tienen, en el campo, al imperialismo; en Sudamérica, el campo es feudo de las oligarquías nativas; las ciudades están en manos del imperialismo industrial, financiero y mercantil. Estas dos proyecciones diferentes, indicarían que la guerra revolucionaria pudiera tener su epicentro inicial más bien en las ciudades sudamericanas; pero más en el campo, en las ciudades centroamericanas y caribeñas; aunque lo desmiente parcialmente, la revolución

dominicana de Sto. Domingo, en 1965: exclusivamente urbana. **Ahora bien, quizá se perdió porque no fue, al mismo tiempo,** revolución urbana y rural, para liquidar al ejército cipayo y a los "marines" con una vasta guerra popular en superficie, como hacen los vietnamitas del sur, frente a más de medio millón de yanquis.

La población latinoamericana, si bien es dominantemente rural está situada en un 70|% de su total, sobre una banda geográfica que no va más allá de 500 kilómetros desde la costa marítima. Latinoamérica es, en el fondo, un continente vacío, en su Interior. Ahí justamente es donde debe ser atraído guerrilleramente el imperialismo y el militarismo cipayo, para dispersarlos en terreno inhóspito (sin comunicaciones ni muchos recursos naturales y paramilitares), a fin de que el general espacio se trague al enemigo, dejando así desguarnecidas las ciudades donde, en definitiva, se ganará la guerra: la última batalla. Pues es en las urbes donde está la industria y el centro de gravedad de nuestra civilización urbana, desarrollada por el capitalismo.

En síntesis, la guerra revolucionaria en América Latina aconseja, por sus leyes específicas, combinarla en campo y ciudad, para atraer hacia un espacio vacío a las tropas cipayas y al imperialismo, mientras se las ataca en su retaguardia más sólida: las grandes urbes, epicentro del capitalismo. No olvidemos nunca que la Revolución es un fenómeno histórico del capitalismo; y que no triunfará el pueblo sin superarlo como modo de producción; es decir, con la revolución en las ciudades: donde está la industria, el comercio, las finanzas y las grandes masas concentradas de población.

Hemos señalado, en síntesis, las cuatro características generales de la guerra revolucionaria en Latinoamérica. En conclusión diríamos: hay terreno favorable y población favorable, con lo cual se puede comenzar una acción insurreccional; pero debe ser programada en sus objetivos urbanos y rurales, para despertar, desde su comienzo, la admiración del pueblo. La tesis del "foco insurreccional" del "Che" Guevara es correcta, en cuanto a que la acción crea las condiciones revolucionarias; es decir, lo particular produce dialécticamente lo general; pero lo importante es saber —según país y situación—, si se debe comenzar la acción por la ciudad o por el campo, no pudiendo hacerlo por los dos sitios a la vez, que sería el ideal estratégico óptimo contando con suficientes fuerzas guerrilleras, inicialmente;

pero ello no es lo corriente al comienzo de una guerra revolucionaria.

DAVID CONTRA GOLIAT

El ejército norteamericano es una maquinaria pesada: se parece a los grandes saurios del final del período terciario que, por su propia pesadez acorazada, no se podían adaptar a las nuevas condiciones cambiantes de la naturaleza, pereciendo así catastróficamente. Un elefante puede ser corrido y cansado por un ratoncito, siempre que éste tenga cuidado de no ponerse debajo de la pata de tan poderoso paquidermo.

En la batalla de Pydna (168 a.J.C.), la falange macedonia, que había sojuzgado a Grecia y conquistado el Asia, pereció ante la legión romana por falta de flexibilidad, de su adaptación a todo terreno, de coordinación de sus partes de tal suerte que todas pudieran combatir como infantería. En los ejércitos norteamericanos de nuestro tiempo, solamente actúan como infantería de combate menos de 1.200 soldados de los 18.000 que tienen las divisiones pentagónicas. Frente a ese ejército, cuyas armas están todas especializadas, y no pueden combatir como infantería de línea, más que el 6 % de ellas, una infantería guerrillera, que lleve artillería liviana (bazookas, cañones sin retroceso, morteros del 61 y del 81, etc.), puede conseguir repetidas y pequeñas victorias que sumadas, una a una, contribuirán a desmoralizar al pesado ejército yanqui cuyos estados mayores lo fían todo a la superioridad industrial, al mito efímero de la técnica, a la guerra tridimensional en aire, mar y tierra.

El ejército guerrillero debe caminar por todo terreno, con sus unidades pesadas de infantería (bazookas, morteros y cañones sin retroceso, etc.) y con su infantería liviana, para tener gran potencia de fuego; aunque sean las divisiones guerrilleras 16 veces más chicas que las norteamericanas. Durante la guerra de Corea (1950-54), las divisiones motorizadas yanquis llevaban hasta 2.000 vehículos: lentos en pasar por estrechas y escasas carreteras, lo cual les daba una velocidad de marcha de menos de 10 kilómetros por hora, como en la época de las legiones romanas. En estas condiciones, sin poder elegir sus comunicaciones, los guerrilleros nor-coreanos se movían por la retaguardia norteamericana, pasando por los intersticios vacíos, entre

ruta y ruta, dejados al paso de las motorizadas divisiones estadounidenses. La coraza, como en el caso de los saurios del terciario, restaba movilidad estratégica a las divisiones pentagónicas, en Corea.

En América Latina, la guerrilla operacional debe meter a los ejércitos represivos norteamericanos en zonas de pocas comunicaciones, en montañas y selvas, para que los armamentos pesados y las unidades grandes no puedan llegar a las cimas de las montañas, sino pequeñas unidades de infantería yanqui, que serán fácilmente vencidas por las guerrillas de campo (con guerra a las comunicaciones) y las guerrillas de montaña (con cercos, emboscadas y aniquilamiento en torno de la infantería norteamericana). El Pentágono es un "mamut", un martillo pilón: hay que eludirlo no poniéndose nunca debajo de él, sino encima, para que dé golpes en el vacío.

CAPITULO III

TEORIA DEL "FOCO" INSURRECIONAL

¿CUANDO, DONDE, CUANTOS Y COMO CREAN UN "FOCO" SUBVERSIVO?

Luego de terminada la segunda guerra mundial, han proliferado las guerras revolucionarias, si bien las guerrillas yugoeslavas, albanesas y chinas se insertaron o surgieron con la guerra a la escala universal. Apenas habían silenciado su tronar los cañones de la guerra imperialista, estallaron guerras revolucionarias: Grecia, Irán, Indochina, Argelia, Colombia, Cuba El Congo, Angola, etc. Todo lo cual demuestra que estamos viviendo en una época de grandes conmociones sociales, muy similar a la de las **guerras de religión** (Reforma); pero ahora mucho más universal, vasta y revolucionaria; en el Siglo XVI emergía el capitalismo de las cenizas de la Edad Media; en nuestra época, aflora el socialismo por todos los poros sangrantes del capitalismo; pero no por evolución, sino más bien por revolución.

Objetivamente las condiciones históricas son revolucionarias; pero la victoria de los revolucionarios depende, subjetivamente, de emplear o no una política, una dialéctica, una estrategia, que conjugadas sean operacionales. De ahí que el camino hacia la Revolución sea difícil, cuando no se cuenta con una **estrategia general** (conocimiento pleno de los principios que rigen el arte de la guerra) y una **estrategia específica** (conocimiento de las leyes estratégicas válidas para un país dado, para una situación concreta). En este orden de ideas, sucede frecuentemente que un país o una región del mundo presentan, objetivamente, condiciones revolucionarias: (crisis económicas, guerras, caos social y político, etc.); pero, subjetivamente, no hay revolucionarios prepara-

dos para transformar las crisis económicas en crisis revolucionarias y las guerras nacionales o imperialistas en guerras civiles.

Desde la más remota antigüedad se han producido —en todos los tiempos— ocasiones históricas revolucionarias; pero los esclavos, los siervos o la plebe, no estaban preparados para conducir las fuerzas históricas; para quitar el Poder a las clases dirigentes; para sustituir un modo de producción decadente por otro régimen más expansivo, dinámico, en que las relaciones de producción (fuerzas productivas, formas de la propiedad, formas de Estado, etc.), estuvieran en armonía con las relaciones sociales (clases sociales, superestructura jurídica filosofía, etc.). Si Espartaco hubiera sustituído la economía esclavista por una economía (que consiguiera más libertad y mayor acumulación de capital, etc.), hubiera vencido, largamente, a las legiones romanas. La derrota de Espartaco fue política, ya que sus huestes lograron muchas victorias tácticas, pero ninguna victoria política y estratégica.

Una clase, una nación o una civilización, desaparecen o surgen en una batalla: perdida o ganada. En ese sentido, pudiera decirse, pues, que la "violencia es la partera de la historia"; pero hay que saber ejercerla estratégica, táctica y políticamente, para obtener más victorias que derrotas. Trazarse una estrategia correcta —antes de comenzar una guerra— es merecer el triunfo al terminarla. Ello es posible cuando un pueblo insurreccionado, un ejército, o una clase oprimida, cuentan con un Estado Mayor, con unos comandantes que renuncian a todo menos a la victoria, por más sacrificios que ella exija para merecerla. En este orden de ideas, Napoleón decía: "la moral es al material como tres, a uno". Esta tesis ha quedado demostrada en Viet-Nam, donde la estrategia logística (potencia militar de fuego y de número), a favor de los norteamericanos, no consigue vencer a un pueblo en armas (moral y movilización masiva de las masas populares). Frente a la estrategia logística (poderío económico y militar de una gran potencia) un pueblo subdesarrollado puede vencer a un país industrializado, si sabe emplear la estrategia de la guerra revolucionaria (guerra en superficie, en todas partes y en ninguna con frente fijo), hasta que la duración de la guerra, desmoralice al adversario, no teniendo éste más remedio que negociar la paz, con abandono del espacio ocupado por la fuerza bruta: (logística, metalúrgica, mecánica, etc.).

Un país imperialista (ya se trate de una u otra ideología) está siempre obligado a utilizar la diplomacia, primero; la guerra, después; para ocupar los espacios económicos y geoestratégicos que lo conviertan en potencia mundial, en el epicentro de un grupo de potencias satelizadas: Estados Unidos (en la OTAN y el Mercado Común Europeo); la URSS, (en el Pacto de Varsovia y el COMECOM). Pero, a corto o largo plazo, se rebelan las naciones oprimidas: caso de Francia contra la colonización financiera del dólar; Rumania (1966), Hungría (1956), Checoslovaquia (1968), Albania (1961), China (1960), Yugoslavia (1948), contra el predominio económico del rublo; incluso la guerra puede estallar más posiblemente entre algunos países del Este que entre ciertos países del Oeste.

La URSS y los EE.UU. siempre practican, como todas las potencias, la "estrategia de la alcachofa": ir comiendo poco a poco, hasta que se acaba toda la alcachofa; pero entonces suele estallar una rebelión: (Hungría, 1956); Santo Domingo, 1965; o el repliegue progresivo en una alianza de la que se va un país: Francia contra EE.UU.; Rumania, Checoslovaquia, China, Yugoslavia y Albania, contra la URSS.

La verdad es que un pueblo, por chico que fuere, si está unido, detrás de un gobierno que haga de comité revolucionario, puede desafiar militarmente a una gran potencia como Viet-Nam a Estados Unidos; cosa que pudiera hacer igualmente, en defensa de su soberanía e independencia, frente a la URSS, Albania, Rumania, Checoslovaquia, Yugoeslavia, China, etc. La guerra revolucionaria es válida también en el Este... Cuba, en el Oeste, existe revolucionariamente en la periferia de Estados Unidos, casi al lado del Pentágono; pero más por sus posibilidades de guerra revolucionaria contra EE.UU. que por la "ayuda" de la URSS.

TESIS SOBRE LA TEORIA DEL "FOCO"

En la guerra revolucionaria, no rigen los mismos principios tácticos y estratégicos que en la guerra de grandes y pequeñas unidades regulares. Un ejército de línea es esclavo de su endivisionamiento sobre una línea regular de frente: una división tiene al frente el enemigo y en sus dos flancos otras divisiones amigas, a menos de quedarse con sus flancos descubiertos, expuesta al envolvimiento del adversario.

Las formaciones militares regulares, cuanto más grandes sean, más y más dependen de sus **comunicaciones y abastecimientos.** En un ejército muy mecanizado, con divisiones pentagónicas de hasta 2.000 vehículos de transporte y de toda clase blindados, la capacidad de movimientos puede ser inferior a la de la infantería de la época de Ciro, en el siglo VI, antes de Jesucristo. En la guerra de Corea, las divisiones blindadas norteamericanas, no teniendo muchas rutas para elegir, se embotellaban, no avanzando a una marcha superior a los 10 kilómetros por hora. En cambio, los chino-coreanos con carretillas, bicicletas y 6.000 infantes destinados a transporte, conseguían abastecer sus líneas en municiones, alimentos e implementos militares, pasando por todo terreno, burlando los bombardeos masivos de la aviación norteamericana, que machacaba, noche y día, las rutas chino-coreanas; pero ello no impedía que los recursos logísticos llegaran, a hombro de soldados o en carretillas, por caminos y vericuetos de montaña, hasta la vanguardia chino-coreana.

Una guerrilla, a diferencia de un ejército regular, no depende del espacio como las grandes formaciones militares de línea. Al contrario, una guerrilla móvil cede el **espacio** para prolongarse en el **tiempo,** eludiendo la batalla grande de línea, a fin de conservar su libertad de movimientos, para poder en todo momento llevar la guerra revolucionaria a la retaguardia del enemigo. Lo que importa, en una guerra revolucionaria no es la defensa o la **ocupación del espacio** (objetivos básicos de la guerra con grandes ejércitos de línea), sino más bien **ganar la población** que hay en el espacio del adversario, para que éste se halle cercado por todas partes, sin posibilidad de retaguardia sólida, teniendo que dispersarse por todas partes, a fin de que el ejército revolucionario sea más fuerte que el ejército reaccionario, en algún punto del frente, aunque sea muy débil en todos los puntos del mismo. **La guerrilla debe buscar la superioridad de fuego y de número en lo particular, aunque sea inferior, como 1 es a 1.000, en lo general. La clave de la doctrina político-militar de un ejército revolucionario consiste en contar con el apoyo masivo de la población, para poder trasladar su frente a la retaguardia enemiga, cuantas veces quiera, por medio de una organización territorial, de la cual careció el "Che" Guevara en Bolivia, en 1967, siendo así aislado de la población y posteriormente derrotado.** En síntesis, los principios de la teoría del "foco" insurreccional podrían ser enunciados en los temas siguientes:

I. — LAS TRES FASES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

En una guerra revolucionaria se suelen dar tres fases bien definidas:

1ª) el ejército enemigo es muy grande y la guerrilla muy chica, reducida a una o más bandas armadas, sin posibilidad de mantenerse sobre terreno fijo, para eludir así la ofensiva y el cerco del adversario, en razón de su movilidad, seguridad, velocidad y combatividad;

2ª) la guerrilla gana población y aumenta su masa de combate, pudiendo defender zonas liberadas, en alta montaña cubierta de bosque, pero sin aferrarse mucho al terreno, mientras que el enemigo pasa de la ofensiva permanente a la política estática de gran cerco sobre una zona guerrillera liberada;

3ª) las bandas guerrilleras se convierten en ejército de liberación, empleando unidades relativamente grandes y de armamentos semi-pesados (tomados al enemigo), aunque éste sigue manteniendo, en la retaguardia del adversario, una enorme guerrilla para tomar así al enemigo entre dos fuegos, para levantar la población de su retaguardia contra él.

En la 1ª) fase se cede el espacio para eludir los cercos y las batallas grandes; en la 2ª) fase, se conserva alguna o algunas zonas liberadas, para colocar un ejército contra otro, un régimen contra otro, un espacio contra otro; en la 3ª) fase se ocupa el espacio enemigo, ya que sin ello no hay victoria; pero esto debe hacerse cuando el adversario esté desmoralizado, agotado, sin posibilidades de resistencia. Para ganar una guerra revolucionaria, no deben ser confundidas las tres fases de la misma: si el enemigo se desplomara en la 2ª) tanto mejor; pero para no engañarse, hay que calcular la resistencia del adversario a su máxima capacidad y no a la mínima, al comenzar una lucha revolucionaria de liberación.

II. — ESTRATEGIA DE LA AUTODEFENSA

Una zona de autodefensa local, o varias zonas, sin coordinación estratégica general no pueden vencer a un ejército regular como sucedió durante las guerras campesinas de Alemania, en el siglo XVI. Si un ejército puede batir por

separado las zonas guerrilleras de autodefensa, unas detrás de otras, sin que ellas cooperen estratégicamente a la vez, (para dispersar a su adversario): el particularismo guerrillero será vencido indefectiblemente. La autodefensa es una forma de la guerra revolucionaria, pero no la única, sino más bien complementaria de un ejército de liberación, que debe articular bajo su dirección estratégica la autodefensa, en campos y ciudades, con los escalones regionales (o provinciales) y las unidades militares del ejército regular revolucionario. La autodefensa aislada no tiene posibilidades estratégicas: la historia demuestra "que no puede existir un Estado dentro de otro Estado". La categoría de totalidad es tan válida para la estrategia como para la dialéctica: las cosas a medias no tienen sentido ontológico ni lógico.

III. — ESTRUCTURA DE UN EJERCITO REVOLUCIONARIO

Un ejército revolucionario comienza por su base: guerrillas en montañas, campos y ciudades. Luego, se articula en milicias comarcales o departamentales; después, en escalones provinciales o regionales; finalmente, en ejército de liberación. Las **milicias locales** y los grupos de autodefensa combaten en su propia zona de acción (pueblos, departamentos y ciudades); los **escalones regionales** o provinciales son formaciones paramilitares que se crean con los mejores cuadros de las milicias locales; el **ejército de liberación**, se forma con lo mejor de los escalones regionales y de las milicias locales (con hombres que no pueden permanecer más en la retaguardia enemiga, por ser demasiado "quemados" y que, por ello, serán buenos combatientes para el ejército de liberación). Combinando escalones locales y regionales armados con el ejército de liberación, el enemigo siempre será atrapado entre un ejército revolucionario de línea y su vasta guerrilla en superficie (en todas partes combatiendo y hostigando al enemigo, pero en ninguna con frente fijo). Cuando el ejército de liberación necesite extraer masas armadas en la retaguardia enemiga (para hacer una operación sorpresiva de aniquilamiento contra una unidad adversaria), deberá movilizar a la hora y cita señalada, lo mejor y máximo de los escalones locales y regionales, para destruir al adversario. El ideal estratégico, en una guerra revolucionaria, es contar con 3 guerrilleros, en la retaguardia enemiga, por cada 1 soldado del ejército de liberación, en vanguardia.

Ello permitirá aplastar al enemigo con suma facilidad, escapando la guerrilla luego de terminada una batalla; pero dejando siempre tres partes del ejército revolucionario en la retaguardia enemiga: donde se libra la gran batalla por el control de la población. En el monte, hay más árboles que habitantes; es, pues, en la retaguardia enemiga, donde se dan las grandes batallas políticas de la guerra revolucionaria: (huelgas, manifestaciones, actos de propaganda armada, bloqueo de comunicaciones, etc., etc.).

IV. — PARTIDO Y GUERRILLA

La guerra es un medio para la política: sólo se recurre a ella cuando una tiranía oprime y explota al pueblo, privándole de sus derechos políticos, de su libertad, de su derecho a la vida. **Una guerrilla triunfará** estratégicamente si **su bandera de liberación representa políticamente la aspiración del 80 % de una población oprimida.** Por tanto, la guerrilla tendrá que contar con un **frente unido de liberación**: (clase obrera, campesinos pobres, clases medias proletarizadas, que expresen el 80 % de la población en un país subdesarrollado). La guerrilla debe ser, a la vez, ejército de liberación y partido armado, sin tomar una denominación política dogmática, para movilizar así hasta las nuevas tendencias de la religión, desaburguesada, que toman el camino a la revolución contra las oligarquías y el imperialismo. La guerrilla debe ser el brazo armado del pueblo, contando con un frente de clases, que cubra políticamente sus operaciones militares revolucionarias, en terreno y población favorables, a fin de lograr siempre más victorias que el ejército reaccionario.

V. — PROGRAMA DE LIBERACION PARA AMERICA LATINA

El imperialismo económico genera la **ley de división internacional del trabajo,** creando así economías dependientes o de monocultivo. Por consiguiente, la Revolución en América Latina comenzará siendo nacional, pero no puede triunfar, plenamente sobre las oligarquías nativas y el imperialismo, más que a condición de ser **revolución permanente.** Cuando cada país es uno o dos productos de exportación para el imperialismo, la revolución nacional de

fronteras adentro es una utopía. En América Latina, la Revolución debe abarcar un ancho frente de población insurreccionada, para vencer a los ejércitos cipayos, (en la primera y la segunda fase de la guerra revolucionaria); y al ejército imperialista que los apoyará, (para que no sean destruídos), en la tercera fase de la guerra del pueblo en armas.

Para merecer la victoria, el pueblo latinoamericano debe unirse sobre la base de un amplio frente de liberación continental que contemple, entre otros, los objetivos siguientes:

— *América Latina es un solo país:* Hay que echar al imperialismo del espacio-latinoamericano, creando una república federal unitaria con todos los pueblos iberoamericanos.
— *Veinte naciones y una sola aspiración:* En América Latina, la realidad es la unidad de origen y de destino histórico, el idioma iberoamericano, la ecumenicidad de la religión católica, la lucha común contra el imperialismo y las oligarquías, la unidad supracional para superar la balcanización neo-colonial y el raquitismo histórico; todo ello debe constituir la base amplia de un frente de liberación, que abarque el 80 % de la población latinoamericana.
— *Prohibición de los monopolios:* Las riquezas naturales, las industrias básicas, los servicios públicos, los medios de producción, cambio, circulación y consumo, en manos del imperialismo económico, será entregado al pueblo trabajador, para que éste lo dirija o explota por medio de la democracia directa de la autogestión, de la cogestión con la Administración.
— *Supresión de los latifundios:* La tierra es de los que la trabajan, sin mediación onerosa de las aristocracias feudales; es intolerable que el 1,5 % de las fincas (latifundios) posean el 64,9 % de la tierra, en América Latina. La reforma agraria es la base de la revolución latinoamericana: una agricultura moderna, mecanizada, bien abonada, constituye el más grande mercado para la industria urbana y la posibilidad de borrar la "geografía del hambre". Con 750 millones de latinoame-

ricanos en el año 2000 no puede haber latifundios ni minifundios, sino una agricultura científica de autogestión cooperaria.

— *Frente de clases oprimidas:* En América Latina hay que hacer la Revolución con más clases que el proletariado urbano; hay que marchar hacia la liberación con un frente unido de los obreros, los campesinos, las clases medias proletarizadas, parte de las burguesías nacionales (que luchan contra el imperialismo por la defensa del mercado interno), el estudiantado, los intelectuales y las nuevas tendencias católicas (que aceptan y promueven el cambio hacia el socialismo). Con este frente unido, teniendo unidad de pensamiento y acción, América Latina será una nación y su descolonización una realidad histórica.

El programa de liberación latinoamericano no debe tomar viejas denominaciones políticas. Desde el marxismo, el socialismo libertario, hasta el cristianismo desaburguesado, caben, en ese frente unido, y todos los movimientos progresivos que se hayan liberado políticamente de la burocracia soviética, el imperialismo yanqui y las burguesías nacionales.

VI. — GUERRILLA: CIUDAD Y CAMPO

Regis Debray, en "Revolución en la Revolución", hace las siguientes afirmaciones: "Cuando una guerrilla habla con sus responsables urbanos o con el extranjero habla con "su burguesía". "Quedándose la dirección política en la ciudad, será destruída inevitablemente o desmantelada por la represión". Hay que "abandonar la ciudad e ir al monte"... "La guerrilla es aislada en las ciudades"... "ni un solo fusil debe ser distraído para la resistencia urbana". Regis Debray no es un estratega y ni siquiera un táctico: nunca tuvo la experiencia de conducción de una guerra revolucionaria, ni en su forma de grandes ni de pequeñas unidades militares. Como licenciado en filosofía podría opinar de dialéctica, con más autoridad que de estrategia.

La historia desmiente estas tesis: las revoluciones campesinas nunca triunfaron, mientras las ciudades no si-

guieran al movimiento insurreccional del campo. La guerra revolucionaria no es parcial, sino total; sin unidad de acción entre la ciudad y el campo, no se logra la victoria en una revolución popular. En Cuba, no fue sólo la acción guerrillera de Sierra Maestra lo que decidió la victoria sobre el ejército regular, sino también el hecho de que éste había perdido ya la calle, en La Habana y en otras ciudades. Las luchas de retaguardia, en la guerra revolucionaria cubana costaron más muertos, en las ciudades, que en la Sierra Maestra.

Espartaco (sin el apoyo de la plebe de Roma), Tomás Munzer (sin una estrecha alianza con las ciudades), Stenka Razin y Putgacheff, en Rusia, (aislados de las urbes) y el "Che" Guevara (con la indiferencia del proletariado minero y de las ciudades bolivianas), todos ellos, perdieron la guerra, por falta de apoyo político, por carecer de una amplia red territorial guerrillera (en campos y ciudades), que permita tomar al adversario de frente y de revés, a fin de que la guerrilla se convierta en ejército de liberación popular.

En el siglo XVI, los Watt-Tyler y las "Jacqueríes", respectivamente en Inglaterra y Francia, ganaron la batalla a la aristocracia, uniendo la ciudad y el campo, es decir, campesinos y burgueses; pero los campesinos no tenían una noción de la toma del Poder. Entraron en Londres y París, pero se dejaron convencer por la monarquía, la nobleza, volviendo luego a sus pueblos. Una vez dispersados, los campesinos fueron vencidos por los señores. La Revolución social es un fenómeno del capitalismo. Y la Revolución Francesa de 1789-93 fue su modelo: triunfó porque había, en ella, un frente de clases: obreros, campesinos y burguesía luchando contra la aristocracia y el alto clero. Una Revolución no la hace una minoría más que a condición de movilizar políticamente a las mayorías descontentas. ¿Pero cómo hacerlo con la guerrilla internándose sólo en el monte, pero dejando la ciudad pasivamente en países que cuentan con el 50 al 80 % de población urbana? ¿Son correctas así las tesis del "Che" y de Debray...? ¿No se confunde así líricamente la táctica con la estrategia?

No tratamos de menoscabar la personalidad heroica y romántica del "Che", sino de elaborar, teniéndolo muy en cuenta a él, una estrategia operacional, que no produzca, solamente, mártires, sino revolucionarios integrales, vencedores y no vencidos.

VII. — LA LEY DE LA CANTIDAD QUE CAMBIA LA CALIDAD

Una guerrilla se va convirtiendo en Ejército grande a medida que de su célula madre, en ciudad o campo, se van creando nuevas células de combate que extienden —en superficie y no en línea— una guerra revolucionaria en forma de "piel de leopardo", entre cuyos intersticios se mueve el guerrillero como el pez en el agua, siempre que con sus hechos, discursos, consignas y comportamiento, vaya produciendo cada vez más y más **población favorable**, hasta que no haya nadie neutral, en una guerra de liberación.

Si una guerrilla está muy dispersa, no tiene bastante fuerza para destruir pelotones, secciones, compañías o batallones del enemigo, según se opere en la primera, la segunda o la tercera fase de una guerra revolucionaria. Si la guerrilla es muy compacta crea unidades grandes o pesadas; difíciles de moverse por todo terreno, o de escapar velozmente en operaciones de lucha urbana. El ideal estratégico de una guerrilla es practicar el siguiente principio: **para vivir, separados; para combatir, juntos,** a fin de que las armas pesadas enemigas no destruyan a la fuerza armada del pueblo.

En razón de **la ley de la cantidad que cambia la calidad o viceversa**, un grupo guerrillero chico de 25 a 50 hombres es por definición estratégica una **banda armada**, que sólo podrá enfrentar a pelotones adversarios de 10 hombres de infantería, siempre que los ataque con una superioridad mínima de 3 a 1; y a base de una enorme **superioridad de fuego** (granadas de mano, a corta distancia), para dar a la **superioridad de número** también la de fuego: siempre que se ataque por sorpresa, rapidez, decisión y asalto circular, a fin de abastecerse del botín enemigo; de recoger más municiones y armas de las que puedan perderse en el combate. De lo contrario, las victorias pírricas siempre conducen a la derrota.

Cuando una guerrilla de 50 hombres pasa a 250 sufre un cambio cualitativo: deja de ser **banda armada** para transformarse en **destacamento armado** que, en determinadas circunstancias, con terreno favorable, (un desfiladero), puede destruir o copar a una compañía enemiga. Pero un destacamento volante no debe enfrentar a una compañía, sino más bien a una sección enemiga, para vencer, rápida-

mente por la superioridad combinada del fuego y el número, por la rapidez, la sorpresa y el combate circular de cerco y aniquilamiento del adversario.

Al llegar a 500 hombres, en una zona de montaña, se comienza a ser ejército de liberación: siempre que 5 columnas de 100 hombres, cada una, combatan juntas y vivan separadas. Con 500 hombres en montaña operando por líneas interiores, siendo doble veloz que el enemigo, se aniquilan todas las compañías adversarias que se aventuren a entrar en la línea interior de la guerrilla. En la guerrilla urbana, cuando una ciudad rebasa el millón de habitantes, 50 guerrilleros debe constituir la mínima cantidad operacional, para llamar al enemigo desde diversos puntos o sucesivamente, de modo que éste no pueda ser fuerte, decisivamente, en un punto determinado de la ciudad. Al alcanzar 500 hombres de combate una guerrilla urbana se hace dueña de la ciudad, no en el sentido físico de la toma del poder, sino de ganar la calle, donde ninguna tropa, especialmente de noche, pueda circular aisladamente o en pequeños grupos de combate. Ganada la calle, el poder llegará sólo en función del **general tiempo** y de **ceder el espacio**; pero a condición de ganar el 80 % de la población con una política popular apropiada del ejército de liberación.

En guerra de montaña, 500 hombres tienen menos rendimiento político y estratégico que en guerrilla urbana: pues vivimos en el capitalismo, siendo la ciudad el epicentro de su política, estrategia y economía.

VIII. — CORRELACION DE FUERZAS EN PRESENCIA

Para la **guerra de montaña**, la estrategia fidelista era partir de una célula guerrillera madre (7 fusiles y 11 hombres desembarcados del "Gramma") que, andando el tiempo, pasaron a formar columnas operacionales de 120 a 150 hombres: unidades no muy pesadas, para poder pasar por todo terreno. Cuando las columnas fidelistas de 120 a 150 se iban haciendo más grandes (ganando soldados enemigos o combatientes de la guerrilla en la retaguardia adversaria), se formaban grupos de 40, 50 o 60 hombres, que, a su vez, se convertían, en el futuro, en nuevas columnas de 150 combatientes.

El Ejército Rebelde fidelista, en 1958, contando su historia, ha revelado que tuvo a raya hasta 10.000 soldados de

Batista, enfrentados sólo por 300 guerrilleros. En la batalla de Guisa —según Fidel Castro—, 200 guerrilleros, de los cuales 100 eran novatos, enfrentaron a 5.000 soldados batistianos, apoyados por tanques, aviación y artillería. Esta correlación de fuerzas tan desfavorable para un ejército revolucionario no es aconsejable, para entrar en combate, a menos que el enemigo haya perdido la calle en las ciudades, sea hostigado en su retaguardia por muchas guerrillas y tenga, frecuentemente, cortadas sus comunicaciones estratégicas. No es recomendable hacer retroceder a un enemigo poderoso: si ello implica gastar munición, armas y hombres que no se recuperan. En buena doctrina de guerra revolucionaria es desaconsejable el combate con igualdad de fuerzas; eludirlo, con 2 guerrilleros contra 1 soldado regular; aceptarlo, con 3 contra 1: (siempre que el enemigo pase por desfiladeros, vaya encolumnado, o mejor aún, en columna de camiones, pasando por una ruta en trinchera); con 4 a 1: se lo ataca de frente y de flanco; con 5 a 1: por los flancos, el frente y la retaguardia.

En la guerrilla urbana, los grupos de combate más rápidos, de mayor movilidad, deben adaptarse a la circulación de las calles en automóvil: no deberán ser, pues, más de 5, o más bien 4: el chofer y 3 acompañantes. Estos grupos son capaces de desarmar, sorpresiva e instantáneamente, a cualquier enemigo armado, que se haya desglosado de sus unidades, cuarteles, etc. **Pero en guerrilla urbana, hay que ser capaz de enfrentarse con secciones enemigas, que casi siempre van motorizadas. Si la guerra de calles no rebasa el grupito guerrillero de 4 a 5 hombres, no gana la calle ni se hace respetar. Por consiguiente, hay que estar en condiciones de movilizar a 100 guerrilleros urbanos, o más, utilizando camiones cubiertos, de los cuales descienda la guerrilla, sorpresivamente, para cercar y aniquilar o desarmar a una sección enemiga: preferentemente montada en un vehículo y desprevenida. Sólo así la calle pasa de manos de las fuerzas reaccionarias al de las fuerzas armadas revolucionarias. Pero para aislar o dispersar al adversario, hay que fijarlo en un punto masivamente, mientras se lo desarma en lugares donde se ha quedado aislado, debilitado e inferior en potencia de fuego y de número, ante la guerrilla urbana. La estrategia sublime consiste en dispersar al enemigo, llamándolo desde varios puntos a la vez, para atacarlo con superioridad de número y de fuego, sorpresivamente, en donde sea muy débil.**

IX. — ESPACIO, TIEMPO Y POBLACION

Una guerrilla, para escapar a los cercos, debe estar en condiciones de ceder espacio, luego de haber logrado sus objetivos, tanto en la ciudad como en el campo. Si el espacio operacional es chico, la guerrilla será cercada; pero si puede ceder terreno, cambia constantemente de lugar, es rápida en sus desplazamientos, mantiene vigilancia permanente y cuenta con el apoyo de la población, difícilmente será apresada o cercada. **Cuanto más chica sea una tropa guerrillera más tendrá que cambiar de lugar y más veloz ha de ser en sus desplazamientos. Lo importante en la estrategia de la guerra revolucionaria, no es ganar terreno o tomar una ciudad, sino destruir al enemigo ganando el apoyo político de toda la población.** El puro espacio conquistado y mantenido como dominio, se queda para los ejércitos represivos antipopulares; el guerrillero revolucionario debe jugar con el espacio para cansar y dispersar al adversario, mientras gana favorablemente toda la población, única manera de ganar una guerra revolucionaria. El Poder no es sobre nada sino sobre lo humano: la naturaleza sin el hombre es el espacio puro.

En la montaña, no hay fábricas, talleres, alimentos, municiones y abastecimientos para-militares. Por tanto, **la guerrilla de monte depende logísticamente de la economía industrial urbana.** En ese sentido, se produce "la subordinación de la guerrilla a su dirección política urbana que desarrolla en los guerrilleros no sólo una situación real, sino también de complejo mental de inferioridad y dependencia", según Debray, en su libro "Revolución en la Revolución". Pero si la **estrategia logística** condiciona la guerrilla de montaña: ¿por qué no emplearla antes en la ciudad que en las sierras, para que no tenga tales problemas logísticos y produzca en las calles población favorable, a fin de que la guerrilla de montaña sea como el otro frente de la **guerrilla urbana**? Si Debray y el "Che" Guevara hubieran empleado la misma fuerza y armamento (que los dejó aislados en Bolivia, en el monte), en una guerrilla urbana, dentro de una ciudad, apoyando a la **población descontenta**, habrían creado, con muy pocos hombres, un movimiento armado, un ejército de liberación, a condición de **no separar la guerrilla de la población**; de no aislarla entre los árboles, en vez de vincularla a las masas, en huelgas, manifestaciones, ocupación de fábricas, movimientos

estudiantiles, etc.; para llevar así la lucha popular hasta sus últimas consecuencias: la insurrección general armada, frente a un gobierno totalitario, antidemocrático, odiado por un pueblo desamparado, incapaz de ser conducido a la victoria por los viejos partidos de centro o de izquierda verbal.

A la **guerrilla de montaña**, sin el apoyo masivo de la población campesina, le falta de todo: ropas, municiones, zapatos, calzado, armas, nylons, linternas, alimentos; etc., etc., a menos que no sea conducida muy brillantemente; que por el combate ofensivo de cerco y aniquilamiento, se abastezca a expensas del enemigo. Ello requiere un buen servicio de información guerrillero en la retaguardia adversaria, para enterarse de "cuantos vienen" y cercarlos con cinco veces más de guerrilleros; de modo que el combate se termine rápidamente, quedándose con la logística del adversario. Pero este tipo de operaciones precisa un buen servicio de enlace e información con la retaguardia del enemigo próxima a la guerrilla, es decir, contar con población favorable, en las zonas guerrilleras.

No teniendo organización territorial previa, (con grupos de guerrilla clandestinos que la extiendan y dirijan), no se puede ni se debe abrir un frente guerrillero de montaña, si no se quiere correr la suerte de tantos movimientos guerrilleros, que fueron destruídos, no por el ejército enemigo, sino por la indiferencia de la población campesina, por falta de apoyo político, de cobertura informativa y logística.

El guerrillerismo ha exaltado la lucha de montaña y despreciado la guerrilla urbana, quizá porque no contaba con fuertes partidos políticos en las ciudades, pensando crearlos luego a partir de éxitos militares de la guerrilla, como sucedió en Cuba. Pero la estrategia enseña que no se hacen dos guerras con los mismos principios tácticos y estratégicos. En suma, que contando con poca fuerza guerrillera inicial, se debe comenzar por las grandes ciudades y no por las montañas, cuando las masas populares tiran para adelante contra los gobiernos tiránicos, oligárquicos, pro-imperialistas, odiados por las masas populares: desamparadas por los partidos del centro y la izquierda pasiva.

X. — ERRORES ESTRATEGICOS

Si se debe comenzar una Revolución por la guerrilla

urbana (donde la crisis económica y la desocupación den mucha población favorable) y se llevan las masas urbanas de vanguardia a la guerrilla de montaña (donde no hay población favorable), se comete un doble error —estratégico y político— que conduce así a la derrota; aunque, inicialmente, la guerrilla de montaña tenga éxitos tácticos como el "Che" Guevara, en 1967, en Bolivia. En el arte de la guerra, un solo error estratégico es más negativo, que varios éxitos tácticos, para merecer la victoria. **La estrategia es lo principal; lo subordinado, la táctica; pero ambas, estratégica y táctica, dependen de la política y ésta, en su análisis objetivo, de la economía.** Por ejemplo, en una región que no haya industrias de guerra ni posibilidades logísticas, la guerra revolucionaria tiene que ser ofensiva, de cerco y aniquilamiento del adversario, para abastecerse a expensas de él. De lo contrario, toda la logística de la guerrilla quedaría subordinada a la ciudad y, por tanto, a los partidos políticos residentes en la capital política (o en las ciudades industriales) de un país.

En una guerra insurreccional, urbana o de montaña, (o las dos formas de lucha a la vez, que es el ideal estratégico para ganarla), las organizaciones pacíficas (partidos, sindicatos, etc.) deben quedar dependientes de los órganos de dirección de la lucha armada, para darles así cobertura social, económica y política, a lo largo y lo ancho de un país.

Saber por dónde debe comenzar la lucha armada corresponde a la estrategia; hacerla, aquí y ahora, a la táctica. En países con fuerte predominio de población urbana, es un craso error llevar las mejores fuerzas combativas de las ciudades a la guerrilla de montaña, para aislarlas así de su propia población, de su medio ambiente revolucionario.

Regis Debray, en "Revolución en la Revolución", dice: "las circunstancias de esta misma guerra de Liberación llevan a los partidos políticos, originalmente compuestos de estudiantes y de la mejor "élite" obrera, a replegarse hacia el campo y librar una guerra de guerrillas contra el ocupante". Esta tesis corresponde al criterio subjetivo de que, en un país donde no haya grandes cadenas montañosas, no se puede hacer la guerra guerrillera. En un grave error pensar así: **la Revolución nunca la hizo la topografía, sino los hombres, las masas. El terreno, por más favorable que fuere, siempre es un elemento pasivo. El hombre, por el contrario, es un ser activo.** La Revolución siempre la han hecho los hombres, cuando tienen un programa, unos líde-

res preparados (para desencadenar la Revolución), un partido activo (por pequeño que sea) y, sobre todo, una **ocasión histórica** para hacerla: (una guerra perdida por un gobierno desprestigiado, una crisis económica, un descontento general en las masas, un régimen desprestigiado, etc.).

XI. — DOCTRINA ESTRATEGICA

Una regla fundamental de la guerra revolucionaria consiste en esta recomendación del "Che" Guevara: **"vigilancia constante, desconfianza constante, movilidad constante"**, para no ser sorprendido o cercado por el enemigo. El guerrillero, rural o urbano, debe contar siempre a su favor con el **factor sorpresa**: pues, en todo combate, la sorpresa constituye la mitad de la victoria. En consecuencia, no hay que revelar a nadie emplazamientos, depósitos, industrias de guerra, claves numéricas, topográficas y de palabras; ni jamás adelantar la predicción de un acontecimiento, ni la hora (H) ni el dia (D) en que tendría lugar, para evitar la infiltración del adversario en la guerrilla (la delación o información a favor de él); ésta debe cambiar constantemente su posición, tanto en ciudad como en el campo: la movilidad evita muchos cercos del enemigo.

En su propaganda, un ejército revolucionario nunca debe mentir: la difusión de la verdad da más prestigio, más audición de público para una radio revolucionaria; para ganar población favorable, hay que predicar con el ejemplo y decir siempre la verdad.

Sin lucha activa no hay revolución social y sin revolución todo lo viejo perdura: cuando hay que ser revolucionario no se debe ser reformista. Para la liquidación del feudalismo, el imperialismo, el militarismo, la corrupción, la especulación, el hambre, el analfabetismo, así como otros males socio-económicos, hay que poner en movimiento la vanguardia armada, único medio de hacer la historia, en vez de que se la dicten a países neo-coloniales, desde el Pentágono y Wall Street, como a la América Latina.

Nunca se debe combatir en frente fijo: hay que actuar en masa como los gorriones sobre el águila; pero después de logrado el objetivo, retirarse velozmente: cuanto más dure un combate tanto peor será para la guerrilla; ya que, en el tiempo, puede perder la superioridad del número y el fuego, si llegan refuerzos del enemigo. Para ganar tiem-

po, todo combate debe ser fulminante, de cerco y aniquilamiento del adversario, para quedarse con sus equipos militares; pues para la guerrilla, su intendencia la tiene el enemigo.

Instalar un campamento fijo con carpas, camiones de abastecimientos, polígono de tiro (como los guerrilleros argentinos, copados en Tucumán, en agosto de 1968), sólo se le ocurre a quien confunda el guerrillerismo con el andinismo. Al cambiar de acantonamiento, una guerrilla se desplaza constantemente como un punto en el espacio: cuanto más veloz, más difícil es cercarla. Si el "foco" guerrillero se queda fijo —en ciudad o campo— se expone a ser denunciado, cercado, aniquilado. Por consiguiente, **la regla de oro de una guerrilla es: combatividad, actividad, velocidad y seguridad.** Para ser veloz y autosuficiente una guerrilla de montaña debe llevar una mochila que le dé **autonomía logística** durante dos o tres semanas; pero ella no con más de 20 kilogramos de peso; pues hay que saber vivir sobre el terreno comiendo frutos, yerbas y caza; con ayuda de sal, grasa, conservas, azúcar, trigo o maíz en grano, etc., que debe ir como reserva operacional, en la mochila del guerrillero autosuficiente, no esclavo del terreno, ni de los suministros fuera de la línea interior de la guerrilla.

Para no fijarse demasiado al terreno, una guerrilla ha de contar con autonomía logística en abastecimientos y municiones: la mejor manera de lograrlo es **producir botín sin dejar de combatir**: copando siempre al enemigo, para quedarse con su intendencia, ya que el guerrillero no la tiene más que muy escasamente.

Un ejército revolucionario no debe dispersarse demasiado; si proliferan muchos "focos", que no llegan a combatir juntos, el enemigo siempre será más fuerte en un punto que la guerrilla y, por tanto, no le dejará prosperar, en número y armamento, para convertirse en ejército de liberación. No hay que estar muy cerca, unos grupos guerrilleros de otros, ni muy separados, de modo que la dispersión ayude al abastecimiento sobre el terreno; pero que, no obstante, se facilite la concentración para el combate, para ser más fuerte que el adversario en un lugar dado y por un tiempo relativamente corto.

Las unidades de combate, en ciudad o campo, han de responder a la máxima movilidad, concentración y dispersión, en el mínimo de tiempo de marcha, para escapar a

los cercos de un poderoso enemigo, en el comienzo de la guerra revolucionaria.

En la guerra revolucionaria, si la guerrilla triunfa y se extiende crea el ejército de liberación, éste el frente de liberación y, a su vez, aparece el partido de la revolución por la unidad del pueblo y el ejército, que siempre se hace en la lucha. Los ejércitos burgueses siempre están contra el pueblo; el ejército de la independencia de América se hizo con el pueblo; el ejército cipayo de hoy, está contra el pueblo y a favor de las oligarquías y del imperialismo norteamericano. Por consiguiente, la unidad política del pueblo y el ejército se hace en la guerra revolucionaria. Se va, pues, de la acción revolucionaria hacia el partido revolucionario y no del partido legalista al ejército insurreccional, particularmente en países con una profunda crisis económica, política y social, que no tiene salida, reformista o parlamentaria, ya que los males grandes requieren grandes remedios; pero sacando la medicina de la popia enfermedad.

En la guerrilla de campo y montaña, la masa humana debe venir de los campesinos; en la guerrilla urbana, de los cuadros ciudadanos; pero cuando alguien se gasta o se "quema" en la ciudad, está más seguro en una base guerrillera de montaña; la clandestinidad urbana requiere siempre caras nuevas: no ser nunca conocido; en cambio, el monte todo lo tapa, sobre todo, en zonas liberadas o semiliberadas de montaña. En este sentido, hay que marchar con dos patas: guerrillas de ciudades y guerrillas de campos y montañas, para tomar al adversario entre dos fuegos: en verdadera **guerra en superficie**, con guerrillas por todas partes, para no dar tregua ni descanso al enemigo. Cuando un poderoso ejército es acosado por todos los sitios no resiste ni es fuerte en ninguno de ellos.

XII. — GUERRILLA Y CONTRA-GUERRILLA

La doctrina estratégica de la guerra popular, yendo del campo a la ciudad y no a la inversa, debe ser revisada estratégicamente, para que el saber subjetivo y el poder objetivo conduzcan a la victoria a las masas populares, insurreccionadas contra sus opresores y explotadores. La guerra revolucionaria en China fue esencialmente campesina, dado que el país, salvo en su costa marítima, no había en-

trado en la economía urbana capitalista. Los guerrilleros y el ejército rojo de Mao, combatían frente a un enemigo desprovisto de aviación en masa, lo cual facilitaba el establecimiento de bases guerrilleras de liberación, en zonas de montaña, cosa que no es tan fácil hacer en Viet-Nam del Sur, frente a las divisiones norteamericanas, apoyadas por nutridas bandadas de helicópteros y de aviones de todo tipo: caza y bombardeo.

Las divisiones móviles ("caballería del aire"), con más de 400 helicópteros, constituyen, tácticamente, una respuesta del Pentágono a la doctrina de la guerra revolucionaria de Mao Tse-Tung. Hasta las divisiones convencionales pentagónicas, llevan unos 100 aviones y helicópteros como apoyo directo. Ello da una gran movilidad táctica a las fuerzas norteamericanas, que pueden ser desplazadas a una zona de montaña en línea recta: sin que la infantería contra-guerrilla tenga que subir cuestas empinadas; cruzar desfiladeros y selvas intrincadas; donde el guerrillero puede realizar emboscadas sorpresivas contra unidades militares adversarias que, a causa del terreno, nunca pueden ser muy numerosas, marchando a pie, es decir no siendo aero-transportadas por un enjambre de helicópteros.

La aviación de bombardeo y los helicópteros (caballería del aire) no pueden conseguir la victoria militar en Viet-Nam del Sur, ni doblegar políticamente a Viet-Nam del Norte; pero, estratégicamente, la aviación norteamericana, impide que los guerrilleros vietnamitas se apoderen de las ciudades, ya que podrían hacerlo; aunque ello supondría el riesgo de sufrir, en ellas, bombardeos concentrados: no teniendo el pueblo artillería antiaérea, cohetes tierra-aire y aviación propia de respuesta al adversario, para garantizar así la vida económica y social en las ciudades liberadas.

Las urbes no deben ser liberadas precipitadamente, sino a su debido tiempo, es decir, cuando el enemigo haya perdido su moral en el frente y en la retaguardia. Así, pues, **será el General Tiempo y no el General Espacio, quien pueda ganar una guerra revolucionaria, siempre que la guerra prolongada permita —en ciudades, campos y montañas—, dispersar, acosar, desgastar, desmoralizar o cansar a un poderoso ejército regular represivo, que siempre gana el espacio en casi todos los combates; pero que perderá moralmente la guerra en el tiempo.**

El General Tiempo tiene una importancia fundamental

en la guerra revolucionaria: las guerras insurreccionales populares suelen durar de 5 a 6 años: pasado ese tiempo, las grandes potencias represivas suelen ceder y entran a decidir la guerra por medio de conversaciones diplomáticas y políticas. Sin embargo, **la guerra revolucionaria, que estalle en las grandes urbes como una explosión de masas, puede y debe ser decidida por ocupación inmediata del espacio en poder del enemigo (cuarteles, comisarías, aeródromos, bases navales, arsenales, etc.), como sucedió en Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Bilbao y otras ciudades españolas, en 1936; en Petrogrado, en 1917; en París, en 1871; cuando el pueblo llena las calles, como pueblo en armas, sería ridículo y antiestratégico, irse a la montaña o al campo, para hacer la guerra prolongada.** No obstante, la insurrección urbana, aunque fuera con el pueblo en la calle o tras las barricadas, no debe hacerse como guerra regular, frente a un poderoso ejército desplegado, como los alemanes en Varsovia, en 1944, ya que ello podría dejar aislada a la ciudad de sus abastecimientos exteriores, mientras un ejército regular le pone un cerco estratégico, para decidir la guerra logísticamente; es decir, por carencia de alimentos, de municiones y de material de guerra, en las filas populares, como sucedió en Varsovia, en 1944.

En casos como Varsovia (1944) y Santo Domingo (1965), las ciudades insurreccionadas, deben sacar una gran parte de su fuerza armada al campo y las montañas, para que el enemigo tenga que dispersarse por todas partes, a fin de que no pueda vencer a la masa urbana insurreccionada. Madrid (1936), a diferencia de París (1871), de Varsovia (1944) y de Santo Domingo (1965), sacó una parte de la población madrileña insurreccionada fuera de la ciudad, para conquistar un "espacio logístico", que le diera posibilidades permanentes de abastecimientos, a condición de sacar la guerra de la ciudad al campo, a provincias, cosa que no supieron hacer los insurrectos de Varsovia (1944), de Santo Domingo (1965), o los comuneros de París (1871).

Si un pueblo está en condiciones de pasar a la acción masivamente, se toman las ciudades rápidamente, apoderándose de arsenales, fábricas militares, aeródromos, bases navales, cuarteles, comisarías. Se arma así al pueblo para que éste ataque coherentemente por todas partes: avanzando en forma de mancha de aceite. Si es una reducida minoría la que desencadena la guerra revolucionaria para poner en mo-

vimiento a una población muy pasiva, entonces la guerra revolucionaria debe revestir las formas operacionales dinámicas de guerrilla de campo y montaña o de guerrillas urbanas; esos escalones, bien articulados estratégicamente, con una clandestinidad coherente, podrán, a la larga, ganar la guerra: cediendo espacio para ganar mucha población en el tiempo en base a renunciar a todo, menos a la victoria.

XIII. — PROBLEMAS ESTRATEGICOS DE LA GUERRA POPULAR

En la estrategia de la guerra revolucionaria, hay que tener en cuenta, entre otros, los siguientes problemas: a) correlación de fuerzas entre el enemigo y la guerrilla, para que ésta sea superior en fuego y número en un punto del frente, aunque no lo sea en todos; b) situar en el tiempo los combates y las batallas, de modo que el pueblo armado se convierta en fuerte y el adversario, en débil; c) vincular el frente guerrillero y su retaguardia, para que el enemigo tenga que combatir en superficie y no en línea, teniendo que dispersarse por todas partes, a fin de que no sea fuerte decisivamente en ninguna; d) movilizar por la acción política e insurreccional, de la guerrilla urbana o de montaña, la población de un país para suplir, con creces, las bajas de la guerrilla (cosa que no pudo hacer el "Che" Guevara, en Bolivia, en 1967, por falta de población rural y urbana favorables a su guerrilla), que lo condujo al aniquilamiento por el adversario; e) arrebatar al enemigo la iniciativa en las operaciones militares, para hacer la política de un país por medio de la guerra insurreccional, demostrando que el gobierno reaccionario es incapaz de asegurar el orden oligárquico-burgués; f) combinar estratégicamente las operaciones del ejército popular de liberación en su vanguardia, con ataques a las comunicaciones del enemigo en su retaguardia, por medio de guerrillas, en campo no liberado; g) articular permanentemente la acción de las guerrillas, en la retaguardia del enemigo, con el ejército de liberación popular, para tomar al adversario de frente y de revés, para obligarlo a dispersarse o concentrarse, según las conveniencias, tácticas y estratégicas, del ejército popular; h) situar los acantonamientos de la guerrilla en posición erizo, ocupando un espacio apropiado, para no ser

cercado por el adversario, pero que tal acantonamiento permita pasar rápidamente, si conviene, al combate ofensivo o defensivo (para ganar tiempo) y romper un cerco durante la noche, pero no aceptar la defensiva, pasando inmediatamente a la retirada fulminante); i) combinar el ataque principal con el ataque secundario (o de dispersión y engaño del enemigo), para que el asalto y el cerco sobre él sea más fácil, tácticamente; j) no aceptar la guerra de posiciones o en frente fijo, sino la guerra ofensiva de movimiento, sorpresiva, de cerco y aniquilamiento del adversario, para abastecerse de sus almacenes en municiones, armamentos y abastecimientos para-militares; k) armonizar en tiempo y espacio la acción de todas las armas de la guerrilla, ya que ninguna gana aisladamente el combate, sino todas ellas combinadas con los movimientos de los guerrilleros y con la estructura del terreno; l) utilizar el tiempo frío o caluroso, la niebla o la lluvia, como factores favorables para el triunfo de la guerrila urbana o rural (en Europa, por ejempló, las insurrecciones urbanas han sido más frecuentes en invierno que en verano, ya que los sobretodos y gabardinas permiten ocultar las armas, mejor en invierno que en verano); m) convertir toda victoria militar guerrillera sobre el enemigo en victoria política, a base de ganar más y más población favorable, para triunfar así en la última batalla; n) defender una base de liberación (en frente semi-fijo), por medio de permanentes combates guerrilleros por todas partes, para que el enemigo no sea bastante fuerte como para aplastar u ocupar una zona liberada, desde donde comienza la lucha de un ejército contra otro, de una doctrina contra otra, de una región contra el resto de un país (en manos de la reacción): sin ello no hay triunfo, ya que finalmente se tiene que ocupar o liberar el espacio, para merecer la victoria; o) transformar una victoria sobre el enemigo, en más armamentos para las guerrillas en retaguardia enemiga, en más armas para nuevos soldados del ejército de liberación provenientes de todo el país, que llegan por los canales de enlace entre la vanguardia y la retaguardia del ejército popular; p) en fin, articular, táctica y estratégicamente, los mandos superiores o inferiores con los soldados y los guerrilleros del pueblo, dejando a cada cuadro o mando margen grande de iniciativa propia, para que se adapten, en todo momento, a la situación táctica que les sea más conveniente, ya que el guerrillero debe

combatir lejos de su mando supremo, por no ser un soldado de línea. .

Si las condiciones objetivas del combate (armamento, terreno, número de combatientes, correlación de fuerzas en presencias, etc.) concuerdan con las condiciones subjetivas (sorpresa, información veraz sobre el enemigo, mando único disciplina, buena preparación política de los combatientes, etc.), la victoria estará asegurada, para el bando que aplique esta filosofía de la guerra.

En el arte de la guerra, la ciencia es mucho, pero la experiencia es más: armonizando la teoría y la práctica, un ejército de liberación, que vaya ganando cada vez más población favorable, por sus triunfos y buen comportamiento con el pueblo, siempre será victorioso, por más que la reacción nacional sea apoyada por el imperialismo con armas, soldados y bagajes. Para ganar sobre su adversario, hay que conocer sus puntos débiles, sus flaquezas políticas, sus errores tácticos y estratégicos; pero no olvidar, al mismo tiempo de conocerse a sí mismo, para superar errores y faltas políticas, único medio de conseguir más victorias que el enemigo. En general, para un ejército popular su doctrina debe resumirse, en cada combate, así: prepararse bien para la lucha; cercar y aniquilar al enemigo (para abastecerse); elegir siempre terreno y población favorables (o una de la dos cosas); concentrar una fuerza superior en fuego y en número (en un solo lugar y por un tiempo dado); atacar tropas fatigadas, encolumnadas (en camiones o desfiladeros, etc.); llevar la iniciativa en las operaciones; no dejar pasar una ocasión favorable, para conseguir una victoria total; (al enemigo, mejor es cercarlo y desarmarlo que hostigarlo y dejarlo).

XIV. — PRINCIPIOS DE GUERRA REVOLUCIONARIA

En la guerra popular, la ofensiva y la defensiva son formas dialécticas de un mismo todo: 1) se cede terreno, para destrozar al enemigo, y recuperarlo después; 2) la guerrilla no se defiende pasivamente, sino para atraer al adversario al lugar dado y en el tiempo dado, en que la correlación de fuerzas y el terreno le sean favorables; 3) un ejército de liberación popular combina la lucha activa (combate) con la defensa pasiva de las masas populares (huelgas, manifestaciones, actos de protesta, etc.), a fin de

que ambas formas de lucha movilicen la población contra sus opresores y explotadores; 4) en general, la guerra revolucionaria es una técnica de movilización de masas insurreccionadas, para que den el máximo rendimiento político y militar, sin lo cual una minoría (la guerrilla), si es aislada de la mayoría (el pueblo), pierde, indefectiblemente, la guerra, como de la Puente Uceda, en Mesa Pelada (Perú) en 1965; o como el "Che" Guevara, en 1966/67, en Ñancahuasú (Bolivia); 5) un puñado de guerrilleros, en ciudad o campo, pueden triunfar sobre fuerzas regulares poderosas, a condición de contar con **población favorable** (encuadrada en una organización territorial para-militar), **enemigo vulnerable** (aislado, cansado, encolumnado en camiones, desprevenido e inferior en número y fuego al guerrillero) y **terreno favorable** (ciudades grandes, cuyos bosques de casas son tan buenos para los guerrilleros como los bosques de altas montañas); bajo esas tres condiciones, el segundo principio del "Che" Guevara es correcto, en cuanto que a partir de la **acción** se crean todas las condiciones revolucionarias. Resumiendo: con unos pocos guerrilleros se puede obtener pequeños y continuados éxitos, a base de combinar el factor sorpresa con terreno y población favorables y enemigo vulnerable; pero ello será correcto, a condición de transformar toda victoria militar guerrillera en victoria política, en movilización de masas. ¿De lo contrario, de qué serviría derrotar al enemigo y quitarle sus armas, si nadie del pueblo vendría a tomarlas...? Con victorias así, la guerrilla estaría perdida, ya que agotaría su material humano sin posibilidad de reponerlo, lo cual supone una victoria pírrica o nula.

Al enemigo no hay que esperarlo pasivamente: hay que ir a buscarlo ofensivamente para abastecerse a expensas de su intendencia. Por tanto, una guerrilla de ciudad o de montaña, nunca debe ser pasiva, conservadora, ya que así nunca ganaría la guerra ni se transformaría en ejército de liberación. La guerra revolucionaria, requiere mucha moral: pues se hace con campañas largas y combates breves (de cerco y aniquilamiento del adversario: tomado sorpresivamente). Nunca hay que procurar, en el combate, que el enemigo retroceda o sea simplemente derrotado, sino más bien cercado y aniquilado.

XV. — ¿CUANTOS HACEN UNA REVOLUCION?

El idealismo voluntarista de los rebeldes (que no hay que confundir con la sagacidad política, la fina dialéctica y la estrategia brillante de los revolucionarios), toma, frecuentemente, sus deseos por realidades, al subjetivizar fervientes deseos insurreccionales sin tener en cuenta las situaciones objetivas revolucionarias. El rebelde, sin partir de un pensamiento coherente, pasa a la acción; el revolucionario va del pensamiento al acto insurreccional, partiendo del análisis económico de la situación, de un estudio de las clases amigas y enemigas (a unir en un frente de liberación o a ser aisladas en el curso de la guerra, en función de resolver por la lucha unida de clases oprimidas, la contradicción principal: representada por las oligarquías). **El rebelde se lanza a la insurrección sin prepararla; el revolucionario, parte de una organización mínima como vanguardia armada; de un programa claro y sencillo que una a las clases oprimidas contra las clases opresoras y explotadoras; de una estrategia y de una táctica, que no dejen al ejército represivo la posibilidad de combatir en frente de línea, sino siempre en superficie: de modo que en su dispersión de fuerzas esté su perdición estratégica.**

Un puñado de hombres pueden hacer una Revolución aprovechando un período de **crisis económica** (desocupación obrera en masa, cierre de fábricas, miseria creciente, etc.), **el desprestigio de las fuerzas armadas** (vuelta del Ejército de una guerra perdida, como en Rusia, en 1917) y la incapacidad de los partidos tradicionales para derrocar una tiranía. En tales situaciones, una minoría, que actúe en interés de las mayorías, puede triunfar revolucionariamente, si sabe emplear la acción insurgente para levantar al pueblo en armas. Pero si una minoría armada se aisla políticamente de las mayorías, si no representara (en momentos críticos de desamparo de las masas populares el interés general), jamás un "foco" insurreccional podrá hacer una revolución social: sin promover con la lucha una **alianza de clases oprimidas**, una organización territorial (en el campo para ayudar a la guerrilla de montaña) y una organización urbana paramilitar (que dé cobertura a la guerrilla de ciudad).

En determinadas condiciones políticas favorables a la insurrección (cuando todo está desprestigiado y la cosa "no

resiste más"), una docena de hombres (que hagan operaciones armadas brillantes, pero siempre en defensa del pueblo para ganar la población favorable), pueden hacer una revolución social. En cambio, miles de hombres lanzados a huelgas, manifestaciones densas, ocupaciones de fábricas, toma de universidades y lucha en barricadas, sin que apoye una guerrilla (en superficie) y un ejército de liberación (en zonas liberadas), son fácilmente vencidos por las fuerzas militares y policiales del Estado burgués o burocrático.

En estrategia revolucionaria, si se combinan acciones de masas (huelgas, manifestaciones, motines, ocupación de fábricas (por el derecho al trabajo), toma de escuelas y universidades, etc.) y acciones guerrilleras rurales y urbanas (coordinadas por un ejército de liberación, que les dé unidad operacional táctica y estratégica), siempre se gana la guerra contra un ejército regular reaccionario, sin apoyo popular. Una guerra revolucionaria supone, cuando lo es de verdad, hacer la **guerra total**, como no podía soñarla Ludendorff: exponente del militarismo alemán. En la guerra revolucionaria, la guerrilla, en montaña o campo, es sólo una parte de ella, y no su máxima expresión militar como supone Regis Debray, en "Revolución en la Revolución". Una guerra revolucionaria es completa: con guerrilla de montaña o de campo (milicia guerrillera en pueblitos chicos, evidentemente clandestina); con guerrilla urbana; con operaciones combinadas de guerrillas locales, escalones regionales y ejército de liberación; con sabotajes, secuestros, terrorismo, actos de propaganda armada (que son actos cotidianos en guerras revolucionarias como en Viet-Nam, Argelia, Cuba, etc., etc.); con huelgas, manifestaciones, movilización de mujeres, de estudiantes; con actos de movilización de masas campesinas, por "la tierra para el que la trabaja"; con acciones revolucionarias en zonas del proletariado de los algodonales, los cañaverales, las minas, donde está el obrero más explotado; en fin, la guerra revolucionaria estriba en que una minoría se convierta en locomotora que arrastre a la mayoría, mediante la creación de un ejército de liberación, apoyado en un frente unido popular que le dé cobertura política.

Para que una minoría se haga el exponente de una mayoría oprimida (que quiera sacudirse el yugo del militarismo, el latifundio y el imperialismo), hay que partir de un movimiento que no se clasifique con denominaciones polí-

ticas clásicas, sino que tome más bien una fecha como origen de su denominación y acción revolucionaria. De esta manera, lo particular (la guerrilla) se convertirá, dialécticamente, en símbolo de lo general (el pueblo). Pues una guerrilla insurreccional, para llegar a ser ejército de liberación, ha de ser —antes que un ejército— un pueblo en armas: incluso el partido puede venir después de formar el ejército de liberación y el frente de liberación. Caer en el **idealismo semántico** (culto de las meras palabras), o semantizarse con tal o cual color político o ideología, resta a una minoría armada la asistencia de las mayorías, que tienen reparos en seguir ideologías trasnochadas. He ahí lo que no comprendieron bien muchos revolucionarios latinoamericanos, sacrificados, en la flor de su vida, ante el piquete de ejecución; o que fueron encarcelados por haber confundido la táctica con la estrategia, los deseos con las realidades. En determinadas situaciones, unas cuantas divisiones pierden la guerra en unas horas o unos días, mientras que cediendo terreno y ganando tiempo para movilizar la población oprimida, una guerrilla de 10 hombres puede ganar la guerra a un ejército grande, cuando la minoría armada está en interés o en función de las mayorías oprimidas, explotadas, abandonadas.

XVI. — DIALECTICA DE LAS CONDICIONES REVOLUCIONARIAS

Si la guerra es otra forma de la política entre las naciones por medio de la violencia, la guerra revolucionaria es la forma más violenta de la lucha de clases. A pesar del idealismo voluntarista de la coexistencia pacífica (hasta Napoleón, antes que Marx, negaba, con su rica experiencia militar, la coexistencia entre lo viejo y lo nuevo), es evidente que se producirán guerras nacionales o imperialistas, mientras exista la desigualdad económica y el desarrollo desigual entre las naciones. También se producirán guerras revolucionarias, mientras haya injusticias sociales, mientras unos opriman y otros sean oprimidos, mientras unos sean explotadores y otros explotados, mientras haya clases antagónicas que luchen, tanto con capitalismo privado como con capitalismo de Estado. La rebelión de la base papular contra el régimen burocrático de Novotny, y luego la invasión soviética en Checoslovaquia, en 1968, in-

dicaría que la lucha de clases no ha desaparecido en el Este, como motor de la historia.

Una guerra revolucionaria, por consiguiente, debe tener perspectivas políticas óptimas, donde haya tiranías odiosas que derrocar con participación de todo el pueblo. Las condiciones políticas más favorables posibles acortan y desarrollan la lucha revolucionaria; pero la hacen dura, lenta y sangrienta, como en Colombia, cuando el campo lucha en guerrillas mientras la ciudad lee las noticias o no hace nada, revolucionariamente. Desencadenar una guerra de guerrillas, como "foco" insurreccional, en países con cierto goce de libertades democráticas y un relativo nivel de vida (antes de producirse una gran crisis económica), es correr un riesgo estratégico muy desfavorable para la guerrilla. En el mejor de los casos para ella, obtendría muchos éxitos tácticos —tomar armas y derrotar al enemigo, en numerosos y repetidos combates, bien preparados—; pero ¿quién repondría las bajas humanas y quién tomaría las armas quitadas al enemigo? La guerra revolucionaria siendo el exponente más alto de la lucha de clases, no puede prosperar donde la guerrilla no se apoye en el frente de las clases oprimidas contra las clases o la clase opresora. Si a partir de la acción insurreccional no se forma ese frente de clases, es que todavía la política no había llegado a un gran desprestigio, la crisis a su punto caótico, la corrupción al máximo, los crímenes políticos al nivel más bajo de la dignidad humana y el despotismo a tales crueldades e inmoralidades, que el pueblo diga y repita: "Esto no puede seguir así!" "¡Basta!".

En América Latina se suele recurrir a la guerrilla en países con apariencia de democracia, mientras no se hace nada en países donde las dictaduras pretorianas disolvieron todos los partidos políticos, tomaron todo el Poder, se constituyeron en "lasquenetes" del imperialismo y se pusieron en contra de la clase obrera, los estudiantes, los campesinos, los intelectuales y la burguesía liberal. Sin embargo, contra esas dictaduras ominosas, vergonzosas y entreguistas, la guerrilla no ha hecho nada, incluso fue empleada cuando aún existía el régimen representativo, pero no se emplea ahora contra dictaduras pertorianas. Ello demuestra que los guerrilleros, mal formados políticamente, no pueden llegar estratégicamente al conocimiento de los más elementales principios de la guerra revolucionaria de verdad, para

no dejarse llevar por una guerrilla lúdica, casi deportiva, andinista, más cerca del Robin Hood de los películas que de la práctica de Fidel Castro.

Al lanzar la guerrilla sobre la montaña y el campo, en países con tiranías pretorianas, se tiene poco en cuenta los problemas de la libertad, que son problemas del intelecto y del espíritu, de la vida urbana más que de la rural, se ubica así la guerra revolucionaria fuera de su mayor rendimiento de masas, de propaganda y de producción de población favorable. El horizonte limitado del campesino no entiende ni sufre, con su vida cotidiana simple, los problemas de la conciencia desdichada hegeliana, de la alienación por la política. Por otra parte, las dictaduras ejercen todo su Poder en las grandes urbes. Y es allí, en principio, donde hay que golpearlas política y militarmente. Si el país oprimido por una tiranía tiene zonas de bosques y de altas montañas, contará con la posibilidad doble de atacar al enemigo en ciudades y montañas. En ese sentido, los guerrilleros de ciudad, que sean conocidos y dadas sus fotos a la publicidad, deberán ganar la zona de montaña, para luchar en terreno que les sea propio (liberado o semiliberado), lo cual constituirá para ellos como una liberación, a fin de que la ciudad no se transforme en una inmensa prisión, para los revolucionarios conocidos. En la ciudad siempre hay que emplear, en los cuadros de combate, caras nuevas, para reservar a favor del guerrillero su arma principal y más eficaz, su mejor aliado: la **sorpresa**. En el monte, deben estar todos los que tengan sus naves quemadas en la ciudad.

En las ciudades, los acontecimientos que se produzcan contra las tiranías, tienen una gran repercusión periodística nacional e internacional, más que las noticias llegadas del campo que, a menudo, no las dan los gobiernos totalitarios, para no crear mitos guerrilleros como el de Fidel Castro, que por la acción y el gesto, desde Sierra Maestra, ganó La Habana para su causa.

Se debe rehuir una guerra revolucionaria con poca población favorable, ya que la haría muy sangrienta para los guerrilleros y fácil para las fuerzas represivas. Hay que implantar la guerrilla en zonas que esperen la justicia del ejército de liberación; operar, poco a poco, en ayuda del pueblo oprimido; dar cobertura a estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales, etc. A las masas no se las inventa,

se las sigue, no dejando que las burocracias sindicales las negocien; pero llevando la lucha por la acción más allá del horizonte limitado del burócrata. Sólo así la guerra revolucionaria será el mejor medio para realizar la política por la acción, cuando una dictadura impide al pueblo hacerla de derecho, por la vía democrática, anteponiendo los cañones a las razones del pueblo sufrido y trabajador.

Mientras existan las clases sociales antagónicas, la violencia estará en el contenido de la historia: las guerras y las revoluciones serán inevitables, a pesar del idealismo burgués de las Naciones Unidas, o más bien desunidas. La "coexistencia pacífica" del burocratismo soviético niega, con el voluntarismo pacifista, la lucha de clases, es decir, el contenido esencial histórico de la doctrina marxista.

Ha llegado, pues, la hora de que el anarquismo científico unifique la doctrina económica y dialéctica de Marx, con la práctica revolucionaria y el socialismo libertario de Bakunin. La era tecnológica, cibernética, hace posible ya esa síntesis revolucionaria, en un anarco-marxismo.

Los ideales, la doctrina del marxismo, han sido degradados por el "socialismo burgués" de los Willy Brandt y los Wilson y por el comunismo oportunista de la burocracia soviética. Sólo un anarco-marxismo puede reivindicar la unidad del pensamiento y la acción de Marx y Bakunin.

CAPITULO IV

LA INEVITABILIDAD DE LA GUERRA ENTRE LAS DOS AMERICAS

DIALECTICA DE UN CRECIENTE ANTAGONISMO

América Latina constituye una vasta neo-colonia de los Estados Unidos. Los "trusts" yanquis hacen la política, la diplomacia, la economía (al "modo de vida norteamericano") y los "golpes de Estado", en los países latinoamericanos.

En Centroamérica, la United Fruit Company ejerce, subterráneamente, un poder omnímodo, fundado sobre el "Imperio del banano". Los monopolios azucareros norteamericanos tienen prisioneras las islas de las Antillas, menos Cuba, que ha dejado de ser el "azucarero" del Tío Sam. En Venezuela, Colombia y Argentina, el binomio negro de la Royal Dutch-Shell y la Standard Oil ensucian las aguas de la política: más de un "golpe de Estado" —en esos países— tiene en sus motivaciones a los representantes del "International Petroleum Cartel". La U. S. Steel controla con la Bethlehem Steel, los minerales vírgenes de América Latina. Las empresas navieras yanquis copan gran parte del comercio marítimo interlatinoamericano; las empresas aéreas transatlánticas norteamericanas vuelan sobre América Latina, como en tierra propia; las radiocomunicaciones y telecomunicaciones, en muchos países latinoamericanos, son propiedad de corporaciones estadounidenses. El cobre chileno y el plomo peruano, están en las manos ávidas de los "trusts" norteamericanos. La carne bovina de Las Pampas es controlada por los frigoríficos anglosajones: Armour, Wilson, Swift y El Anglo. El café y el cacao, tienen sus precios dictados por la Bolsa del Café de Nueva York; aunque del precio de esos productos dependen los ingresos de más de 100 millones de habitantes en América Latina.

Con casi tres veces más de espacio geográfico que Estados Unidos, Latinoamérica tiene un 1/8 de la renta bruta de Norteamérica. La geografía económica latinoamericana está copada por las inversiones directas estadounidenses, que actúan como "estados dentro de los Estados latinoamericanos", como especie de "colonias fenicias". El totalitarismo económico de las corporaciones norteamericanas determina un totalitarismo político en su propia esfera económica de influencia, particularmente en países de América Latina. El mundo financiero concentracionario de los "trusts" norteamericanos lleva implícita una carga potencial de neofascismo, oculto bajo la semántica de "mundo libre"...

América Latina significa para Norteamérica su mejor mercado, su más importante fuente de abastecimientos de materias primas: luchará por mantener ese "espacio vital", venero de riquezas naturales, incluso al precio de la guerra, del desembarco de los "marines", como sucedió en Santo Domingo, en 1965.

La guerra entre las dos Américas, durante la segunda mitad del siglo XX, surgirá del hecho histórico y socio-económico, de que el Norte (plutocrático) explota al Sur (proletario), creando así una contradicción dialéctica, cuya solución histórica deberá ventilarse por la violencia: Latinoamérica tendrá que rebelarse contra el imperialismo del dólar, por las mismas causas que el obrero se insurreccione contra la explotación capitalista. La lucha entre las naciones pobres y las naciones ricas, revisto ahora todas las características de la lucha de clases, indicada por el marxismo como el motor de la historia. En este orden de ideas, podría afirmarse que a la lucha entre proletarios y burgueses (dentro de los países imperialistas), se unirá, en cierto momento histórico, la lucha entre las naciones neocoloniales (pobres) y las naciones ricas, lo cual señalaría el fin del imperialismo capitalista en la historia de la humanidad.

El Pentágono ya ha diseñado una **estrategia continental**, para mantener neo-colonizados a los países latinoamericanos a fin de seguir disponiendo de sus riquezas naturales, de sus minerales estratégicos, de sus mercados, con la "diplomacia de la cañonera", como en Santo Domingo, en 1965. La estrategia del Pentágono está determinada por el imperialismo monetario de Wall Street y la política reaccionaria del Departamento de Estado. Para realizar esta política

neocolonial, la **república del dólar cuenta con la alianza** de las oligarquías terratenientes latinoamericanas, que necesitan el apoyo de los "marines' contra sus pueblos sublevados, como sucediera en la República Dominicana, en 1965. Hay, pues, un **internacionalismo capitalista panamericano**, puesto en evidencia, sin duda, durante las reuniones de los ejércitos interamericanos, miembros de la Junta Interamericana de Defensa. Es lamentable que frente a la Organización de Estados Americanos (OEA), internacional burguesa panamericana, no haya un **internacionalismo anti-imperialista latinoamericano**, que tenga como finalidad estratégico-política atacar al Pentágono, en todos los países latinoamericanos (guerra en superficie), cuando los 'marines", solos o con los ejércitos cipayos, ataquen a un pueblo latinoamericano, como en el caso del desembarco, de la invasión de Santo Domingo, en 1965.

Frente a la **estrategia pentagónica** de desembarcar "marines" para apoyar la contra-revolución en un país latinoamericano donde pudiera triunfar la revolución socialista, como en el caso de Cuba, es necesario que las guerrillas latinoamericanas ataquen, en muchos países a la vez, contra los "yanquis", cuando éstos se hallen enfrascados en un solo país. El triunfo del pueblo depende de utilizar una estrategia y una táctica, que extienda la guerra en el espacio y la prolongue en el tiempo, cuando el enemigo la quiera en una sola ciudad o zona.

DESCOLONIZACION Y REVOLUCION

El imperialismo yanqui es esclavo del espacio en su "glacis" latinoamericano: tiene que defender las inversiones fijas de la United Fruit Company, la Standard Oil, la Cerro de Pasco, la Anaconda Copper, la Brazilian Traction, la American Foreign & Power, Swift y Armour y otras "colonias fenicias" de Wall Street. En este sentido, **la estrategia pentagónica está al servicio exclusivo de la plutocracia yanqui y de sus proficuos negocios en América Latina.**

Los generales yanquis forman parte de los consejos de administración de las grandes corporaciones norteamericanas, siendo, a menudo, sus presidentes, para conseguir contratos multimillonarios con cargo a los 80.000 millones de dólares destinados a gastos militares, al calor de la guerra de Viet-Nam. Se ha creado así una simbiosis entre los

estrategas y los financieros, como entre los generales romanos y los publicanos que iban detrás de ellos, para explotar a los pueblos colonizados. Hay muchos Crasos, en el Pentágono, para aplastar a nuevos Espartacos, en todo el mundo; pero, particularmente, en América Latina: "zona de influencia" económica, estratégica, comercial y diplomática de Estados Unidos. Sin embargo, los Crasos de Wall Street deben ser vencidos por los Espartacos latinoamericanos, si se cede terreno al Pentágono, extendiéndole la guerra en el tiempo, pero propagándosela —en superficie— por todo el espacio latinoamericano. En la estrategia, lo genial del arte de la guerra reside en saber combinar, magistralmente, la acción: de tal suerte que el espacio, el tiempo, la población, el número, el fuego, la sorpresa, el terreno y la forma del combate, sean favorables, en un lugar dado y por un tiempo muy limitado, para copar siempre al enemigo, a fin de equiparse con sus armamentos y abastecimientos, tratándose de guerrillas.

Las posiciones fijas de Wall Street deben ser los objetivos de hostigamiento permanente de los guerrilleros latinoamericanos, a fin de que los "marines" tengan que quedarse fijos en muchos sitios a la vez, para que no sean así fuertes en el lugar elegido por la guerrilla para el combate ofensivo de cerco y aniquilamiento contra ellos: para tomar botín; para armarse de las fábricas de material y municiones trabajando para el Pentágono; para estar también incluidos los guerrilleros en los u$s 80.000 millones de la defensa nacional norteamericana; la guerrilla no tiene fábricas de guerra y, por lo tanto, ha de vivir del material quitado al enemigo.

Los generales pentagónicos deberán constituirse en los policías de los grandes negocios norteamericanos, monopolizadores de la minería estratégica latinoamericana.

¿Cómo renunciaría el capitalismo de Wall Street a la rica geografía económica de América Latina que, con la elocuencia de las cifras, es evidenciada en nuestro cuadro sobre recursos minerales estratégicos? Antes que dejar sus inversiones neo-coloniales en Latinoamérica, Estados Unidos recurrirá a la guerra, bajo forma de intervenciones militares: justificadas por la porpaganda anticomunista o, mejor dicho, anticastrista, antiguerrillera.

LATINOAMERICA-NORTEAMERICA: RECURSOS MINERALES ESTRATEGICOS

Materias primas estratégicas	Amér. Latina	En % del mundo	Amér. del Norte (1)	En % del mundo
—Mineral de hierro (millones de toneladas)	22.864	28,4%	8 552	10,8%
—Producción de mineral de hierro (1962) (millones tonel.)	25	9,6%	53	20,5%
—Producción de arrabio (millones toneladas)	3.6	1,4%	66	24,8%
—Recursos de bauxita (millones toneladas)	2.019.0	21,9%	400	4,4%
—Producción de bauxita (millones de toneladas)	15.9	44,7%	1 7	5,3%
—Reservas de manganeso (millones de toneladas)	800.000	—	81.200	—
—Reservas de cobre (miles de toneladas)	51.000	35,0%	35.800	23,1%
—Reservas de plomo (miles de toneadas)	5.890	10,2%	15.600	27,0%
—Reservas de cinc (miles de toneladas)	11.600	16,1%	27.370	31,7%
—Producción de estaño (toneladas)	23.933	—	—	—
—Producción de cobre (toneladas)	935.500	—	—	—
—Producción de plomo (toneladas)	458.000	—	—	—
—Producción de cinc (toneladas)	598.200	—	—	—
—Reservas de níquel (millones de toneladas)	17.6	—	—	—
—Reservas de molibdeno (toneladas)	900.000	—	—	—
—Tungsteno (toneladas)	165.000	—	—	—
—Producción de plata (toneladas)	2.713	—	—	—
—Producción de oro (toneladas)	35.2	—	—	—
—Reservas de carbón (millones de toneladas)	18.177.0	—	—	—
—Reservas de petróleo (millones de toneladas)	3.577.9	—	—	—
—Producción de petróleo (millones de toneladas en 1961)	205.0	—	—	—

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor, en base a datos extraídos, principalmente del libro de Amílcar O. Herrera: Los recursos minerales de América Latina. Otras cifras corresponden a documentos estadísticos de Naciones Unidas y CEPAL. Casi todos los datos se refieren a los años 1960, 1961 y 1062.

Es evidente que América Latina es la reserva de minerales estratégicos de Norteamérica, lo cual supone un peligro de guerra entre las dos Américas, mientras dure el capitalismo de Wall Street.

En cualquier conflicto revolucionario, que pudiera surgir entre un gobierno cipayo y sus masas populares, ya sea como guerrilla numerosa o levantamiento colectivo como en Santo Domingo en 1965, los banqueros de Wall Street enviarán a los generales del Pentágono a defender sus "inversiones directas". Los revolucionarios latinoamericanos, que no prevean la dialéctica belicista del capitalismo yanqui en América Latina, pecarán de ingenuos, mereciendo ser derrotados, por no haber dado a su lucha y doctrina de liberación una base científica, basada en una dialéctica analítica y sintética, yendo del análisis de una contradicción a su solución racional por medio de la acción.

Los "trusts" norteamerianos no renunciarán al petróleo, el hierro, el cobre, el plomo, el cinc, el manganeso, los productos agrícolas tropicales, el control de las finanzas y los espacios comerciales de América Latina, sin combatir contra los movimientos de liberación latinoamericanos, que tengan como finalidad superar el neo-colonialismo, entre el Río Grande del Norte y el Cabo de Hornos. Mientras los norteamericanos de los "big business" dominen la economía latinoamericana, una parte de la crisis norteamericana será transferida a Latinoamérica, en forma de relación de intercambio desfavorable, de préstamos onerosos, de dominio del dólar sobre sus monedas, por medio del FMI o de la banca norteamericana.

Si Estados Unidos pierde su "Commowealth de Latinoamérica", bajaría el nivel de vida norteamericano; aumentaría la desocupación; sobraría una parte de la industria, creando así tendencias socialistas y revolucionarias dentro de las fronteras norteamericanas (ya convulsionadas por la "guerra civil negra", las protestas estudiantiles, los atentados contra dirigentes negros o blancos y el descontento popular creciente, originado por la guerra de Viet-Nam). Quizá si Estados Unidos llevara la guerra de Viet-Nam hasta 1972, no escaparía entonces a una situación de guerra civil interna. Sin embargo, los revisionistas del Kremlin quieren sacar a los yanquis de Viet-Nam, para salvar la política de la coexistencia pacífica: que si ganaran los guerrilleros a los "marines", sería desmentida. Ello no conviene políticamente al imperialismo del dólar, pues se le podría sublevar la retaguardia latinoamericana. Aquí, en este flanco, reside la posibilidad de liquidar al imperialismo yanqui en América Latina, pero no después de terminar el

conflicto de Viet-Nam, sino luchando ya, paralelamente con él: por eso de que casa con dos puertas es mala de guardar.

LATINOAMERICA: 20 PAISES NO VALEN UNO

Como se gasta muy poco en investigación científica y en educación y no se renueva el capital productivo al nivel tecnológico de la productividad de Europa y Norteamérica, América Latina está acumulando una vasta crisis económica, cuyo desenlace político tiene que ser dramático, antes de 1980. A causa del envejecimiento del equipo de producción industrial, un obrero latinoamericano rinde por hora del 15 al 30 % de la productividad de un obrero norteamericano. Unicamente el 10 % de la fuerza laboral industrial latinoamericana está empleada en empresas con alta productividad: petróleo, automóviles, minería, aparatos para el hogar; pero se trata de empresas extranjeras; casi todas ellas norteamericanas.

América Latina es un subcontinente, subalimentado, subdesarrollado, es decir, el prefijo "sub" es su signo y su destino histórico, mientras no se proceda a una gran reforma estructural, comenzando por los **latifundios improductivos**, la fusión cooperaria de los **minifundios antieconómicos**, la **desburocratización** (para tener una administración barata) y, en fin, por poner en concordancia las fuerzas productivas (el capital) con las relaciones sociales (las clases, las formas de propiedad, la distribución de la renta nacional, etc., etc.). ¿Pero, cómo hacer esta transformación sin una profunda revolución?

Se ha confiado (dentro de una crisis acumulativa) la expansión económica a la inversión de capital extranjero, olvidando que la mayor masa de inversión es interna: a condición de desburocratizar la economía, de confiscar las rentas parasitarias, para invertirlas productivamente. ¿Pero, cómo aumentar la tasa de inversión sin confiscar las rentas parasitarias por medio de la Revolución?

La mera inversión de capital extranjero no resuelve los problemas del subdesarrollo económico. México —como capitalización interna—, es un ejemplo de desarrollo económico ligado a la creación de empresas mixtas, nacionalizadas, cooperarias (agricultura) y a la reforma agraria. El

capital extranjero no ha hecho tanto por México como su modesta Revolución campesina e industrial. Entre 1958 y 1963, las inversiones extranjeras en México, ascendieron a 7.800 millones de pesos mexicanos; pero las ganancias de esos capitales succionaron, increiblemente, 11.037 millones, dejando un déficit de 3.237 millones de pesos. Es pues, en el cambio de estructuras envejecido donde reside el secreto de la estabilidad monetaria y de un crecimiento del producto bruto del 6 % en México. Ello debería ser ejemplo para otros países, que desaprovechan todas las ocasiones históricas, que se les presentan, para producir una revolución económica, a fin de ir alcanzando, en tecnología y economía, a los países desarrollados.

Gracias a sus millones de tractores y de cosechadoras, y a los millones de toneladas de fertilizantes consumidos, Norteamérica ha dejado el 5 % de su mano de obra en la agricultura o el 9 % de su población en el campo. En América Latina, el 55 % de su población está destinada a la agricultura; pero produce una media de 385 kilogramos de cereales por persona agrícola, contra 9.900, en Norteamérica.

LATINOAMERICA-NORTEAMERICA: LA LEY DE DESARROLLO DESIGUAL

Factores Económicos	Latinoamérica	Norteamérica (1)
—Superficie total (millones de acres (2)	5.067,0	4.778 (3)
—Población (millones de habitantes en 1968)	267	218,0
—Población (en millones en el año 2000)	750,0	312,0
—Incremento de la tasa anual de la población para la década 1970/80 (en %)	3,1%	1,2%
—Producción de cereales, en 1934/38, media anual, (millones de toneladas)	31,0	109,0
—Producción de cereales, en 1960/61 (millones de toneladas)	42,0	218,0
—Producción de cereales "per cápita", en 1934/38 (kilogramos)	254,0	778,0
—Producción "per cápita", en 1960/61 (kilogramos)	214,0	1.107,0
—Rendimiento de cereales por acre (kilogramos, en 1960/61)	498,0	927,0
—Exportación de cereales, en 1934/38, (millones de tonelad.)	11,0	6,0
—Exportaciones de cereales, en 1960/64 (millones de toneladas)	—2,5 (4)	37,3

Factores Económicos	Latinoamérica	Norteamérica (1)
—Población campesina como % de la población total (en 1960)	55,0%	11,0%
—Producción de cereales "per cápita" (en 1960/61)	389,0	2.909,0
—Consumo de fertilizantes (millones de toneladas)	0,99	7,5
—Tractores agrícolas (milliares)	539,0	5.200,0
—Segadoras trilladoras (millares)	42,0	1.207,0
—Producción de hierro en, 1962, (millones de toneladas)	3.6	66,2
—Inversiones en investigación científica, educación, etc. (millones de dólares, en 1961) ..	700,0	16.000,0
—Porcentaje del producto bruto mundial, en 1958, (en %)	5,1%	37,7%
—Ingreso por habitante, en 1968, (en millones de dólares)	389,0	3.210,0
—Producto bruto nacional (PBN) en 1968, (millones de dólares)	112.000	856 000
—Exportaciones (millones de dólares, en 1965)	11.000,0	35.660,0
—Producción de acero, en 1960, (millones de toneladas)	5,0	99,2
—Energía eléctrica (millones de kilowatios de produc., en 1964)	59.000,0	1.083.000,0
—Petróleo (millones de barriles) en 1965	1 515,0	3.312,0

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor en base a diversas fuentes estadísticas de Naciones Unidas, CEPAL y otras publicaciones y libros.

(1) Incluye, generalmente, a Canadá y Estados Unidos.

(2) Cada acre = 0,4047 de hectárea. Pero en el caso de Norteamérica incluye las tierras heladas de Alaska y Canadá, que constituyen quizá un 50% de toda la tierra norteamericana.

(3) Descontando las tierras heladas de Norteamérica, la tierra útil de Latinoamérica sería doble que la de Norteamérica.

(4) Debe entenderse como cifra negativa, es decir, que en 1960-61 Latinoamérica fue importadora neta por 2 5 millones de toneladas de granos (maíz y trigo principalmente), como media anual, en el período de 1960/61. En cambio, Norteamérica que exportó 6 millones de toneladas de granos para 1934/38, anualmente, ascendió hasta un volumen de exportación de cereales de 27 millones de toneladas, en 1960-61. He ahí un hecho sobre el desarrollo desigual alarmante entre Latinoamérica y Norteamérica.

El deterioro económico de América Latina respecto de Norteamérica ha sido enorme, entre 1928 y 1940: durante esos 40 años Uruguay y Argentina, particularmente, se han empobrecido año tras año. En la década de 1920/30, el nivel de vida de un rioplatense era, aproximadamente, el 70 % del ingreso medio de un norteamericano; en 1968, un uru-

guayo o un argentino no tienen más del 10 al 12 % del nivel de vida de un estadounidense. ¿Puede seguir así, acumulativamente, la crisis económica en el Río de la Plata? ¿Hasta cuándo y hasta dónde...? Para aumentar las fuerzas productivas hay que cambiar el sistema; pero un cambio de sistema nunca se hace por la Reforma, sino por la Revolución.

En América Latina, la población aumenta 3 % anualmente, contra 1,2 % en Norteamérica. De modo que, en lo futuro, la desigualdad de desarrollo económico, entre las dos Américas, se acentuaría más y más, a menos que los países latinoamericanos no realicen una profunda revolución económica, cultural y tecnológica, fuera de estructuras neocoloniales y neo-feudales, que eternizan la miseria, el subdesarrollo y la balkanización latinoamérica.

Los malthusianos se hallan muy preocupados por la "explosión de la población" en América Latina: se han puesto a regalar píldoritas anticoncepcionales, creyendo que el problema es de sexología, cuando lo es de economía y tecnología. Con casi tres veces más tierras útiles Latinoamérica que Norteamérica, no tiene que preocuparse mucho por el crecimiento de la población. El subcontinente latinoamericano, con las cuencas vírgenes del Amazonas, el Plata y el Orinoco, puede alimentar a más de 1.000 millones de habitantes; pero hace falta, para ello más millones de tractores y cosechadoras que automóviles de lujo, más gasto en investigación científica y educación que lujos burgueses y burocracia improductiva. En un siglo en que una bomba de hidrógeno tiene más poder que todos los ejércitos juntos de América Latina, los sabios nucleares valen, aquí, menos que los generales de caballería, propios de la era paleolítica de la estrategia militar; hoy ella es eminentemente política (guerra revolucionaria) o científica (guerra nuclear).

En nuestro siglo, el país que no llega a la cibernética (automatización del trabajo y el cálculo), la energía nuclear (poder económico y estratégico combinados) y la astronáutica (poder de represalias nucleares en unos minutos, de continente a continente), no se tiene así derecho a hacer la historia como le sucede a la América Latina.

Latinoamérica sólo gasta el 0,7 % de su producto bruto en investigación científica y educación, es decir, unos u$s 700 millones por año, contra 2.5 % de la renta bruta de Estados Unidos, o sea, unos p$s 20.000 millones anualmente. Si 20 países valen unas 30 veces menos, en ciencia e inves-

tigación que Estados Unidos, están destinados a ser neocolonizados: pero por culpa de sus dirigentes, que son, política y mentalmente, subdesarrollados. ¿Hasta cuándo y hasta dónde puede durar todo esto...?

DESCOLONIZACION REVOLUCIONARIA

América Latina constituye una gran colonia de la república del dólar: los países latinoamericanos dependen ahora más de Estados Unidos que de España, en los tiempos de la colonia, si bien la colonización financiera yanqui es menos visible que la colonización bajo bandera, pero no menos onerosa y explotadora que aquélla. Los "trusts" norteamericanos dominan, plenamente, las posiciones claves de la economía latinoamericana. **Las inversiones estadounidenses han buscado, en cada país, la máxima tasa de ganancia, produciendo así economías de monocultivo, bajo una ley de la división internacional del trabajo de corte neocolonial. En este sentido, la alienación económica determina la hipoteca de la política, la diplomacia, la estrategia y la economía de los países neo-coloniales por los países imperialistas.**

Hacia 1960, del total de sus exportaciones, una sola materia prima tomaba el siguiente porcentaje: estaño, 65 % en Bolivia; café, 62 % en Brasil; cobre, 71 % en Chile; azúcar, respectivamente, 75 % y 63 % en Cuba y República Dominicana; plátanos, 57 % en Honduras; minerales, 70 % en México; lana, 56 % en Uruguay; Venezuela, 92 % petróleo. Las monedas de Chile, Brasil, Uruguay, Venezuela, por ejemplo no son de oro, plata o papel, sino más bien de cobre, café, lana y petróleo: si suben estos productos de precio en el mercado mundial, subirán esas monedas; pero si bajan, también ellas bajarán. Así, pues, la prosperidad o la depresión, en los países neo-coloniales, constituyen un reflejo de la economía de los países imperialistas. Se diría, pues, que **América Latina tiene un dilema inmediato: alienación económica o revolución social. Cuando las alienaciones y contradicciones entre las dos Américas devengan insoportables para los pueblos latinoamericanos, la Revolución será, inevitable, para cambiar su régimen económico, político y social, sin dependencia de la plutocracia yanqui ni de las oligarquías criollas, que se defenderán juntas contra los pueblos insurreccionados.**

La ley de desarrollo desigual económico y tecnológico entre las dos Américas, cuyo foso se abre cada vez más, debe conducir por su propia dialéctica interna, a una serie de motines, guerrillas, insurrecciones, en todo el continente latinoamericano, comenzando por el ataque directo contra las oligarquías indígenas y el pretorianismo que las sustenta, lo cual llevaría implícita la intervención militar de Norteamérica, apoyando el frente interno contra-revolucionario ante el frente popular revolucionario, como lo hizo en Santo Domingo (1965) y lo viene haciendo en Viet-Nam, practicando una "guerra especial": grande, cruenta, cruel, no declarada legalmente.

Sobre los datos objetivos y subjetivos del presente, la economía, la dialéctica y la política combinadas, permiten anticipar el futuro de los acontecimientos, cuando se conoce, objetivamente, la dinámica de las contradicciones en presencia, tanto entre las clases sociales como entre las naciones, antagónicas. Dentro de esta dialéctica de la historia de América, se percibe ya la inevitabilidad de una guerra entre Norteamérica y Sudamérica, entre el Norte (industrializado e imperialista) y el Sur (neo-coolnial y subdesarrollado). La dinámica de esta contradicción podría encontrar su desenlace violento en la década de 1970/80, constituyendo el drama de la historia universal, como había pensado, a comienzos de. siglo XIX, el filósofo Hegel, en su "Filosofía de la Historia".

América Latina depende más de Estados Unidos, económica y diplomáticamente, que de sus respectivos países integrantes: "provincias desunidas" por el imperialismo del dólar, para poder imperar sobre ellas. Entre el Río Grande del Norte, el Caribe y el Cabo de Hornos, Estados Unidos tiene su Imperio, como lo tenía Roma en la "cuenca" del Mediterráneo, el Danubio y el Rhin.

Contra el imperialismo de Roma se sublevaron, frecuentemente, los pueblos oprimidos: los esclavos dirigidos por Eunus (135 a.J.C.), en Sicilia, que movilizó 200.000 esclavos, tomando la isla; en 105 a 102 (a.J.C.) se levantaron en armas, también en Sicilia, los esclavos, en la segunda guerra servil, dirigida por el italiano Salvius y el griego Athenion, que derrotaron a tres generales romanos; entre 73 y 71 años (a.J.C.), Espartaco, con 70 gladiadores, lanzó la tercera guerra servil, derrotando muchas legiones romanas; en los tres casos de las guerras de los esclavos,

había dirigentes rebeldes pero ninguno era un completo revolucionario, ya que no sabían sustituir el esclavismo como modo de producción por un régimen capitalista o socialista debido a su ignorancia en materia política. A determinado nivel, una Revolución, para poder triunfar, necesita contar con un programa, unos dirigentes y un partido que sepan instaurar un sistema de producción completamente diferente del régimen derrocado; pero capaz de crear más fuerzas productivas; de dar más libertad y felicidad a las masas populares, ya que, de lo contrario, se justificaría, aun después de la victoria, o en el curso de una lucha larga, el retorno al pasado.

En cuanto a la América Latina, sus revolucionarios libertadores han de ser capaces de unificarla, industrializarla, descolonizarla, desfeudalizarla y federarla, dentro de una economía socialista, que tenga como célula básica el cooperativismo y el colectivismo en la agricultura y la autogestión y la congestión en las industrias y los servicios públicos. El Occidente, seguirá las ideas de redención social que unan el socialismo y la libertad, ya que el socialismo sin albedrío es capitalismo de Estado, dictadura de la burocracia: URSS, etc.

Hay que luchar frente al imperialismo yanqui con unas ideas que sean también las queridas por su retaguardia proletaria y sus oprimidos "ghettos negros". Los dirigentes de las guerras esclavistas contra el imperialismo romano no supieron atraerse a su frente de liberación a la plebe y la clientela romana, dos clases oprimidas por la aristocracia imperialista. En la estrategia contra el imperialismo, hay que combinar la acción del proletariado externo (el mundo colonizado) y la del proletariado interno: las clases oprimidas dentro de las naciones imperialistas). Hay sólo una doctrina que pueda dar esa posibilidad política, social y estratégica para la liberación del mundo oprimido: el socialismo, pero el monopolio de esta doctrina no la tienen las doctrinas clasistas; pueden entrar en el socialismo todos los anticapitalistas y antiimperialistas; todos los que quieran la libertad garantizada por la sociedad soberana, colocada por encima del interés privado, de las burguesías y de las burocracias, mediante el socialismo de autogestión.

La lucha entre las dos Américas tiene a su favor el hecho de que vivimos ya en un mundo a la escala planetaria. En tiempos de Aristónico de Pergamo (132-130,

a. J.C.). se estableció bajo su gobierno y revolución un régimen socialista, con el nombre de "Reino del Sol". Pero la falta de comunicaciones telegráficas, telefónicas, de prensa, radio y televisión, no permitía informar al resto de los pueblos de ese acontecimiento, como igualmente de las sublevaciones de los esclavos. Actualmente, América Latina puede ser informada, y también el mundo, del más pequeño acontecimiento, justamente porque **vivimos en un mundo universalista, con todas las posibilidades económicas, culturales y tecnológicas, para devenir inmediatamente socialista.** Una "chispa revolucionaria", como la de Cuba, ha incendiado la pradera latinoamericana: los días de la oligarquía nativa y de la plutocracia yanqui están contados; pero para vencer a esos dos poderosos enemigos hay que estar en posesión de una dialéctica, una estrategia, una política, una doctrina económica socialista, que no sea voluntarista, sino objetiva, científica: capaz de sustituir (sin utopismos) el capitalismo por el socialismo, para que la humanidad sea más próspera, libre, progresiva y feliz.

América del Norte (plutocrática), como si fuera una nueva Roma esclavista, tratará de aplastar todos los movimientos de liberación en su imperio. No hay que caer en la estrategia de fijarse al espacio como Vercingetorix, clavado en Alesia, frente a Julio César, sino extender el frente por todo América Latina, de tal suerte que las legiones norteamericanas no tengan ni un soldado por kilómetro cuadrado, para poder derrotarlos en la guerra de superficie; y no ser vencido en batallas grandes, de frentes fijos, de líneas compactas, en las guerrillas.

Frente a las divisiones pentagónicas, como en otro tiempo ante las legiones romanas, no hay que caer en la trampa de entrar en grandes batallas de material y de hombres, sino obligar al enemigo poderoso a dispersarse y concentrarse según los deseos estratégicos de la guerrilla latinoamericana. Eso es lo que se llama, en estrategia genial, tener la iniciativa en las operaciones y la libertad de movimientos, para lo cual nunca hay que clavarse al terreno como Vercingétorix en el monte de Alesia, que fuera su tumba, su catastrófica derrota. Mientras fue guerrillero venció a los romanos y levantó con él a la Galia; pero, en cuanto se hizo soldado regular, frente a una tropa mejor dotada de material, en la batalla de línea, fue aniquilado, cometiendo el error de emplear la caballería sin el apoyo de la infantería.

En la guerra contra Roma, Yugurta (146 a. J.C.) tuvo como Vercingetorix un primer tiempo brillante de guerrillero jamás vencido, durante seis años, frente a los generales romanos Metelo, Sila y Mario. En un momento determinado, fiándolo todo al empleo de los elefantes, separados de la infantería, fue derrotado en una gran batalla frontal, definitiva.

Todos los guerrilleros suelen ser brillantes comandantes de unidades chicas; pero cuando llegan a unidades mayores no saben combinarlas estratégimente, o más bien distribuirlas sobre todo un país. Al contrario, cuando los guerrilleros cuentan con un ejército de liberación entran, irreflexivamente, en una batalla grande, para decidir la guerra por las armas. Tal supuesto no es necesario, como en Clausewitz, para ganar una guerra revolucionaria que, por ser política, es decidida, diplomáticamente, en la mesa de negociaciones, siempre que el ejército guerrillero tenga de su parte el general tiempo y el apoyo de la población.

La liberación de América Latina debe ser tarea militar (guerrilla y ejército de liberación combinado, delante y detrás de las líneas enemigas) y política internacional (a cargo de organizaciones como la OLAS, o similares), que movilicen la opinión mundial, a favor de la liberación de los pueblos y en contra del imperialismo opresor y agresor. Lo importante, en la guerra revolucionaria, es no equivocarse en política y estrategia, aunque se experimenten muchos fracasos tácticos. En América Latina, con su enorme espacio, un ejército de liberación puede equivocarse mil veces tácticamente, y, sin embargo, triunfará militarmente, con tal de no cometer errores de conducción, política y estratégica, en la guerra revolucionaria. Para ganar una guerra de liberación, antes que la mera estrategia y la táctica, hay que estar siempre en interés de la población.

En Fidel Castro, la táctica era lo de menos; lo fundamental era el hecho armado: el predicar con el ejemplo; el objetivo, con ello, era ganar toda la población cubana contra Batista; lo cual le daría, indefectiblemente, la victoria revolucionaria.

América Latina ya es territorio abonado para realizar una gran revolución continental: faltan sólo los revolucionarios preparados, política y estratégicamente, capaces de vencer a las oligarquías criollas y al imperialismo del dólar, que ha impuesto a veinte naciones un pacto colonial,

bajo forma de "inversiones directas", préstamos, "ayudas", tratados, arriendo de armamentos, etc.

No es posible que 60 familias multimillonarias norteamericanas hagan la política, la diplomacia, la estrategia, la economía y los "golpes de Estado" en América Latina: espacio económico neo-colonial del capitalismo de Wall Street: templo republicano de los Rockefeller, los Mellon, los Morgan, los Du Pont de Nemours, los Ford, los Vanderbilt, etc., etc. Estas "60 familias" que hacen la política subterránea de los "trusts" en Norteamérica y en Latinoamérica, deben ser derrocadas de sus emporios de riqueza personales, sobre cuya base está sustentado el imperio del dólar.

Por otra parte, en América Latina el 1,5 % de las fincas (latifundios) monopoliza el 64,9 % de la tierra disponible, que es tanto como decir que otras 60 familias aristocráticas, en cada latinoamericano, dominan a millones de campesinos arrendatarios y peones, como en otro tiempo los feudales de Europa, hace diez siglos.

El imperialismo del dólar y el feudalismo indígena asociados en una empresa reaccionaria con los pretorianos cipayos, tienen al pueblo contra la pared. Así no hay posibilidad de que los latinoamericanos lleguen a la gran sociedad industrial, la cibernética, la energía nuclear, la astronáutica, la agricultura (mecanizada, electrificada y bien abonada, para borrar la "geografía del hambre"), ni instaurar un régimen coherente latinoamericano, que cree la más grande federación de países libres (que por hablar el mismo idioma y tener la misma unidad de destino histórico, deben constituir la más grande y rica nación de los comienzos del siglo XXI).

¿Es que para realizar esta tarea de dignidad nacional, de vindicación del pueblo oprimido y explotado por unas cuantas familias privilegiadas, no hay unos cuantos revolucionarios decididos a liberar a millones de latinoamericanos? ¿No hay ningún militar como el coronel Caamaño, ningún obispo (como Cristo contra Roma), ningún hombre del pueblo como Espartaco, ni nuevos "Ches", ni Castros, para realizar la descolonización de América Latina? No predicamos la violencia por la violencia, sino la acción de todo un pueblo para su salvación histórica, para que no llegue a degradarse hasta el límite de que pierda su lengua materna, para buscar trabajo en los "trusts" yanquis, que exigirán hablar inglés para conseguir trabajo, antes de terminar el siglo XX, en América Latina.

CAPITULO V

LA REVOLUCION AGRARISTA EN LATINOAMERICA

DIALECTICA DE UN CRECIENTE ANTAGONISMO

América Latina tiene el 32 % de su población en ciudades de más de 2.000 habitantes, contra 13 % Africa, 19 % Asia, 46 % Norteamérica y 40 % Europa (no incluída la URSS); pero Argentina, Chile y Uruguay alcanzan un 56 % de población en ciudades de 20.000 almas; es decir, que tendrían la misma estructura urbanística que Norteamérica y la Europa occidental. Estos hechos demográficos condicionan la estrategia de la guerra revolucionaria: con preferencia de guerrillas urbanas en países o regiones como Europa, Norteamérica y el Cono Sudamericano.

Un frente unido revolucionario de las clases oprimidas, de la ciudad y del campo, contra las clases opresoras y explotadoras, debe tener como aspiración esencial echar a los terratenientes de los latifundios y a la plutocracia de las fábricas, los bancos, el comercio grande y los servicios públicos. Al mismo tiempo, han de ser barridos del solar nacional los imperialistas, para recuperar la independencia económica y la plena soberanía política, mediante una revolución democrática que cambie no sólo los hombres de gobierno, sino las cosas, el régimen económico, político, social y jurídico, para hacer una revolución de verdad y no de mentira, como las revoluciones a medias o "golpes de palacio"...

En América Latina hay condiciones objetivas para realizar una gran revolución social, en la ciudad y el campo. Las revoluciones agraristas latinoamericanas tienen su mejor precedente en México, durante las dos primeras décadas del siglo XX; y en Bolivia, en la década de 1950/60; en Cuba, con la insurrección guerrillera de 1956/59, el campo y la ciudad se unieron en un amplio frente, derrotando al

ejército regular, al tomarlo en "sandwich", entre montañas y ciudades, lo cual decidió la victoria a favor de la guerrilla, al comenzar la segunda fase de la guerra revolucionaria: combates de unidades no superiores a un batallón, mientras que en China y Viet-Nam la guerra revolucionaria pasó por batallas superiores a la división y el cuerpo de ejército; pero es que, en Cuba, casi toda la población estaba con Fidel y contra Batista. El hecho de operar en un gran frente político de población favorable, facilitó al fidelismo la victoria militar entre la segunda y la tercera fase de la guerra revolucionaria. Tal posibilidad estratégica sólo es posible para **guerrillas rurales y urbanas combinadas:** así podrán sus estrategas político-militares tener, permanentemente, la iniciativa en las operaciones, trasladando, cuando la estrategia lo aconseje, los frentes de las montañas a las ciudades o viceversa. Así se obligaría a un poderoso enemigo a dispersarse en tiempo y espacio, para que no sea suficientemente fuerte en el punto, donde ataque el ejército revolucionario, (combinado siempre con guerrillas) operando por todas partes en forma de "piel de leopardo".

La **rebelión campesina siempre** será posible en zonas donde impere el latifundio, o en países que sus gobiernos reaccionarios se opongan a la realización de una modesta reforma agraria. Una evolución burguesa hacia la pequeña propiedad para el proletariado rural, detiene o frena la insurrección campesina; pero como esa evolución está ya detenida, hace mucho tiempo, la revolución agrarista **está** madura en casi todos los países de América Latina, donde hacen falta más los revolucionarios (lo subjetivo) que las condiciones objetivas: (hambre, desocupación, crisis económica, etc).

LA INSURRECCION AGRARIA

Para que se **den condiciones revolucionarias** en el campo, es necesario que haya una enorme masa proletaria desposeída de la tierra; represión violenta contra las aspiraciones del proletariado rural en los cultivos industriales de caña, café, cacao, arroz, bananas y algodón; ocupación militar de zonas mineras, donde el campesino se hace obrero y experto en el manejo de los explosivos; violencia patronal en las explotaciones forestales, donde el obrero vive sobre el terreno, produciendo así un guerrillero ideal,

para zona de montaña, más apropiado para la sierra y el bosque que los estudiantes o los obreros de las ciudades, que deben combatir en sus zonas de acción respectivas.

La movilización de las masas campesinas pobres (zonas del minifundio), de los obreros de los cultivos agrícolas industriales, de los hacheros y aserradores de las explotaciones forestales y de las cuencas mineras, requiere conocer sus producciones e intereses de clase, para que esas masas se muevan ampliamente. Así se proporcionaría, en cantidad, una enorme masa de combatientes, de vanguardia y retaguardia, para crear un ejército de liberación nacional, capaz de derrotar al enemigo interno, incluso aunque lo ayude el imperialismo, como en Viet-Nam.

América Latina revela las mejores condiciones objetivas revolucionarias en el campo. Como los hechos son más convincentes que las ilusiones políticas, he aquí la estructura latifundista latinoamericana, que crea, en el campo, las mejores condiciones objetivas para una rebelión campesina (tipo México 1911); para una Revolución grande (rural y urbana) para que triunfe la guerra revolucionaria.

LATINOAMERICA: ESTRUCTURA DE LA PROPIEDAD RURAL

Superficie de cada propiedad (en hectáreas)	% sobre el total de propiedades	% sobre el total de la prop. latinoam.
De 0 a 20 hás.	72,6% de las fincas	3,7% de la tierra
De 20 a 100 hás.	18,8 " " "	8,4 " " "
De 100 a 1000 hás.	7,9 " " "	23,0 " " "
Más de 1000 hás.	1,5 " " "	64,9 " " "
	100,0	100,0

FUENTE: Informe provisional a la Conferencia de Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina, Naciones Unidas. Santiago de Chile, 1962.

El latifundio con el 1,5 % de las fincas latinoamericanas monopoliza nada menos que el 64,9 % del total de la tierra disponible en América Latina; si a ello añadimos las propiedades con una extensión entre 100 y 1.000 hectáreas: el 9,4 % de las fincas latinoamericanas, (entre 100 y más de 1.000 hectáreas de superficie), controlaría el 87,9 % del total de la tierra. En cambio, el 80 % de las fincas, entre

10, 20 y 100 hectáreas, sólo controlaban el 12,1 % de la tierra latinoamericana.

Como el 55 % de la población de América Latina está en el campo contra un 9 % en Estados Unidos y un 23 % en Europa occidental, es evidente que el latifundio y el minifundio —dos males inveterados del subdesarrollo y de la "geografía del hambre"—, tienen que ser superados en Latinoamérica por una inaplazable **reforma agraria**, un cambio estructural en el régimen de tenencia de la tierra, ya que en su forma actual subdesarrollada distrae mucha población y procura una insuficiente producción agropecuaria.

En preguerra, Latinoamérica exportaba unos 11 millones de toneladas de cereales, pero la creciente población, no compensada por un aumento de producción por habitante, ha determinado un malthusianismo económico latinoamericano. Ello es únicamente superable con una **revolución agrarista**, sobre la base de empresas muy tecnificadas, tierras bien abonadas y formas de propiedad que no frenen el desarrollo económico, cultural, tecnológico, procurando así una buena alimentación, para los 750 millones de habitantes que tendría, en el año 2000, América Latina.

La revolución agraria está determinada, histórica y políticamente, en América Latina, por la "explosión de la población" y, en consecuencia, por la inaplazable necesidad humana de crear más fuerzas productivas y más volumen de producción agropecuaria, que con el régimen de producción de base latifundista o minifundista: ambos anacrónicos, propios de una agricultura de subsistencia, no permitirán, a corto plazo, abastecer de alimentos a las ciudades industriales latinoamericanas.

En Norteamérica, gracias a la mecanización de la agricultura y a la creación de granjas modernizadas, con menos del 10 % de su población total en el campo, produce, sin embargo, 5 veces más cereales que Latinoamérica, con el 55 % de su población en el agro. Así las cosas, Estados Unidos es un país que tiende a invadir económicamente a los países subdesarrollados de América Latina. En las granjas norteamericanas, sólo se consume el 3 % de la producción agrícola, dejando el resto para las ciudades o para exportación; en América Latina, vastas zonas de subdesarrollo agrícola, donde impera el latifundio o el minifundio, las poblaciones rurales consumen la mayor parte de su producción agropecuaria. Ello disminuye el intercambio entre ciudad y campo.

AGRICULTURA: DESARROLLO DESIGUAL ENTRE LATINOAMERICA Y NORTEAMERICA

Regiones	1934–38	1960–61
Producción mundial de cereales, promedio anual de cosechas (millones de toneladas)		
América del Norte	109	218
América Latina	31	44
Europa occidental	67	89
Producción "per cápita" de cereales, promedio anual, (en kilogramos)		
América del Norte	768	1.117
América Latina	254	214
Europa occidental	247	298
Area de cereales por habitante, promedio anual, (en acres)		
América del Norte	1,73 (a)	1,19
América Latina	0,55	0,43
Europa occidental	0,39	0,33
Area de cereales cultivada, promedio anual (millones de acres)		
América del Norte	245	235
América Latina	67	89
Europa occidental	105	100
Rendimiento de cereales por acre cultivado (en kilogramos)		
América del Norte	443	927
América Latina	461	498
Europa occidental	638	876
Comercio mundial de cereales: promedio anual de exportaciones (en millones de toneladas)		
América del Norte	7,6	40,5
América Latina	11,1	4,7
Europa occidental	2,0	5,7

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor en base a cifras extraídas de Producion yearbooks, FAO; Trade yearbooks, FAO; años 1958 a 1961.

(a) un acre 0,4047 de hectárea.

Es visible la contradicción estructural de la agricultura latinoamericana: aumenta el área cultivada, pero no los rendimientos de granos por hectárea, como en Norteamérica y Europa occidental. En Alemania y Holanda, los rendimientos de granos son el doble que en Estados Unidos y quizá cinco veces mayores que en Uruguay, y tres a cuatro veces más que en Argentina.

La **revolución agraria latinoamericana** es inaplazable, para producir alimentos en abundancia, ya que sobran tierras para ello; pero faltan técnicas (maquinaria, abonos químicos, etc.). Ahora bien, con latifundios y minifundios, no se pueden emplear cerca de 5 millones de tractores y más de 1 millón de cosechadoras en Latinoamérica, como se utilizan en Norteamérica, ya que se opone a ello un régimen latinoamericano anticuado, en la tenencia de la tierra. Con doble o triple población latinoamericana para el año 2000, los latifundios y los minifundios no pueden continuar más: tales estructuras agrarias son inapropiadas para aumentar el volumen de producción y de productividad por hectárea, para borrar la "geografía del hambre". No es racional que Norteamérica produzca 1.200 kilogramos de cereales por habitante contra, solamente, 300 kilogramos en Latinoamérica.

La **revolución agrarista**, en América Latina, está más justificada actualmente que la revolución campesina mexicana de 1911, cuando Pancho Villa, Emiliano Zapata y otros revolucionarios guerrilleros, levantaron el campo mexicano contra los terratenientes y por la reforma agraria, por el derecho de los campesinos pobres y de los peones a la tierra, en poder de los latifundistas. Pero en nuestro tiempo parecieran faltar figuras tan auténticas como las de Pancho Villa y Emiliano Zapata: nada librescos pero con un gran vigor revolucionario, ya que su **acción**, por sí misma, iba creando las ideologías democráticas, haciendo con ellas bola de nieve la Revolución, a la cual podrían faltarle estrategias brillantes y políticas intelectualizadas, pero le sobraban masas campesinas insurreccionadas. En la actualidad, dado que hasta la Iglesia acepta el **gran cambio**, a operarse sin demora, económica, social y tecnológicamente en América Latina, es posible lanzar una gran revolución latinoamericana, con tal que tenga, como cobertura política, el **partido del descontento** (el más grande de todos); y como vanguardia armada, unas guerrillas de campo y ciudad, articuladas por un estado mayor revolucionario, que sepa coordinar, política y estratégicamente, las **milicias rurales** (guerrilla local de cada pueblo), las **milicias regionales** (unidades para-militares de provincia o de región, que apoyen a las guerrillas locales y se nutran de ellas logísticamente) y el **ejército de liberación nacional** (apoyado en los escalones regionales y en las guerrillas locales). Combinando esos

tres escalones estratégicos y teniendo un amplio frente unido democrático, como cobertura política, la revolución está madura en América Latina, para proponerse una reforma profunda de estructuras económicas, culturales, sociales, jurídicas, tecnológicas y políticas, para acelerar la industrialización y a la mecanización de la agricultura, en América Latina.

No es posible conservar ya las viejas estructuras socioeconómicas en América Latina: minifundio y latifundio; "Estado caro y malo"; industria semi-artesanal; burocratización excesiva; corporativización del sindicalismo (a manera de gremios medievales); etc., etc.

La Revolución agraria es inevitable, para alimentar a una población numerosa. ¿Cómo justificar que Norteamérica, con menos espacio que Latinoamérica produzca más que Latinoamérica, para menos población?

PRODUCCION, INTERCAMBIO Y DISPONIBILIDAD DE CEREALES EN EL MUNDO

(En millones de toneladas por región)

Regiones	1934–38	1960–61	1980	2000
Norteamérica:	**1934–38**	**1960-61**	**1980**	**2000**
Producción	109	204	284	375
Comercio neto	—5	—34	—58	—94
Disponibilidad	104	170	226	281
Latinoamérica:				
Producción	31	42	77	140
Comercio neto	—9	—	+2	+7
Disponibilidad	22	—	79	147
Europa occidental:				
Producción	67	85	130	176
Comercio neto	+24	+23	+28	+34
Disponibilidad	91	108	158	210
Países desarrollados:				
Producción	334	476	679	897
Comercio neto	+11	—15	—35	—68
Disponibilidad	345	461	644	829
"Tercer Mundo":				
Producción	316	433	732	1.253
Comercio neto	—11	+18	+35	+69
Disponibilidad	**305**	**451**	**767**	**1.321**

FUENTE: Cuadro compuesto por el autor, en base a datos extraídos de publicaciones de la FAO y del libro: "El hombre, la tierra y los alimentos" por Lester R. Brown, Manuales UTEHA, México, 1967.

El signo (—) indica exportaciones; el signo (+), importaciones.

En razón del lenguaje de los hechos, hacia 1960 los países industrializados contaban con el 29 % de la población mundial; pero disfrutaban del 80 % de la renta bruta, del 90 % de las reservas de oro y divisas convertibles, del 80 % de la energía mecánica y de las 3/4 partes de la riqueza del mundo, para menos de 1/3 de la población mundial.

Las regiones industrializadas comprenden una superficie de 35.1 millones de kilómetros cuadrados, contra 69.2 millones de km.2 los países subdesarrollados. En realidad, las zonas industrializadas no representan mucho más del 20 % de la población mundial que controla el 80 % de la riqueza del mundo. Esta dialéctica debe producir, antes del año 2000, una revolución social en el "Tercer Mundo", para poner en concordancia la población y la producción, mediante la supresión de los monopolios y la liquidación de los latifundios, convirtiendo los minifundios en cooperativas rurales altamente mecanizadas, tecnificadas, inmunes al hambre: pero ello no será posible sin reforma agraria.

ALIANZA OBRERO-CAMPESINA

Objetivamente, los campesinos no pueden liberarse como clase oprimida sin aliarse con los obreros de la ciudad. El campesino, fijado en su parcela de tierra, es, a su vez, un hombre parcelario para quien la familia y la aldea son los límites de su mundo de pequeños horizontes humanos. En cambio, el obrero es el producto más dinámico de la sociedad contemporánea: aumenta, concomitantemente, con la acumulación del capital en las grandes urbes: producto de la despoblación permanente del campo, lo cual evidencia que la clase campesina es retrogresiva y la clase obrera progresiva, en número y vigencia histórica.

El aislamiento de los campesinos latinoamericanos, por falta de comunicaciones ruteras, ferrocarriles y de ingresos en la población rural, los fija al terreno, como a nuevos siervos de la gleba, hasta que la industrialización pase al campo con el socialismo, con la agricultura colectiva. **La tabicación de las aldeas y de las familias campesinas significa, en estrategia de guerra revolucionaria, que los campesinos, por su aislamiento aldeano o en estancias neo-feudales, no son capaces de crear unidades de combate lo suficientemente grandes como para derrotar a los ejércitos clpayos y al imperialismo, sin apoyarse revolucionariamente**

en el proletariado urbano, o en las grandes masas de jornaleros de las minas, las plantaciones de café, cacao, bananos y cañaverales, donde la concentración proletaria es de tipo urbano; pero quizá más plebeya, más revolucionaria, más proletaria, que los obreros urbanos. Ahora bien, si el campesino no rebasa el horizonte de su aldea o el de su comarca, puede, sin embargo, constituir milicias locales clandestinas, que trabajan de día y combaten de noche; que en colaboración con las milicias provinciales, departamentales y el ejército de liberación, hacen operaciones guerrilleras en la retaguardia enemiga, para obligar a dispersarse al adversario común de los campesinos y los obreros.

Ninguna guerra campesina, aislada de las poblaciones, logró la victoria sobre los príncipes, los señores, la aristocracia de la tierra. La falta de concentración de masas en el campo, separa más que une a los campesinos, lo cual significa, estratégicamente, que pueden ser batidos, unos detrás de otros, por una tropa regular chica, con tal que sea más grande, que cada grupo campesino, separado del grueso de una rebelión campesina. Gracias a ello, más que por el arte militar, propiamente dicho, los príncipes alemanes, con mucha menos tropa que los campesinos insurreccionados, lograron derrotarlos, en las rebeliones de comienzos del siglo XVI, coincidentes con la Reforma.

"La historia de todos los países contemporáneos ha confirmado que la población rural jamás puede emprender por su cuenta un movimiento victorioso, dada su dispersión en grandes áreas, que dificulta el logro de cualquier acuerdo de una parte de ella por pequeña que ésta sea. El campesino necesita la influencia impulsora de la población de las ciudades: más unida, más instruída, más móvil" (1).

He ahí un planteo político y estratégico de Marx y Engels que parecen desconocer algunos guerrilleristas, empeñados en llevar los mejores revolucionarios de la ciudad al campo, para iniciar la Revolución, siempre desde el monte, aunque debe ser contagiada o exportada por la ciudad al campo.

El error estratégico básico, inicial e irreparable de muchos guerrilleros latinoamericanos, reside en equivocar el lugar, la población y el modo (táctico, estratégico y político) para iniciar una guerra revolucionaria contra las oli-

(1) Marx y Engels, Revolución y contra-revolución en Alemania.

garquías terratenientes y las burguesías industriales, unidas al imperialismo, a la plutocracia de Wall Street. En la guerra una equivocación estratégica inicial es irreparable: conduce a la derrota, por haber querido tomar la causa por el efecto (o viceversa), el comienzo por el final, lo particular por lo general. Si el "Che" Guevara, con los recursos y los hombres que tenía, se hubiera dedicado a propagar una guerrilla urbana, en una ciudad de varios millones de habitantes, en países con dictaduras militaristas, cosa que abunda en Sudamérica, habría creado todas las condiciones para llevar luego, paralelamente, la revolución guerrillera en campo y ciudad. Pero el aislamiento, la parcelación de los campesinos bolivianos, sin la cooperación guerrillera de las ciudades bolivianas tenían que llevar, estratégicamente, al "Che" Guevara, desde triunfos tácticos iniciales a una derrota estratégica final, ya que, en el terreno en que operaba, no ganaba población para ampliar su ejército, sino que iba consumiendo su tropa, proveniente de las ciudades. Saber dónde, cuántos, cómo y con qué se forma una guerrilla operacional, (que gane más y más población favorable, hasta que se convierta en ejército de liberación) constituye el arte sublime de la guerra revolucionaria, en que una minoría armada, en función de una política acertada con los obreros, los campesinos y las clases medias, gana la guerra a los ejércitos más poderosos, triunfando así la Revolución, esperada por los pueblos oprimidos.

Una Revolución es una explosión de masas contra sus opresores y explotadores. En América Latina el proletariado rural es grande y revolucionario en las regiones de cultivos tropicales, explotados por corporaciones norteamericanas. En Centroamérica y El Caribe, la Revolución tiene sus mejores bases en las plantaciones de cacao, café, bananas y cañaverales; pero no hay que olvidar que la población urbana está aumentando y la rural disminuyendo, que el 70 al 80 % de la población latinoamericana está en una banda geográfica costera con no mayor profundidad de 500 kilómetros hacia el Interior del continente latinoamericano.

La lucha por la tierra, contra los excesivos impuestos, los usureros y las deudas, crea condiciones óptimas, políticas y psicológicas, para levantar insurreccionalmente a los campesinos al lado de los obreros, a fin de que la tierra sea de quien la trabaja y las fábricas de los obreros. Sin el

apoyo del campo, la ciudad latinoamericana no triunfa revolucionariamente, o viceversa el campo no vence a los oligarcas sin aliarse con los obreros urbanos. La Revolución latinoamericana, por consiguiente, descansa en la programación clara de la alianza obrera, campesina, estudiantil y clases medias proletarizadas (deshechas por la inflación, asalariadas).

"Si la revolución puede vencer es exclusivamente merced a la alianza del proletariado con el campesinado verdaderamente revolucionario, y no oportunista" (1).

REVOLUCION Y SUBDESARROLLO AGRICOLA

En América Latina la producción agrícola por habitante es de signo decreciente: sobre la base de 1952/53 = 100, en 1961/62 era 3 % menor por habitante, mientras que en Europa era alrededor de 20 % mayor por persona, que en 1952/53. A causa del latifundio y del minifundio, de carencia de maquinaria agrícola y de abundantes fertilizantes químicos, Latinoamérica se va degradando económicamente, con una alarmante subproducción agrícola por habitante.

Para el promedio anual de las cosechas de 1934/38, Latinoamérica y Norteamérica, respectivamente, exportaban un total de 11,1 y 7,6 millones de toneladas de cereales; pero, increíblemente, esos valores se transmutaron para 1960/61, en 4,7 millones y 40,5 millones de toneladas de granos. Así, pues, la capacidad de exportación de cereales aumentó casi 6 veces para Norteamérica (Canadá y EE.UU.), y declinó a menos de la mitad para Latinoamérica; pero si tenemos en cuenta el crecimiento de la población latinoamericana, que obliga ahora a efectuar importaciones de cereales, América Latina, en 1968, ya no exporta nada de granos, si se restan sus importaciones de sus exportaciones.

La agricultura latinoamericana necesita, para desarrollarse a nivel de la agricultura moderna, una vasta reforma agraria, que lleve adelante una política de riego, de maquinización del trabajo rural, de electrificación de las granjas, de empleo intensivo de los abonos químicos, de colectivización de la producción agropecuaria y de industrialización de las materias primas agrícolas, por medio de empresas de

(1) Lenin, El espíritu pequeño burgués en los medios revolucionarios. Tomo II.

autogestión, en base a cooperativas federadas en segundo y tercer grado, para que la mecanización y la industrialización lleguen al campo.

No es posible que, hacia 1960, Norteamérica contara con 5.200.000 tractores y 1.207.000 cosechadoras, contra 539.000 tractores y 42.000 cosechadoras Latinoamérica con 22.588.000 millones de km.², contra 19.339.000 millones de km.² Norteamérica (comprendiendo en ello los desiertos y las tierras heladas que constituyen casi la mitad de las tierras norteamericanas y canadienses).

En América Latina sobra tierra y, sin embargo, sus habitantes sufren hambre, desocupación, miseria y analfabetismo en las zonas de mayor subdesarrollo, de dominio del latifundio. Sobre la base de la productividad de la tierra por hectárea en Uruguay, Brasil y Argentina: Japón y Holanda, con cultivos intensivos, bien abonados, producen 5 a 7 veces más por hectárea que estos países sudamericanos.

En Uruguay y Argentina hay, respectivamente, unas 7 a 5 hectáreas por 1 habitante, contra 10 habitantes en Egipto, Formosa, Corea y Japón, pero estos países producen de 6 a 7 veces más por hectárea que Uruguay y Argentina. Ello demuestra que la **revolución tecnológica** debe llegar al campo latinoamericano, o por una profunda reforma o una revolución violenta, para alimentar a la numerosa población latinoamericana que viene, que está ya por llegar; y que, sin alimentos, creará el partido del descontento y con él, el clima político para una revolución social inaplazable. Las noches de Venus crearán más condiciones revolucionarias en América Latina que el comunismo reformista del Kremlin, el sindicalismo conformista y el socialismo de terciopelo.

La **revolución agrarista latinoamericana** está dada por estos hechos: mientras un agricultor norteamericano (bien equipado de maquinaria) produce 100 kilogramos de maíz en 1 hora de trabajo, en Chile hacen falta 14 horas, 34 en Colombia y 12 en el Ecuador; en trigo, respectivamente, 1 hora por 100 kilogramos en Estados Unidos, contra 17 en Chile y 35 en Colombia. Ello es debido a la agricultura latifundista o minifundista de Latinoamérica: no permite el ascenso de la economía rural a las modernas técnicas de producción, en virtud de las cuales, en 1968, un agricultor norteamericano proporcionaba alimentos para cerca de 30 personas. La tecnología de alta productividad, no alcanzada

en América Latina con el latifundio, el minifundio y un capitalismo raquítico (que no industrializa ni mecaniza el campo), es lo que producirá una Revolución Social: con unidad política de campos y ciudades para alcanzar así, en producción, ciencia y tecnología, a Estados Unidos; pero no con el capitalismo sino con el socialismo: basado en la economía de autogestión y cogestión, (planificación con libertad), en la democracia directa del pueblo trabajador y consumidor.

América Latina va camino de una crisis colosal en la producción agrícola. Hemos dicho que, desde 1952 a 1962, la producción por habitante fue un 3 % inferior; pero se nos olvidó decir que Latinoamérica, para conseguir un aumento absoluto del 11 % en su producción agrícola, tuvo que adicionar 1/3 más tierras que las cultivadas en preguerra; pero como su población aumentó sensiblemente, ese 11 % resultó negativo: en — 3 % por persona.

La población en rápido ascenso es la determinación histórica más favorable para una revolución latinoamericana. La tasa de población aumentó un 20 %, en América Latina, para cada década, desde 1930 a 1960. Así las cosas, hacia el período de 1934-38, disponían los latinoamericanos una media de 254 kilogramos de cereales por persona, contra solamente 214 kilogramos en 1960-61. En 1934-38, la tinoamérica exportaba un promedio anual de 74 kilogramos de cereales "per cápita", pero en 1960-61 tuvo que importar 2 kilogramos por persona, para abastecer de granos al continente latinoamericano. Esto no puede seguir así: la revolución agraria está a la vista; pero es difícil que la hagan sólo los campesinos sin la ayuda de los obreros industriales,, las clases medias económicamente proletarizadas y los intelectuales progresivos: (todos juntos en un frente unido revolucionario, de campo y ciudad, que dé cobertura política grande a un ejército guerrillero de liberación).

Para procurar a la agricultura latinoamericana 5 millones de tractores, más de un millón de cosechadoras y unos 4 millones toneladas de abonos químicos, hacia 1980, para aumentar la producción de granos en más de 30 millones de toneladas, es necesario hacer una revolución industrial, en la ciudad y en el campo, por medio de una insurrección armada; que industrialice el campo y las ciudades de América Latina; que la descolonice del dólar; que supere su

balkanización; que la lleve a la energía nuclear, la astronáutica, la cibernética, la civilización tecnológica y la gran sociedad industrial. Sólo así ella no caerá en una colonización total, bajo la férula del imperialismo del dólar. El dilema de América Latina es: o Revolución Social o degradación total. Las burguesías nacionales no son capaces de mecanizar la agricultura, descolonizarse del dólar, llegar a la explotación masiva de la energía nuclear y ascender a la gran sociedad tecnológica.

La revolución agrarista debe ser hecha para que llegue al campo la revolución tecnológica, ya que la agricultura es la más atrasada de todas las ramas de producción de la sociedad capitalista, sobre todo, en América Latina, bajo el imperio de los latifundios.

Ha llegado el tiempo en que la ciencia agrícola no puede ni debe ser transferida de padres a hijos, por el diálogo y la práctica diaria, como en la época de los Faraones. Ahora la ciencia y la tecnología moderna deben producir una **revolución industrial en el campo**, a fin de que la productividad del trabajo sea multiplicada varias veces, en las regiones más atrasadas del agro latinoamericano.

Un campesino, librado a sus propias fuerzas, sin acceder a la moderna tecnología, apenas si puede alimentar a su numerosa familia y dejar un poco de su producción, para comprar con ella pocos bienes y servicios a la sociedad industrial moderna. Sin tractores, sin cosechadoras, sin abonos químicos, sin grandes cooperativas o empresas de autogestión, sin granjas modelo, la productividad de trigo por hectárea no llega a los 1.000 kilogramos, como en la agricultura de subsistencia medieval o del mundo antiguo.

En la actualidad, el ingeniero, o el químico, el obrero industrial, que producen abonos y maquinarias, cuadruplican la productividad por hectárea: son así productores indirectos de alimentos, desde las grandes fábricas, destinadas a producir equipos modernos para la agricultura mecanizada, para un campo industrializado. Es ahora más necesaria que nunca la **alianza del campo y la ciudad**, para hacer así una gran revolución económica por medio de una revolución social. Para ello, los campesinos tienen que combatir en sus pueblos o zonas de influencia; y los obreros industriales, los intelectuales y clases medias proletarizadas, en las ciudades: (donde las tensiones revolucionarias, bien dosificadas estratégicamente, crean más acontecimientos po-

líticos que las guerras campesinas, limitadas a la esfera local). Si todos los pueblos, bosques y montañas se pueblan de guerrilleros, como en Viet-Nam, entonces el triunfo será seguro en las ciudades, como sucedió en Argel, Hanoi y La Habana.

SOCIOECONOMIA DE LATINOAMERICA

En América Latina, lo social tiende a desbordar los lineamientos clásicos de la política tradicional. La **lucha de clases** evoluciona hacia formas revolucionarias, que no estallan todavía insurreccionalmente a causa de que la estrategia de los sectores populares no es una combinación de guerra de guerrillas rurales y urbanas, para dispersar a los ejércitos represivos contra las mismas, a fin de vencerlos en una guerra en superficie, es decir, en todas partes la guerrilla al ataque, pero en ninguna con frente fijo. Así no se es destruído por las armas pesadas y las grandes unidades militares del adversario, que hacen la guerra para realizar la política de la burguesía, la oligarquía y el imperialismo del dólar.

Como el lenguaje de los hechos debe probar toda teoría, la estrategia no es una excepción: debe demostrar su valor objetivo en lo general y en lo particular, es decir, como principios generales y como doctrina específica de guerra, para un país determinado o una región dada.

En América Latina, por ejemplo, si la **estrategia de guerra revolucionaria** ha de ser valorada científicamente, hay, entonces, que partir de un análisis de las clases en presencia, para formar en un polo de la lucha insurreccional el 80 % del pueblo trabajador (asalariado, explotado y oprimido) que se une en un frente de liberación contra el otro polo opuesto: las clases opresoras (alta burguesía, oligarquía terrateniente, jerarquías reaccionarias y dirigentes de las empresas extranjeras). El 15 % de población **neutra** (oscilante entre el 80 % de la masa popular de población y el 5 % de oligarquía terrateniente y la plutocracia industrial, comercial, mercantil y bancaria) sería ganado o neutralizado en una Revolución, si el programa de liberación popular incluye el **respeto a las libertades democráticas** tradicionales: suprimidas por dictaduras militaristas al servicio de la oligarquía, la alta burguesía y el imperialismo. Donde haya que defender la libertad, los derechos sindica-

les y políticos, una constitución hollada, los partidos y sindicatos suprimidos, hay posibilidades de victoria para una guerrilla urbana y rural combinadas, que sepan producir acontecimientos políticos por medio de la acción, ya que la estrategia contará así con una política de amplia movilización popular, con el **partido del descontento**: cubriendo a la guerrilla, políticamente, dándole enlaces e información, cobertura logística.

En América Latina, la guerra revolucionaria, para conducir el pueblo a la victoria sobre los ejércitos represivos de las oligarquías y el imperialismo, tiene que partir de la formación de un **Frente unido de liberación**, que abarque, en principio, a todas las clases oprimidas, a fin de no quedarse políticamente aislada la guerrilla, como le sucedió al "Che' Guevara, en Bolivia, en 1967. En la guerra revolucionaria, la estrategia y la política tienen que marchar juntas; jamás, separadas.

Hay cinco clases bien definidas en todos los países latinoamericanos:

a) **oligarquía terrateniente**, que con el 1,5 % de las propiedades posee el 64 % de la tierra;

b) **campesinos pobres y peones de campo**, interesados en destruir a la oligarquía, en realizar una inaplazable reforma agraria sin indemnización a los terratenientes, pero ellos no la pueden hacer sin el apoyo del proletariado urbano y de las clases medias económicamente débiles;

c) **obreros y salariados** que representan la gran masa de la población urbana, interesados en suprimir el imperialismo económico, las plutocracias parasitarias y en promover la reforma agraria, para abrir mercados interiores a la industria urbana, para tener plena ocupación;

d) **clases medias económicamente débiles** (destruídas por la inflación y la concentración del capital), que buscan una alianza con obreros y campesinos para realizar una revolución nacional, que lleve el desarrollo económico, cultural y tecnológico, hasta los niveles de la sociedad industrialista con altos niveles de vida, progreso, productividad y bienestar;

e) **burguesía nacional alta y burguesía extranjera** (imperialismo económico), que se unen políticamente contra las clases bajas.

La **oligarquía terrateniente** con la burguesía nacional y extranjera, más las altas jerarquías dirigentes de la Administración, las Fuerzas Armadas y otras jerarquías, forman

el polo, de la contradicción principal a resolver, integrado por el 5 % de la población latinoamericana, o quizá por menor porcentaje de ella, lo cual facilita su aislamiento político y estratégico, para destruirla revolucionariamente.

A efectos ilustrativos, sobre la composición de la pirámide social de las clases latinoamericanas, he aquí una prueba estadística que, aunque fuera aproximada, tendría, sin embargo, un gran valor objetivo político, social y estratégico.

LATINOAMERICA: COMPOSICION PORCENTUAL DE LAS CLASES SOCIALES

Estructura de clases	En % del totol de la población
Clase alta: propietarios, capitalistas, gerentes, jerarquías, etc.	5%
Clase media: dependiente e independiente, más jubilados	10%
Clase baja: asalariados sin seguridad social, proletarios, campesinos pobres, subproletarios y situaciones diversas	70%
Sin clase definida: lumpemproletariado, sin oficio ni beneficio, sin asignación social de renta ni consumo	15%

Fuente: OEA, CEPAL y ONU.

Esta estructura porcentual de las clases sociales latinoamericanas, por más aproximada que fuera, indicaría, política y estratégicamente, que, en un polo de la contradicción dialéctica de la lucha de clases, estaría el 70 % de la población oprimida y explotada, constituída por obreros y campesinos, por el sector más proletario. A este 70 %, en un frente unido de liberación (nacional o regional latinoamericano), podría adicionarse el 10 % de las clases medias (económicamente débiles, proletarizadas), y hasta el 15 % de la población sin clase (el lumpemproletariado), que, en la Edad Media, rindió, más que otras clases oprimidas, en revueltas insurreccionales, principalmente urbanas, durante los siglos XIII y XIV, cuando los grandes levantamientos rurales y urbanos contra la aristocracia: (movimientos de los Wat-Tyler y "Jacqueries", en Inglaterra y Francia).

El lumpemproletariado, ese 15 % de la población latinoamericana, no debe ser despreciado estratégicamente por ningún revolucionario auténtico, que se precie de político y

de estratega. En el campo latinoamericano, las familias numerosas no tienen posibilidad de educar a sus hijos, de darles una profesión, ni de que la industria los absorba como especialistas, ya que las fábricas están en las ciudades, así como las escuelas de formación profesional, en su gran mayoría. Por otra parte, hay una enorme masa de estudiantes fracasados, hijos de las clases medias urbanas, que no son ni obreros, ni campesinos, ni profesionales de la ciencia. Este lumpem, víctima de la sociedad capitalista, sin oficio ni beneficio, no es la escoria inservible de nuestra época: son hombres como los demás; necesitan ser salvados por una nueva sociedad, que no se inspire en el fetichismo de la mercancía, en la alienación del hombre por el salario, en el dominio de un hombre sobre otro, en las dictaduras de las tecnocracias (Este), o en la de las burguesías (Oeste). La Revolución Latinoamericana, para tener una estrategia política, debe hacerse con más clases que el proletariado contra el 5 % de la población: opresora, privilegiada y explotadora; sólo así será segura la victoria popular.

Las clases privilegiadas son responsables del subdesarrollo económico y del atraso cultural en América Latina. Ellas, más el imperialismo económico, sustraen la mayor parte del ingreso bruto, lo cual resta la masa más noble de inversión de capital social para impulsar con ello la industrialización en las ciudades y la mecanización de la agricultura, en el campo. Con oligarquías neo-feudales, con burguesías entreguistas o asociadas al imperialismo, con el control de las economías latinoamericanas por el capitalismo del Wall Street, no llegará así América Latina a la sociedad industrialista, la energía nuclear, la mecanización de la agricultura, la cibernética y la astronáutica, sin lo cual, antes del año 2000, Latinoamérica se convertirá en una verdadera colonia de los "trusts" norteamericanos, a menos que no se produzca, ya, una Revolución descolonizadora contra Wall Street.

América Latina sólo invierte el 0,7 % de su renta bruta en investigación y educación contra cerca del 3 % Norteamérica: sin ciencia, sin tecnología avanzada, un país se neocoloniza y no llega a la sociedad industrialista; no tiene derecho así a su independencia económica, ni a su soberanía política; tiene que obedecer ciegamente a las potencias atómicas y plutocráticas, tanto en el Oeste como en el Este.

Pero... ¿cómo invertir en educación, en América Latina, si el 10% de la población de Colombia disfruta del 40,5% del producto bruto nacional, el 3% de Chile el 25%, el 1% del Ecuador el 17%, el 8% de El Salvador el 50% y el 12% de la población de Venezuela el 49% del producto bruto nacional? No queda así nada de capital noble para una gran inversión en desarrollo e investigación. Consecuentemente, para superar el subdesarrollo económico, cultural y tecnológico, hay que hacer la Revolución anti-oligárquica y anti-imperialista, en América Latina: pues a grandes males se necesitan grandes remedios

En el Caribe y Centroamérica, la lucha contra el imperialismo es más fácil, ya que este está en el campo y la ciudad con los "trusts" de la banana, el azúcar, el café, y los minerales estratégicos, lo cual da hecha la alianza obrera y campesina, con más efectividad que en Sudamérica, donde la tierra es, principalmente, de las oligarquías nativas, y no de la United Fruit Company como en Centroamérica. En la cordillera andina, el imperialismo está sobre los minerales estratégicos, que extraen las masas hambreadas, pero con menos grado de politización que las masas urbanas, salvo en la minería boliviana del estaño; en Las Pampas, el imperialismo ha tomado el control de las exportaciones, de la industria frigorífica y en sectores claves de la industria (como en otras naciones latinoamericanas). Es más difícil hacer la alianza entre la ciudad y el campo en la cordillera andina y en la agricultura pampeana que en Centroamérica; pero es que el imperialismo yanqui no llega en Sudamérica hasta el campo como la United Fruit Company o la South Puerto Rico Sugar, en Centroamérica y El Caribe. Ante el militarismo, los países sudamericanos pueden hacer el frente unido democrático del campo y la ciudad contra sus dictaduras militares: más opresivas, si cabe, ahora en Sudamérica que en Centroamérica, lo cual deja un margen de irritación política, para crear un frente de liberación: entre la burguesía democrática, las clases medias (económicamente débiles), los campesinos, la clase obrera y un gran sector de los funcionarios (sumergidos económicamente por la inflación, por la crisis del costo de la vida).

El análisis de clases latinoamericanas indica que hay que ir a la Revolución con un frente democrático unido: el proletariado industrial debe ocupar el centro de gravedad de la alianza, pero reforzado con los campesinos y las clases

medias proletarizadas. Incluso no estaría demás que una parte de la burguesía industrial (la no consorciada con el imperialismo económico) forme en el frente de liberación nacional: por la defensa del mercado interno y de la independencia económica nacional, sin interferencias del imperialismo de Wall Street y del Fondo Monetario Internacional, que imponen un "desarme arancelario", o un sistema de "inversiones de capital extranjero", para destruir con ello a la pequeña y mediana industria autóctona. Política y estratégicamente, una Revolución Latinoamericana estaría madura haciéndola con tres clases y media: (obreros, campesinos, clase media económicamente débil y burguesía pequeña y mediana); con esta coalición popular contra el imperialismo, las oligarquías y el despotismo, la lucha sería menos cruenta, de menos años de guerra; aunque interviniera el imperialismo del dólar en la América Latina, al lado de las oligarquías nativas.

ECONOMIA, SOCIOLOGIA Y ESTRATEGIA

Cuando la masa mayoritaria de la población no está representada por los campesinos (80 % en la China pre-revolucionaria y 70 % en Indochina), aplicar, sin un análisis global de guerra revolucionaria, las tesis de Mao Tsé Tung o del general Giap, puede inducir a cometer errores estratégicos fundamentales, en países con predominio de población urbana, de cultivos industriales en la agricultura, donde el campesino es obrero, como los peones empleados por la United Fruit Company, en Centroamérica.

En un país en que la masa asalariada constituye la mayoría de la población, donde la crisis de trabajo deje muchos millares de obreros desocupados en las urbes, donde haya miles de estudiantes, donde los empleados y los obreros sufren la crisis del costo de la vida, llevar la guerrilla al campo, (en vez de emplearla en la ciudad, para producir con una minoría armada el alzamiento revolucionario de la población), es no tener noción del arte de la guerra revolucionaria al preferir, en tales casos, la montaña y no la ciudad. Entre el terreno favorable y la población favorable, la estrategia de la guerra revolucionaria indica que hay que decidirse por lo segundo y no por lo primero.

La teoría del "foco insurreccional", siempre comenzando por la montaña y no por las ciudades populosas, cuando

se trate de países con dos o tres ciudades con el 50 % de la población total, es entregar así la vanguardia armada al ejército represivo que, empleando unidades de helicópteros, puede mover, en tiempo y espacio, masas armadas superiores a la guerrilla de montaña, sin buena defensa y camuflaje (en superficie) entre los árboles. Ello no sucede en las ciudades, donde el helicóptero es un arma nula, ya que el guerrillero urbano circula entre la población como el pez por el agua. Las tesis de Regis Debray, en "Revolución en la Revolución", son muy aventuradas estratégicamente; no tienen en cuenta que el capitalismo es el régimen dominante, y que su contenido y forma se hallan en la ciudad; para vencerlo revolucionariamente hay que atacarlo en su corazón, no en su periferia; si bien el ideal estratégico, en una guerra revolucionaria, es combinar la guerrilla urbana y la guerrilla de montaña; pero comenzando siempre por la que dé más población favorable, más prestigio político con la acción directa insurreccional.

F. ENGELS Y LAS GUERRAS CAMPESINAS

Durante la Edad Media, las revoluciones, más bien rebeliones, eran predominantemente campesinas, ya que las dos clases más poderosas en presencia, opuestas entre sí, eran los siervos y los señores, formando así los dos polos antagónicos de la contradicción política principal. Las otras clases, el proletariado y la burguesía urbana, eran clases subordinadas, bajo forma de maestros, oficiales y aprendices, de las cuales saldría después el proletariado moderno y la gran burguesía (industrial, mercantil y financiera) de la sociedad capitalista, luego de la Revolución Inglesa de 1648, de la Revolución Francesa de 1789-93 y del Movimiento revolucionario de 1848, que afectó a casi todas las naciones de Europa, poniendo fin a la sociedad feudal.

En la Edad Media, a partir del siglo X, se comenzó a separar la ciudad del campo, naciendo así pequeñas villas artesanales y mercantiles; es tanto como decir que el capitalismo, lentamente, comenzaba a emerger por los poros de la sociedad feudal. Las ciudades medievales crearon su milicia urbana, no para hacer una revolución, sino para defender el derecho de las ciudades frente a los castillos feudales, que querían condicionarlas o someterlas a su vasallaje. Descubierta la pólvora y las armas de fuego, que

se fabricaban en las ciudades, la cota de malla del guerrero feudal, las puertas de los castillos, los muros y las almenas de los feudos, ya no resistirían a las balas de fusil y de cañón. Las revoluciones burguesas fueron consecuencia de adelantos técnicos, que dieron el poder a la burguesía sobre la aristocracia y el clero.

En nuestra época, hay ciudades, con enormes suburbios, que tienen más de 15 millones de habitantes, como Nueva York, Tokio; otras ciudades, como París, Londres, Buenos Aires, México y Sao Paulo, oscilan entre 5 y 10 millones de habitantes; se trata, pues, de ciudades-naciones, donde por su masa grande de población y su gran extensión parcelaria se pueden hacer, dentro de un vasto laberinto de calles, las más brillantes operaciones de guerra revolucionaria, con más facilidad, eficacia e impunidad que en montañas y bosques, sin sufrir el guerrillero tanta escasez de alimentos, calzado, municiones, ropas y armas.

Con predominio de la clase de los siervos y de los señores, de la población rural sobre la urbana, es explicable que las rebeliones medievales fueran rurales y no ciudadanas, hasta que se constituyó históricamente la burguesía y el proletariado industrial, en las villas mercantiles e industriales del Renacimiento y la Reforma.

Los movimientos de los **valdenses** y de los **albigenses**, en el siglo XII, eran de carácter cristiano reformista: no tenían una visión política de la toma del Poder, ni mucho menos querían sustituir el feudalismo por el capitalismo o el socialismo. La sublevación de los **Pastoreaux** (1320), la **conjuración de Etiene Marcel y la "Jacquerie"** (1358), la **revuelta de los Wat-Tyler** (1381), la **guerra de los hussitas** (1418), las **guerras campesinas alemanas de Suabia y Franconia** (1519/25), el levantamiento de los **Comuneros de Castilla** (XVI), las **guerras campesinas de Pougatcheff y de Stenka Razin** en Rusia, no consiguieron transformarse en movimientos triunfantes de liberación, ya que se trataba de rebeliones, sin visión clara de la economía, la política, la estrategia y la historia. La Revolución, como la entendemos, por su forma y contenido, es un fenómeno histórico de la sociedad capitalista. Por tanto, si los movimientos insurreccionales campesinos no han triunfado (cuando eran las naciones que los experimentaron 70 ó al 80 % de base demográfica campesina), es natural que una guerrilla moderna (que se emplee, solamente en campos y montañas, cuando

la base de nuestra civilización es la economía urbana), constituye un contrasentido político, social y estratégico.

Federico Engels, que estudió durante años el arte de la guerra, escribió un libro notable: "Las guerras campesinas en Alemania" (que transcurrieron entre 1518 y 1525, principalmente en las regiones de Suabia y Franconia). Los campesinos sublevados, haciendo gala de un cristianismo socialista, se propusieron: "la supresión de la dominación feudal, la destrucción de todos los castillos y conventos". Haciendo bola de nieve, las sublevaciones campesinas se generalizaron; pero los campesinos al no superar su particularismo aldeano, no formaban así un poderoso ejército para decidir a su favor la batalla, frente a las fuerzas de La Liga de Suabia (que estratégicamente, agrupaban a los príncipes, la nobleza y las ciudades imperiales), dentro de la Reforma religiosa moderada, burguesa y aristocrática.

Con el cristianismo plebeyo reformado, estaba el pueblo que quería una Revolución Social. Según Engels, el 30 de setiembre de 1524, el líder campesino Juan Müller, al frente de 3.500 hombres, atravesó la Selva Negra; cerca de Eratigen se encontró con 1.700 soldados de la nobleza; no se decidió a dar batalla aprovechando así una correlación de fuerzas que le era favorable. La nobleza, más ducha en estrategia, ofreció a los campesinos una tregua, sobre la base de un acuerdo en que se moderaban los impuestos feudales; se suprimían los servicios personales y privilegios señoriales; es decir, se consentía una reforma, para evitar una revolución campesina.

No siendo revolucionarios sino más bien reformistas, los campesinos volvieron a sus aldeas; se dispersaron, como los Wat-Tyler, en el siglo XIV, lo cual fue aprovechado por la nobleza feudal para batirlos por separado, haciendo con ellos una carnicería, cuando estuvieron dispersados.

Posteriormente, en febrero de 1525, los campesinos volvieron a la lucha: cruzaron, nuevamente,' la Selva Negra y el Hegan, poniendo sitio a la ciudad de Stuttgart; pero fracasaron en el asalto de la misma, ya que, políticamente, los campesinos no habían hecho una alianza con la plebe y la burguesía urbanas, para separarlas de la aristocracia. En la guerra revolucionaria, la estrategia siempre es otra forma de la política, pero por medio de la acción directa, más que con discursos parlamentarios o intrigas de cancillerías.

El 9 de febrero, los campesinos insurreccionados del Ried se acantonaron cerca de Baltrigen, al borde de unos terrenos pantanosos, reuniendo una fuerza de combate de 10 a 12.000 hombres, mandados por Ulrico Schmid. Las ciudades de Memmingen Kaufbeuren se unieron, en cierto modo, con los rebeldes, suscribiendo un programa: "los doce artículos de Memmingen".

A orillas del Lago de Constanza, se formó otro destacamento campesino rebelde, con cuartel general en Bermatigen. En el Bajo Allgäu, se constituyó otro destacamento campesino, integrado por unos 7.000 hombres. "Todos los campesinos de la región, de Ulm y Donauwörth, de los valles de Iller, Roth y Biber, se congregaron en Leipheim, donde establecieron sus campamentos. De 15 pueblos habían venido todos los hombres capaces de llevar armas, otros 117 habían enviado fuertes contingentes. El jefe del destacamento de Leipheim, era Ulrico Schön; y actuaba como predicador, el cura de Leipheim, Jacobo Wehe. A primeros del mes de marzo, había, en los seis campamentos, de 30 a 40.000 campesinos armados procedentes de la alta Suabia" (1).

Esta enorme fuerza, sin ser empleada militarmente, se desperdigaba: la mayor parte de los campesinos volvían a sus aldeas. El movimiento campesino no tenía una idea clara de cómo sustituir al feudalismo. Por consiguiente, como la política no era clara, la guerra campesina era defensiva o más bien una manifestación de protesta contra el régimen vigente; pero sin atreverse a derrocarlo e implantar otro nuevo, más de acuerdo con las leyes históricas y la lógica de los hechos. Pero los campesinos ¿qué podían saber en materia de sustituir un sistema de producción por otro, si su horizonte intelectual era tan limitado como el espacio de sus aldeas? **Una Revolución es un acto coordinado de centros urbanos yendo a su periferia: el campo, como aliado; es decir, el campesino unido al ciudadano sublevado; en 1789/93, contra la nobleza y el clero; en nuestra época, contra la oligarquía y la burguesía.**

Durante las guerras campesinas alemanas, los campesinos pedían, entre otras cosas, las siguientes: libre elección y destitución de los curas; supresión del pequeño diezmo y utilización del gran diezmo para fines públicos, luego de pagar sus haberes a los sacerdotes; restricción de los ser-

(1) F. Engels, Las guerras campesinas en Alemania, cap. V.

vicios personales, tributos e hipotecas; devolución de los montes comunales y particulares ocupados ilegalmente por señores; cese de las injusticias de la administración; en suma, los campesinos eran moderados, más que revolucionarios. Así, pues ,hacían una guerra de presión política, más que de ofensiva de clase contra clase, para crear un nuevo régimen.

En Franconia, durante los primeros días de abril estalló una insurrección general de los campesinos, en seis centros de la región Cerca de Nördlingen, los insurrectos constituyeron campamentos; con la ayuda de la población de esta ciudad triunfaron, siendo nombrado alcalde de ella, el jefe revolucionario Antonio Forner. También en los territorios de Anspach, los aldeanos se sublevaron, entre el 1 y el 7 de abril.

El 22 de marzo, en la región en Rottenburg los campesinos se levantaron contra los señores; en la ciudad de Rottemburg, burgueses y plebeyos, acaudillados por Esteban de Menzingen, derribaron el gobierno; pero la alianza del campo y la ciudad era muy frágil, no formando así un frente de clases verdaderamente arrollador, revolucionario.

Las pequeñas ciudades y los pobladores rurales del obispado de Wizburgo, se sublevaron, así como en el obispado de Bamberg; en el norte de Turingia, los campesinos sublevados formaron el gran campamento de Bildhausen. En el valle del Tauber, se concentraron muchos campesinos insurrectos. Jorge Metzler asumió el mando el 4 de abril, quien marchó con su tropa hacia el monasterio de Schöntal, donde se le unieron rebeldes del Neckar, bajo el mando del tabernero Jäckelin Rohrbach; ambas columnas contaban con efectivos de 8.000 hombres, que disponían de cañones y de unas 3.000 carabinas. Esta tropa disponía de una guerrilla operacional denominada "cuadrilla negra", a las órdenes de Florián Geyer, un caballero de Franconia.

El conde Luis de Helfenstein, gobernador de Neckarsulm, enviado por el gobierno de Wurtenberg, inició la lucha anti-campesina con formaciones militares profesionales. Todos los campesinos que cayeron en sus manos, fueron fusilados. Pero Florián Geyer asaltó Weinsberg, donde el conde se había hecho fuerte; su posición fue tomada al asalto tras larga lucha, por la "cuadrilla negra", como fuerza de choque. El conde, y parte de sus vasallos. fueron pasados por las armas.

A pesar de este éxito militar de Florián Geyer, fue nombrado jefe de los campesinos, Götz de Berlichingen, personaje ambivalente entre la burguesía y la nobleza, el cual creían los campesinos podría negociar con los señores. Ante esta política militar vacilante, Florián Geyer se separó del ejército campesino; su "cuadrilla negra" recorrió la región asaltando castillos, como una fuerza independiente del grueso.

Las fuerzas campesinas de Götz, sin el apoyo guerrillero de Geyer, serían, en lo futuro, destruídas por generales profesionales como Truchsses, el gran azote de los campesinos alemanes.

La ciudad de Heilbroun, importante villa libre de la Hansa, abrió sus puertas a los campesinos de J. Metzler y Jácklein Rohrbach; les pagó 1.200 florines y puso a sus órdenes una compañía de voluntarios. El ejército campesino dejó pequeños destacamentos en esta ciudad; pero la falta de una política coherente, de unidad del campo y la ciudad contra los nobles y el clero, alejó la burguesía de Heilbroun de las fuerzas campesinas, colaborando, posteriormente, a la entrada de las tropas monárquicas en la ciudad. Una Revolución no es sólo una revuelta, sino una alianza de clases oprimidas contra las clases opresoras, para la realización de un programa, de objetivos comunes, que cree, en sustancia, un nuevo modo de producción, una sociedad diferente; algo que los campesinos, con sus limitados horizontes políticos —según Engels—, no podían entender, realizar ni programar, para vencer, política y militarmente, al clero y los señores.

Desde abril la mayo de 1525 los campesinos eran dueños de la región de Franconia: asolaron castillos, conventos y fuerzas de la nobleza. Envanecidos por sus éxitos militares, se volvían a sus casas cuando querían, dejando el frente abandonado, para que se reorganizara el enemigo. Por otra parte, los campesinos no hacían nada serio políticamente para ganar la plebe y la burguesía de las ciudades.

Estratégicamente, la guerra campesina estaba perdida aunque obtuviera éxitos tácticos, ya que "el particularismo de los pequeños Estados de Alemania no permitía una acción concertada de los revolucionarios, que pertenecían a diferentes Estados" (1). Este mismo problema se crea, en mayor escala, frente al imperialismo yanqui, en los países latinoamericanos, donde nunca sus masas populares coinciden

(1) F. Engels, Las guerras campesinas en Alemania, cap. V.

contra los "marines", pudiendo así ser batidas por separado, con lo cual el Pentágono tiene la posibilidad —en el peor de las casos— de conseguir treguas, armisticios, etc., como Truchsses con los campesinos alemanes: batidos por él, uno a uno, por separado.

Los campesinos alemanes sublevados tenían ganada la guerra, pero no sabían organizar la paz, la economía, la administración, el frente político de liberación, para aislar del pueblo a la nobleza, el clero y la alta burguesía. Los campesinos vencían, pero no convencían: ahí residía el fallo político de su estrategia y táctica, que más perdía que ganaba población urbana.

En esas condiciones, un general brillante como Truchsess inició la contraofensiva. En Ulm recibió refuerzos de la Liga de Suabia, estimadas en unos 10.000 hombres, de los cuales unos 7.000 de infantería. Con esta tropa profesional atacó el 4 de abril a las columnas campesinas, de Jacobo Wehe, Ulrico Schön y otros, apoyado por caballería y artillería, lo cual le daba mucha superioridad de fuego. Deshizo a esas tropas campesinas, tomando prisioneros a sus caudillos, a quienes decapitó. El destacamento campesino de Baltrigen, se libró de la derrota, días antes, pues se refugió en las montañas, haciendo la guerra de guerrillas: en terreno donde la artillería y la caballería de Truchsess no eran operacionales. Pero cuando Baltrigen volvió al llano, Truchsess lo venció separadamente, en varios combates, incluso valiéndose de acuerdos y armisticios con esas fuerzas campesinas, para eludir la gran batalla, cuando no le era favorable entablarla. Las cuatro columnas de Baltrigen eran superiores en número a las fuerzas de Truchsess, pero cometieron el error estratégico de negociar treguas con él cuando lo podían haber vencido totalmente. Ello evidencia que los campesinos buscaban acuerdos con los señores, pero no sustituirlos revolucionariamente por otro régimen económico, político, social y jurídico que el feudalismo.

Frente a la ciudad de Botlingen, Truchsess encontró a los campesinos en una posición más fuerte que la suya; negoció con ellos un armisticio; pero cuando estaban más desprevenidos los atacó sorpresivamente, el 12 de mayo de 1525. La ciudad de Botlingen cayó en manos de Truchsess, con la colaboración de los burgueses. Lograba así una victoria más política que militar, al romper con ella la unidad

de campo y ciudad contra la aristocracia y el clero. Los campesinos fueron totalmente derrotados. Jäcklein Rohrbach fue hecho prisionero; atado a un palo y luego quemado vivo por orden de Truchsess.

"La noticia de la derrota de Botlingen —dice Engels— llenó de terror a los insurgentes. Las ciudades libres, que habían caído en las duras manos de los campesinos, respiraron por primera vez. Heilbroun dio el primer paso hacia la reconciliación con La Liga de Suabia" (1). Es natural que los campesinos no pudieran triunfar, ya que no asimilaban la cultura de las ciudades, opuesta a su modo de vida. Un programa urbano-campesino por la creación de un mercado grande; unificar las pesos y medidas; sanear la administración; expropiar las tierras señoriales; crear una moneda nacional; abolir las fronteras feudales, etc., etc.; hubiera creado bases políticas para un triunfo del pueblo en la ciudad y el campo, contra los señores, el clero y las burguesías corrompidas del siglo XVI.

Así terminaron las guerras campesinas alemanas del siglo XVI: los campesinos, con varias veces más fuerzas que Truchsess, perdieron la guerra, debido a que nunca tenían sus fuerzas reunidas en un punto, para ser superiores, en fuego y número, a su adversario. En estrategia, tropa que no interviene en la batalla es como si no existiera militarmente. Uno de los principios básicos del arte de la guerra consiste en vivir separados y combatir juntos, sobre todo, en la guerra revolucionaria. La separación o tabicación de las fuerzas campesinas alemanas frente a Truchsess, le dieron la victoria, ya que pudo así batir por separado a un enemigo varias veces superior a él. Esta misma situación se presenta en América Latina: si un país es invadido por el imperialismo (llevando como "lasquenetes" a los ejércitos cipayos) y si en los países latinoamericanos nadie hace nada para evitarlo (Santo Domingo, en 1965), será ocupado, militar o políticamente, por los yanquis. Hasta Cuba peligra de ser recuperada por el imperialismo, siempre que el resto de las provincias latinoamericanas se manifiesten indiferentes, caso de una agresión, directa o indirecta, del imperialismo contra Fidel Castro.

A fin de limitar la esfera estratégica de la guerrilla rural, de apreciar debidamente el papel de las ciudades en la Revolución, es necesario leer "Las guerras campesinas de

(1) F. Engels, Obr. cit., cap. V.

Alemania", de Federico Engels: un libro que pocos marxistas guerrilleros han estudiado, que todavía tiene vigencia estratégica, sobre todo en el Occidente, en que la Revolución será urbana y rural, paralelamente.

Las guerras campesinas alemanas del siglo XVI son un libro abierto de estrategia revolucionaria, que tendría plena vigencia en América Latina para el siglo XX, ya que si el particularismo de cada país latinoamericano hace que los "marines" y los cipayos (que les siguen), triunfen en Santo Domingo, en 1965, sería tanto como volver a la táctica inoperacional de los campesinos alemanes contra Truchsess. En nuestro caso, y en el siglo XX, el puesto represivo de este general, azote de los campesinos alemanes, lo ocuparía el Pentágono, o algún general cipayo latinoamericano.

De las guerras campesinas alemanas, ligadas al movimiento del "Pobre Conrado", Tomás Münzer, Jacobo Wehe, Rohrbach, Geyer y otros caudillos, quedó una gran epopeya, como la de otros caudillos campesinos en otros países. Tomás Münzer quedará en la historia como el socialista cristiano, el verdadero revolucionario de la Reforma; su prédica no se había liberado de la religión, no siendo capaz así de hacer una revolución social, sin alienaciones ni contradicciones religiosas en el espíritu.

Münzer denunció a Lutero, como la "carne plácida de Wittenberg", como el reformador religioso al servicio de los príncipes, mientras que Münzer hacía la Reforma religiosa como revolución social para el pueblo.

"Una muralla de hierro —dice Münzer— está levantada entre los reyes, príncipes, curas y el pueblo. Que vayan a pelear aquéllos, la victoria milagrosa será el ocaso de los tiranos impíos y brutales". Lutero trataba de quitar presión revolucionaria a la Reforma, con beatería y lecturas bíblicas, en tanto que Münzer se preocupaba por distribuir la tierra; hacer una reforma religiosa con una revolución social; repartir los bienes eclesiásticos entre la comunidad cristiana; y transformar la feudal y decrépita monarquía alemana en una república, una e indivisible, frente a las casas reinantes, que eternizaban el feudalismo económico y administrativo.

Como un nuevo Espartaco, Tomás Münzer se mantuvo revolucionariamente en la ciudad de Mulhaucen, entre el 17 de marzo y el 12 de mayo de 1525. La ciudad fue tomada al asalto por la soldadesca de los príncipes, que hicieron

prisionera a la mujer de Münzer, siendo violada en presencia de todo el ejército. Al levantarla había muerto, entre tanta sevicia. Posteriormente, Münzer, hecho prisionero también, fue decapitado. Así terminaba uno de los movimientos más revolucionarios de Alemania. Pudieron vencer los campesinos, pero no tuvieron, como hemos indicado, una estrategia, una táctica y una política de unidad de la ciudad y el campo. No fueron capaces de superar su particularismo, su aldea y su familia, para concentrar todas sus fuerzas contra el enemigo, en vez de ofrecérselas —una a una— por separado, en cada distrito o región. Este grave error estratégico y político, produjo la derrota de Münzer y sus compañeros.

En América Latina, el particularismo nacional pudiera ser estratégicamente tan negativo, frente a los ejércitos cipayos y a los "marines", como, en Alemania, en el siglo XVI, durante la insurrección de los campesinos alemanes. Que la historia sirva de ejemplo a los latinoamericanos, para no cometer la equivocación estratégica de comenzar una guerra revolucionaria por el campo, cuando su epicentro político pudiera estar en la ciudad; pues nuestra civilización es capitalista, urbana; la victoria en la ciudad, exige, estratégicamente, que la guerra vaya también al campo, para que sea "guerra en superficie" no de línea; así los más poderosos ejércitos regulares serán derrotados por el pueblo en armas: atacando en todas partes, sin tener frente fijo en ninguna de ellas, al comenzar una guerra del pueblo en armas.

CAPITULO VI

LOS ESTUDIANTES Y LA REVOLUCION LATINOAMERICANA

DINAMICA DE LA GUERRILLA URBANA

Las juventudes estudiantiles se han constituído en la vanguardia popular insurreccional: el mundo vibra, de Este a Oeste, al clamor de las manifestaciones estudiantiles. Soekarno y Novotny, dos dictadores perpetuos, cayeron al conjuro airado de los gritos y consignas de los estudiantes. En Francia, durante la "Revolución de Mayo de 1968", el estudiantado tomó la dirección del movimiento de masas, produciendo, en el momento cumbre de la huelga revolucionaria, un paro de millones de obreros. La Revolución estuvo a un paso, no más, de no haber sido un freno contra ella el Partido Comunista Francés y la Confederación General del Trabajo (de tendencia comunista).

Coincidiendo con la "revolución estudiantil de mayo de 1968", se produjeron batallas campales, entre estudiantes y policías, en las principales capitales del mundo: Dublin (15 de mayo); Milán, (16 de mayo); Essex (15 de mayo); Hamburgo (21 de mayo); Nueva York, en Columbia University (22 de mayo); Berlín (24 de mayo); Frankfurt (24 de mayo); Santiago de Chile (26 de mayo); Florencia (16 de mayo); Milán (27 de mayo); Estocolmo (27 de mayo); Roma (31 de mayo); Colonia (30 de mayo); Roma (3 de junio); Belgrado (3 de junio, habiendo obtenido los estudiantes la cogestión de la Universidad); Polonia, ruidosas manifestaciones estudiantiles, en demanda de libertades democráticas, en 1968; España, igualmente los estudiantes exigen libertades, cogestión de la Universidad, sindicato universitario democrático, en una lucha constante, agravada durante el año 1968; en Argentina, durante junio de 1968, los estudiantes de Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Tucumán y

otras ciudades, protestaron contra la dictadura del general Onganía, habiendo estallado, en la ocasión, varias bombas y petardos; en México, también en 1968, estudiantes y policías se trenzaron en batallas, cuerpo a cuerpo, sobre el asfalto, habiendo resultado muertos muchos estudiantes; en Río de Janeiro, como en Buenos Aires, los estudiantes protestaron, en 1968, contra la dictadura militar de Costa y Silva, habiendo tenido varios muertos la vanguardia democrática estudiantil; en Egipto, durante noviembre de 1968, unos 15 estudiantes resultaron muertos: protestaban contra la falta de libertades en Egipto.

Por todas partes, el estudiantado está en la calle, con más vigor revolucionario que los obreros: el comunismo reformista (que los dirige sindicalmente) y el capitalismo de monopolio (que los ha convertido en pasivos consumidores), han convertido a la clase obrera, transitoriamente, en una especie de masa conformista, menos violenta que los estudiantes: la mayor parte de ellos hijos de la burguesía y de las clases medias profesionales, industriales y mercantiles.

El día 11 de junio de 1968, en París, los estudiantes revolucionarios, anarquistas, troskistas, maoistas y castro-guevaristas (dejados solos, ante la policía por los comunistas, los socialistas aburguesados y los demo-cristianos sindicalistas) libraron, no obstante, una gran batalla de guerra urbana contra las fuerzas policiales de asalto. El 10 de junio la batalla urbana había sido muy intensa: los estudiantes levantaron muchas barricadas, para defender el espacio del Barrio Latino; arrojaban piedras y botellas incendiarias desde los tejados (teniendo una aviación rudimentaria de bombardeo); pero su defensa en frente fijo (sin guerrilla operacional urbana, lejos del Barrio Latino, para obligar a dispersarse al enemigo), los obligaba a ceder, lentamente, el terreno tras las barricadas. El día 11 de junio luego de una jornada tumultosa, digna de la toma de la Bastilla en 1789, los estudiantes habían jaqueado a la policía de asalto. El balance de la lucha fue el siguiente: 1.500 detenciones, 75 coches incendiados, 72 barricadas levantadas (en torno a un espacio estratégico bastante grande), 5 comisarías asaltadas, 72 guardias móviles heridos y 300 incendios en la zona de batalla.

Pasada la huelga general obrera (que terminó con los acuerdos de Grenelle, celebrados a finales de marzo, entre

el gobierno y los reformistas sindicales), los estudiantes no podían ya llevar la lucha solos, en la batalla de frente fijo y de líneas regulares: pues su potencia de fuego era muy débil frente a las compañías de la policía de asalto. Un combate de líneas regulares es propio de la inmediatidad de la toma del Poder; pero no del período de la guerrilla urbana móvil, cuya misión es poner en marcha a la población, para desencadenar el proceso general insurreccional en todo un país, y no solo en una ciudad.

La táctica de líneas compactas, con gran profundidad de masa humana, impide los movimientos de la guerrilla urbana: se presta a que un enemigo, apoyado por tanques, artillería, aviones y helicópteros, destruya una insurrección popular, en tropel de masa, sin nociones elementales de estrategia.

Las gruesas barriadas (sin apoyo guerrillero urbano, en forma de destacamentos volantes por toda una ciudad), son magníficos objetivos para bazookas, cañones sin retroceso y morteros, lanzando cargas huecas de alto poder explosivo: capaces de volar, de una sola vez, una poderosa barricada. Una insurrección, que lo fíe todo a la defensa estática en barricadas, no tiene noción de la estrategia ni de la táctica de la revolución urbana guerrillera.

El 26 de junio de 1848, cuando los obreros de París se insurreccionaron, fueron batidos por las tropas del general Cavegnac (incluso en los barrios obreros) con artillería, caballería e infantería: combinadas contra las barricadas. En el suburbio de St. Antoine y la Plaza de la Bastilla, los obreros habían levantado una red tupida y poderosa de barricadas; incluso las casas tenían abiertas las medianeras para pasar de unas a otras, haciendo guerrilla contra el enemigo, eludiendo así el choque frontal en las barricadas. Sin embargo, el general Cavegnac triunfó sobre el pueblo trabajador, que, en la ocasión, no contaba con la alianza de la pequeña burguesía y de los campesinos. Sólo con una amplia alianza democrática (cuando las tropas vacilan en reprimir al pueblo insurreccionado), se triunfa inmediatamente, como en Petrogrado (1917); entonces no es necesario hacer la guerrilla urbana, sino tomar el Poder de un solo golpe insurreccional con masas compactas en la calle, barricadas, asalto de cuarteles, arsenales y comisarías, etc.

Los estudiantes —si quieren ser vanguardia de la Revolución— tienen que pasar a formas estratégicas de gue-

rra revolucionaria: su acción nunca debe ser defensiva, estática tras las barricadas, confinada a un barrio o a unas cuadras de los edificios universitarios. Este planteo insurreccional es muy primitivo, antiestratégico e impolítico: siempre se pierde quedándose de objetivo militar fijo o confinado a unas calles; se es así aplastado o dispersado por la policía y el ejército.

La revolución tras la barricada, romántica y poco estratégica, únicamente podría ser efectiva para la toma del Poder, cuando el 80 ó el 90 % de la población de una ciudad simpatice con la causa popular insurreccional; pero conduce a la derrota cuando se trate de un movimiento estudiantil aislado de los obreros y los campesinos: como sucede en casi todos los países de América Latina, donde no se dio el mismo frente de masas insurreccionadas que en Francia, durante la "Revolución de Mayo de 1968".

En las grandes revoluciones sociales siempre triunfa el ataque móvil, guerrillero, operacional, sorpresivo, a manera de bandadas de gorriones sobre varios objetivos a la vez, para clavar al enemigo en sus cuarteles, como sucedió en España (1936), en que el pueblo siempre llevaba la iniciativa en las operaciones. En la Comuna de París en 1871, el pueblo triunfó rápidamente, por el asalto de arsenales y cuarteles; pero ante la pasividad de un ejército sin moral vencido en Sedán por las tropas prusianas; situación muy similar a la de Petrogrado (1917), luego de ser derrotados los ejércitos zaristas en Prusia oriental. Toda guerra perdida suele dar una revolución ganada, cuando hay revolucionarios, decididos e inteligentes, que son capaces de transformar la guerra burguesa en guerra civil, como Lenin lo hiciera, en 1917.

Sobre la guerra en las barricadas, dice "Engels: "...como ocurrió en toda la gran revolución francesa, así como el 4 de setiembre y el 31 de octubre de 1870 en París, (hay que) preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de las barricadas" (1). "Por eso no hay que maravillarse de que hasta las luchas de barricadas libradas con heroismo —las de París en junio de 1848, las de Viena en octubre del mismo año y las de Desden en mayo de 1849—, terminasen con la derrota de la insurrección, tan pronto como los jefes (milita-

(1) F. Engels, Introducción a la "Lucha de Clases en Francia por Carlos Marx". Trabajo inserto el 6 de marzo de 1895, en "Die Neue Zeit".

res) atacantes, a quienes no frenaba ningún miramiento político, obraron ateniéndose a puntos de vista puramente militares y los soldados les permanecieron fieles" (2).

En la revolución urbana, hay poco margen de equivocación estratégica y táctica: pues ello se paga con una derrota, de la cual se repone, difícilmente, el pueblo insurreccionado. La guerra revolucionaria es una ciencia y un arte: hay que saber hacerla para cosechar más victorias que derrotas; para no dejarlo todo a la improvisación, a la espontaneidad del pueblo, que si bien es la causa detonante de todas las revoluciones, no las consolida luego por falta de conocimientos estratégicos, económicos y políticos, en las masas populares insurreccionadas de todos los tiempos.

En las grandes ciudades de la era atómica, inmensos bosques de cemento con vastos laberintos de calles, hay que hacer la guerra revolucionaria móvil con muchos y pequeños grupos de acción, cuya finalidad es predicar con el ejemplo; y siempre en defensa de la gran mayoría de las poblaciones, para ir ganando el apoyo popular, ya que la guerra es un medio para hacer la política. En tal caso, se ganará la gran mayoría del pueblo luchando contra dictaduras, invasiones extranjeras, crisis económicas, lucha por la tierra para el que la trabaja, etc.

Los pretorianos ponen la política al servicio de las armas; los revolucionarios antimilitaristas deben poner las armas al servicio del pueblo, de la libertad, del derecho de huelga, de la constitución pisoteada, de la dignidad humana, etc., etc. Para ganar, en tales situaciones, lo único que hace falta es DURAR como ejército de liberación popular, esperando luego a sacudir el árbol que tiene el fruto podrido; es decir, a terminar con la dictadura pretoriana, cuando el pueblo se haya puesto en movimiento, gracias a la guerrilla urbana y campesina, combinadas.

En la ciudad, no hay que cometer la equivocación de volver a la táctica lineal de Malborough, Eugenio de Saboya y Federico II de Alemania, que estuviera en boga durante los siglos XVII y XVIII. La historia no se repite: se sucede, por estar sometida a la ley dialéctica del devenir de lo humano. En consecuencia, no hay que defenderse tras gruesas barricadas, ni con formaciones lineales frente a masas de ejército y policía: es más estratégico operar con una guerrilla urbana muy móvil, que dispersa al enemigo en todos

(2) F. Engels, obra citada.

los puntos de una ciudad, llamándolo sucesivamente, desde muchos barrios a la vez, para que en la dispersión del adversario esté su perdición estratégica.

Para hacer la política popular por medio de la acción, cuando lo impide una dictadura pretoriana, la mejor forma es recurrir a la guerrilla urbana, que descomponga el aparato político de la tiranía, contestando a la violencia con la violencia. Pero para poder durar frente al despotismo, con una pequeña minoría armada, hay que tener una clandestinidad coherente, apoyada en los barrios de población favorable, donde la policía y el ejército serán desinformados, batidos desde todas partes. No obstante, será necesario situar una parte de la guerrilla urbana en barrios burgueses o pequeño burgueses; pero a condición de no vivir juntos los guerrilleros, sino separados. **El principio estratégico básico para tal guerrilla deberá ser: vivir separados y combatir juntos, a fin de eludir la represión policial. Nunca la guerrilla urbana debe salir del suburbio muy nutrido de casas y mucho menos permanecer durante meses en una casa fuera de la ciudad, donde es fácilmente identificable; el guerrillero urbano tendrá que estar entre la población ciudadana favorable como pez en el agua, si no quiere exponerse a ser detenido, tarde o temprano, por la policía.** Y para poder durar tiene que cambiar constantemente de domicilio, no fijándose jamás al terreno, la guerrilla urbana.

En una ciudad grande, donde hubiera 100 grupos guerrilleros de 5 personas, **viviendo separados y combatiendo juntos,** la policía ya no podría controlar la situación; tiene que ceder el terreno, particularmente de noche, en que ningún policía puede marchar separado o en unidades muy chicas, por zonas de población desfavorable. Si de noche la ciudad es del guerrillero y, en parte, lo sería de día para el policía, **a la larga gana la guerra el que dura más,** o sea, el guerrillero: si cuenta con el apoyo de la gran mayoría de la población, ansiosa por sacudirse el yugo de una dictadura represiva, sangrienta, entreguista, autocolonizante de un país oprimido.

Hay una ley estratégica que no debe quebrantar nunca un ejército guerrillero: la potencia de una unidad guerrillera combatiente es el producto de su densidad de fuego por su movilidad; ambos factores suelen ser inversamente proporcionales; avanza rápidamente una guerrilla con armamento liviano; es pesada la que carga mucho armamento;

pero, utilizando granadas, metralletas, escopetas con balines y alguna bazooka, una guerrilla tiene, al mismo tiempo, las ventajas de la infantería dotada de artillería.

LA REBELION DE LOS ESTUDIANTES

Luego de la rebelión de los estudiantes europeos, la explosión estudiantil gana las universidades, escuelas técnicas y liceos de América Latina, si bien Norteamérica no escapa a la "explosión del poder estudiantil", ya que en Nueva York cinco edificios de la Universidad de Columbia permanecieron ocupados por los alumnos durante una semana, en 1968.

En 1967 y 1968, las universidades de Alemania, Italia, Francia, España, Polonia, Checoslovaquia, Egipto, Etiopía, Túnez, Argel, Argentina, México, Indonesia, Uruguay, Estados Unidos y otros países, con sus millones de estudiantes, han salido a la arena política, para protestar contra el viejo orden burgués, o contra dictaduras de la burocracia, en países de capitalismo de Estado. En Polonia, Checoslovaquia y Egipto, los estudiantes enfrentan a las burocracias totalitarias.

Los estudiantes, cuando están en función del descontento general de la población, cuando arrastran a los obreros y a las clases medias proletarizadas, son capaces de constituirse en un poder revolucionario, que derroca gobiernos impopulares. La caída de Novotny (Checoslovaquia), y el derrocamiento del "dictador perpetuo" Soekarno (Indonesia), tuvieron como detonante político a los estudiantes. Las algaradas, las grandes manifestaciones, la ocupación de las Universidades, la "guerrilla sobre el asfalto", hacen temblar a Franco, Rumor, Nixon, Nasser, Costa y Silva, Onganía Boumediene, Díaz Ordaz, Frei, Barrientos, Suharto, etcétera.

Los comunistas revisionistas, seguidistas de la línea soviética, han dicho que los estudiantes no tienen clase, que son hijos de la burguesía y de la pequeña burguesía, y, por tanto, no pueden desempeñar un papel revolucionario. ¿Cómo explican, entonces, la rebelión de los estudiantes polacos y checos contra Novotny y Gomulka, en países dichos "socialistas"...?. Los estudiantes checos y polacos, si no son hijos de burgueses, sino de padres socialistas o comunistas, ¿contra quien se rebelan en Polonia y Checoslovaquia...? La verdad es que los estudiantes, conscientes del drama del mundo, no quieren ni a las burocracias totalitarias, en el

Este, ni a las plutocracias de los "trusts", en el Oeste. Los estudiantes comienzan a jugar su poder de masas en pro de un socialismo de autogestión y cogestión: libertario, no totalitario, tanto en Europa como en América Latina.

En la Argentina, cuando fue derrocado el presidente Illia, en 1966, siendo disueltos más de 200 partidos políticos, sólo los estudiantes y los profesores hicieron resistencia a la toma del Poder por los militares, que no tuvieron que desplegar sus fuerzas, sino simplemente avisar por teléfono, para que se fuera el presidente. El error de los comunistas argentinos era creer que echaban al presidente Illia del Poder, los militares; más bien se trataba de liquidar a los partidos de izquierda argentina, sin que nadie hiciera nada para salvar la "democracia representativa"...

Los dirigentes sindicales argentinos, que perciben del 1 al 2% del valor de los salarios como cuota sindical, que los patrones les depositan en bancos, no hicieron nada para evitar la dictadura militar; prefirieron seguir disfrutando de una módica tasa de plusvalía de los obreros, para no perder sus puestos burocráticos, comportándose como capitalistas con el disfraz de obreristas, siguiendo el hipócrita juego político de hablar a la izquierda y vivir a la derecha, tanto los dirigentes comunistas como los líderes sindicales peronistas, en su gran mayoría.

Los estudiantes, sin embargo, han seguido la lucha, sobre todo, en las Universidades de Córdoba y Tucumán, donde ha sido desafiado el gobierno pretoriano del general Onganía. Hace medio siglo nació en Córdoba la reforma universitaria: ahora se hace reforma social, política, económica, cultural, tecnológica y científica; pero los estudiantes, sin los obreros y campesinos, no pueden solos hacer la Revolución.

La dictadura militar en Brasil es desafiada por los estudiantes. En abril 1968, miles de estudiantes ganaron la calle, protestando contra un gobierno oligárquico y totalitario; unos 20.000 soldados, con orden de tirar a matar, les cerraban el paso. La guerra de calles, con una estrategia muy primitiva por parte de los estudiantes, dejaba cuatro muertos, por presentar filas compactas de manifestantes y no guerrilla móvil ante los blindados, la caballería y la infantería del ejército brasileño.

"¿Qué piden los estudiantes —preguntó Helder Cámara, el obispo rebelde de Recife—; pues piden más plazas de in-

greso en las universidades; piden profesores responsables; elogian a los capaces; denuncian a los incapaces".

En definitiva, piden profesores que les expliquen la crisis social, económica, política y cultural de América Latina. Pues los estudiantes no quieren irse de sus países, cuando obtienen un título académico, por falta de expansión económica, porque los latifundios detienen la industrialización en el campo y los monopolios de capital extranjero dominan la economía urbana (bajo el imperialismo del dólar). En este sentido, al protestar contra ese estado de cosas imperante, los estudiantes son vanguardia revolucionaria.

Los estudiantes —vasto proletariado— se dan cuenta de que el 1 % de los propietarios latinoamericanos controlan más del 50 % de la tierra, deteniendo con el latifundio el progreso económico y tecnológico con un régimen criollo propio de la baja edad media europea. Los estudiantes protestan contra el control económico yanqui de América Latina: más del 40 % del intercambio latinoamericano es monopolizado por Estados Unidos, así como las riquezas naturales, las fuentes de energía, los servicios públicos (en muchos sectores), las industrias claves, las finanzas, la política, la diplomacia y hasta la estrategia de los ejércitos cipayos: (instruídos en Panamá por los yanquis en la lucha contra-guerrilla).

El "poder estudiantil", carente de estrategia, busca en la lucha de calles, constituirse en la locomotora insurreccional de América Latina. En México, durante los meses de agosto y setiembre, 350.000 estudiantes, coléricos y desafiantes, emplazan al gobierno mexicano, que se ha aburguesado, dejando ya muy atrás la tradición revolucionaria de Pancho Villa, Emiliano Zapata y Cárdenas. La revolución agrarista mexicana de 1911 se ha aburguesado: los estudiantes la reivindican actualmente, pero de corte libertario, sin hipotecas financieras norteamericanas, sin burguesías nacionales y sin aristocracias terratenientes.

En los días de agosto de 1968, el ejército mexicano se lanzó contra los estudiantes en una verdadera batalla urbana tipo Viet-Nam (en Saigón). En Río de Janeiro (en abril de 1968), el Ejército (instruído en la contra-guerrilla de la escuela yanqui de Panamá), mataba implacablemente a los estudiantes, sacándolos hasta de las iglesias, donde se habían refugiado. Todo indicaría, políticamente, que en América Latina, están dadas las condiciones objetivas y subjeti-

vas, para una gran revolución social de dimensión continental, que sería el drama revolucionario de mayor dimensión histórica, en las próximas décadas. Esa revolución comenzaría contra las dictaduras militaristas y las oligarquías nativas; pero, finalmente, implicaría la intervención norteamericana, produciendo así una gran guerra entre las dos Américas: (la del Norte: plutocrática y la del Sur: plebeya). La contradicción dialéctica Norteamérica-Latinoamérica deberá constituir el drama de los finales del siglo XX, y los estudiantes deben demostrar con su práctica revolucionaria la solución revolucionaria de este conflicto histórico.

Un sector de la Iglesia católica se pronuncia por las reformas revolucionarias en América Latina. Seglares y bajo clero ocuparon, en 1968, la catedral de Santiago de Chile: pedían una Iglesia no demasiado confesional, no prodigadora de los sacramentos, no prometedora del cielo para los pobres y de la tierra para los ricos, a fin de que algo cambie radicalmente en América Latina. Entre los curas, había varios sacerdotes españoles. El cardenal-arzobispo de Santiago dijo: "como no tienen libertad en su país, estos curas españoles vienen aquí a manifestarse"...

En Colombia, Camilo Torres, un sacerdote guerrillero, murió al frente de su guerrilla; en el Uruguay, el jesuita Zaffaroni, es buscado por la policía y requerido por un juzgado, por atentado a la Constitución, por haber hecho la apología de la revolución violenta, durante una emisión de TV. La revolución latinoamericana se perfila en el horizonte; pero requiere una política, una estrategia, una dialéctica coherente: la unidad o coordinación latinoamericana de todos los movimientos de liberación bajo un estado mayor continental, experto en guerra revolucionaria.

La revolución llama a las puertas de América Latina. Hasta en el país más democrático de América, el Uruguay, la lucha estudiantil gana la calle. En agosto de 1968, hubo una manifestación de unas 200.000 personas, con motivo del entierro de un estudiante, muerto en choque con la policía. Posteriormente, las escuelas, liceos y universidad, han sido tomados por las fuerzas armadas. América Latina está sobre un volcán revolucionario. No puede resistir más, sin un levantamiento insurreccional, la doble explotación del feudalismo nativo y del imperialismo del dólar. La solución de esta contradicción sólo sería posible por la Revolución: (anti-oligárquica y anti-imperialista).

Los ánimos están soliviantados en América Latina: el yanqui quiere conservar su "espacio neo-colonial latinoamericano" con la complicidad de las oligarquías nativas y con la ayuda de los ejércitos cipayos, cuyos supuestos tácticos, todos ellos, son lucha contra-guerrilla, es decir, mantenimiento del viejo 'statu quo" neo-feudal y neo-colonial.

El estudiantado (que se ve como la generación de la crisis, que se sabe un asalariado de mañana, un obrero calificado de la ciencia o de la técnica al servicio de la oligarquía o del imperialismo), quiere hacer la Revolución, para borrar la 'geografía del hambre" (aboliendo los latifundios) y para superar el subdesarrollo económico y tecnológico (socializando los monopolios de capital extranjero). En América Latina no se resuelve ya la relación con el imperialismo como en Africa, con una apariencia de soberanía política y una colonización económica; en Latinoamérica, se pide ahora la liquidación de la oligarquía indígena y de la plutocracia extranjera. Además, todo un continente, que habla el mismo idioma y tiene el mismo origen y destino histórico quiere la unidad continental y la supresión del imperialismo y el feudalismo; quieren el socialismo y la libertad, los pueblos latinoamericanos, para entrar en la sociedad industrial de la abundancia.

En un siglo de revolución tecnológica, los estudiantes saben que hacen falta más universidades, más escuelas técnicas, más trabajadores calificados, más proletarios científicos, para ganar la batalla de la técnica, de la productividad, de los altos niveles de vida; y eso no se puede conseguir con imperialismo, feudalismo y militarismo reaccionario. El "poder estudiantil" está en la calle; pero su defecto estratégico es que no sabe ser todavía locomotora del **partido del descontento** (el más grande de todos los partidos); no posee aún una estrategia brillante, para llamar al enemigo, desde varios puntos a la vez, para que éste no llegue a ser fuerte a ninguno de ellos. Cuando los estudiantes tengan una **estrategia de guerrilla urbana** y una alianza con los obreros, campesinos y clases medias, su victoria será aplastante sobre las tiranías.

En la estrategia revolucionaria, la fuerza del número sin objetivos concretos políticos y militares se pierde en el vacío. Cuando una manifestación de estudiantes llena de masa humana las calles, presenta un frente demasiado compacto y regular a las fuerzas represivas (ejército y policía),

que con superioridad de fuego, aunque no siempre de número, deshacen largas columnas de manifestantes, con granadas de gases lacrimógenos, perros, tanques y cargas de caballería.

Si los estudiantes se atrincheran dentro de los centros de estudios y los obreros en las fábricas, al quedarse así en frente fijo pueden ser rodeados por las fuerzas represivas: asaltados por ellas, derribando las puertas de esos edificios con tanques o granadas de bazookas.

Durante los días tensos de la rebelión estudiantil mexicana en 1968, los paracaidistas, en número de 1.300, rodearon la Plaza del Zócalo, ante la Catedral Metropolitana y el Palacio Nacional; desalojaron a los estudiantes de una zona de 10 cuadras o manzanas, entrando los soldados al asalto, con bayoneta calada en el fusil y haciendo descargas de bazookas. Los estudiantes respondían con "cócteles molotov", ladrillos y piedras; pero una defensa en frente fijo, sin armas efectivas en manos de los estudiantes, debía conducir al desalojo de los edificios que ellos ocupaban, sin posibilidades militares para defenderlos.

La guerra revolucionaria nunca es efectiva defendiendo el terreno, sino más bien movilizando insurreccionalmente a la población; logrando pequeñas y muchas victorias sobre las fuerzas reaccionarias, en base a una guerrilla extremadamente móvil, operando en otro terreno que el de las manifestaciones obreras y estudiantiles.

El 10 de agosto de 1968, unos 75.000 estudiantes mexicanos marchaban en manifestación por la Avenida de los Insurgentes, en ciudad de México; abarcaba la columna estudiantil unas 40 cuadras. Esa masa imponente no tenía objetivos estratégicos concretos, ni contaba con expertos grupos de guerrilla urbana que, en otras zonas de la ciudad, pudieran atacar objetivos militares, con superioridad de número y de fuego, en lugares de poca concentración de policía. Los 75.000 manifestantes no iban a la toma del Poder: sólo pedían libertades democráticas y respeto para la autonomía universitaria. Por consiguiente, la fuerza del número, sin objetivos estratégicos definidos, tiene valor político, pero poca eficacia militar: estratégica y táctica.

LA REVOLUCION CIBERNETICA

El destino del siglo XX es crear un mundo a la escala

planetaria con la astronáutica; una economía mundial unificada con un socialismo unificante de las partes y el todo del mundo: sin alienación del hombre por la cosa (dinero o mercancía); una sociedad en que la personalidad se realice sin enajenar su libertad: ni bajo monopolios privados ni con capitalismo de Estado; una humanidad nueva en que la automatización del trabajo material e intelectual (cibernética), permita crear una economía de abundancia sobre la base de la autogestión de la producción por los productores: sin mediaciones parasitarias de burocracias, de oligarquías terratenientes ni de plutocracias financieras, comerciales, bancarias e industriales. Sólo así la paz sería mantenida entre los hombres: pues las causas subyacentes de las guerras y de las revoluciones, residen en la desigualdad económica entre las naciones y entre las clases sociales. Este devenir de la historia contemporánea lo perciben, claramente, los estudiantes revolucionarios.

El significado prodigioso del siglo XX es que la ciencia ha dejado de ser especulativa, como la filosofía, para transformarse en un factor inmediato de producción social, mediante la cibernética, la utilización de la energía mecánica, las materias primas de síntesis, las escuelas y universidades como centros de preparación de una mano de obra científca, que deberá trabajar más con la cabeza que con los brazos, bajo el signo de la revolución tecnológica: factor cambiante y arrollador de las viejas estructuras sociales y económicas envejecidas, que se oponen al desarrollo acelerado de las fuerzas productivas, a la industrialización de los pueblos.

La ciencia y la tecnología, como inmediatas potencias de producción, de dominio de la naturaleza por el hombre, convierten a millones de estudiantes en proletarios científicos de mañana, en millones de asalariados, que buscan una sociedad nueva auténticamente democrática. La rebelión estudiantil, en el mundo, es el significado social de la revolución cibernética: el exponente de una nueva sociedad, siempre que la crisis de las universidades se entronque con la solución de la crisis de un sistema económico obsoleto, sin posibilidad de adaptación a la revolución cibernética. La crisis de la educación exige pasar por la Revolución, para su solución dialéctica, con un cambio de régimen.

Hasta 1870, casi todos los países tenían que ocupar el 70 % de su población en la agricultura, para producir ali-

mentos para sí (escasamente) y para otro 30% que residía en las ciudades. Actualmente, en los países más industrializados, el campo ha quedado con menos del 20% al 10% de la población total en la agricultura; pero que es capaz de abastecer en alimentos y materias primas a una poderosa industria urbana. En cambio, todavía el 55% de la población latinoamericana está en el campo, pero vive miserablemente.

Los ingenieros, los químicos, la mano de obra especializada, han procurado al campo millones de tractores, cosechadoras, arados, sembradoras y millones de toneladas de fertilizantes químicos. Con esta revolución tecnológica, un agricultor produce ahora más que 50 siervos en la Edad Media: sin fertilizantes químicos ni maquinaria agrícola. ¿Pero no está todavía América Latina dentro de una larga edad media, con sus oligarquías? ¿Hasta cuándo?

El problema básico de nuestro tiempo es desarrollar armónicamente la industrialización y la mecanización de la agricultura, paralelamente el campo y la ciudad, para que una no explote al otro, como las naciones ricas explotan a las naciones pobres, con una relación leonina de intercambio. Un kilogramo más de fertilizante químico se ha supuesto que produce 10 más de cereal, pero si ha de valer tanto como la productividad que adiciona no es rentable el fertilizante para el agricultor. Consecuentemente, la revolución tecnológica lleva, implícitamente, un cambio de estructuras de la propiedad, de la tierra y del capital, para que la ciencia, la técnica y el trabajo se combinen, sin mediación onerosa de burocracias o de aristocracias parasitarias. Los estudiantes perciben este drama mejor que los campesinos: quieren ahora la Revolución para hacer posible la mecanización de la agricultura latinoamericana.

En economías viciadas, cargadas de burocracias, de parasitismo rentista, de poblaciones improductivas, se opera una ley de entropía económica, según la cual la energía productiva primaria se disipa en consumo de clases improductivas, no pudiendo así ampliar o reproducir el capital necesario, para hacer la revolución tecnológica, cibernética, que requeriría invertir, cuando menos, del 30 al 35% del producto bruto nacional, contra poco más del 13% ahora en los países subdesarrollados: (si se descuentan los aportes del capital extranjero, como "ayudas", préstamos, créditos o "inversiones directas").

Para acelerar la industrialización de un país subdesarro-

llado, hay que contrarrestar la ley de la entropía económica por una ley opuesta en virtud de la cual la expansión de la producción, avance, cuando menos, dos a tres veces más rápidamente que la ley de la población, al menos durante los primeros años en que se supriman burocracias, rentas parasitarias, población improductiva y se ponga a trabajar más del 50 % de la población contra menos del 40 % en los países subdesarrollados. Una Revolución se justifica, histórica y políticamente, si crea más fuerzas productivas que el régimen derrocado. El significado del siglo XX es la cibernética, la energía nuclear y un mundo planetario: para alcanzar ese ritmo de vida, hay que contar con una poderosa industria, con una agricultura mecanizada y electrificada, con servicios públicos desarrollados, tecnificados, sin mano de obra desocupada, servil o improductiva: (sin tantos criados o sirvientas para la burguesía, la burocracia y la oligarquía).

Los países subdesarrollados, con un aumento de población de hasta el 3 % en América Latina, aunque incrementaran su renta bruta en 4 % necesitarían así 100 años para duplicar su riqueza, mientras que Europa y Norteamérica lo harían en 1/4 de siglo. Al acentuarse este subdesarrollo entre esos dos mundos, se crea así la contradicción dialéctica más violenta de la segunda mitad del siglo XX, con un mundo de miseria para el 70 % de la población mundial ("Tercer Mundo") y un mundo de riqueza, para Europa y Norteamérica. La contradicción Norte-Sur (ya que el Hemisferio Norte es más industrializado que el Hemisferio Sur y las cinturas subtropicales del mundo), sustituye la contradicción Este-Oeste (URSS-EE.UU.), como si el drama y el teatro de la historia se trasladarán ahora a los países afroasiáticos y latinoamericanos. El eje de la historia se desplaza hacia América Latina, pero hay pocos dirigentes revolucionarios para hacerla y dirigirla hacia el socialismo.

El mundo es uno: no hay prosperidad divisible, ya que si hay miseria en la mayor parte del planeta y riqueza en la otra, la lucha deberá estallar entre esos dos mundos opuestos, como una nueva forma de la lucha de clases, revistiendo conflictos violentos entre las naciones ricas y pobres, con el mismo drama que señalara Marx para la lucha de clases, como móvil de la historia. En este sentido, el imperialismo está entre dos frentes: entre su proletariado nacional (frente interno) y el proletariado del "Tercer Mundo" (proletariado externo).

El desafío económico y tecnológico del mundo industrializado al mundo subdesarrollado, constituye el drama histórico de nuestro tiempo. No es posible que el 70 % de la población mundial, concentrada en Asia, Africa y América Latina, disponga de menos del 20 % de la renta bruta mundial. Más de 40 países del "Tercer Mundo" tienen menos de U$S 120 de ingreso por habitantes, es decir, la tercera parte de lo que paga en impuestos un norteamericano. Esto no puede seguir así en el mundo: sin caos, guerras, violencias, crisis económicas, entre dos mundos muy desiguales en riquezas, cultura y tecnología, como entre Latinoamérica y Norteamérica, cuyo choque revolucionario se ve llegar en los próximos años decisivos.

En el "Tercer Mundo" avanza la población a un ritmo casi tres veces más rápido (Latinoamérica) que en el mundo industrializado; pero la producción lo hace negativamente por habitante, o con poca significación. Llega así un momento dilemático, en materia de cultivos y de alimentación, para los países subdesarrollados latinoamericanos.

Por ejemplo, 100 libras de trigo (de 453 gramos cada una) pueden producir 120.000 calorías consumidas directamente por las personas como cereal, o 9.625 como alimento transformado en carne de pollo, o 38.000 calorías en carne de cerdo u 11.000 calorías como pienso para producir carne de vaca. En el caso de la India, los 500 millones de habitantes, que tiene, ya no pueden consumir proteínas cárneas, sino alimentarse directamente con vegetales y cereales, a fin de utilizar al máximo todas las calorías de las plantas sin pasar éstas por alimento de animales para producir carne. En el "Tercer Mundo", la industrialización y la mecanización del agro, pasan por el socialismo y no por el capitalismo: la Revolución debe hacer en un año lo que el capitalismo no hizo en un siglo.

Nuestro mundo cibernético, en plena revolución industrial, va camino de una civilización nueva, en que la mayor parte de las materias primas sería producida por síntesis químicas, e incluso los alimentos, para nutrir a una creciente población. La ciencia, pues, ha dejado de ser especulación, como en la época de los alquimistas, para convertirse en un factor inmediato de producción. En este sentido, las universidades y las escuelas técnicas deben ser revolucionadas, para que aporten la mano de obra científica a la civilización cibernética, que constituye el significado del siglo

XX. He ahí por qué los estudiantes son ahora tan revolucionarios como los obreros: pues la ciencia y la técnica son ya factores inmediatos de producción.

ESTUDIANTES VERSUS IMPERIALISMO

El desplazamiento de la población rural hacia los centros urbanos es directamente proporcional al aumento de la producción industrial: en algunos países capitalistas desarrollados, la agricultura mecanizada toma menos del 5 % de la fuerza laboral, como en Inglaterra y Estados Unidos. El quietismo campesino medieval, no modificado durante muchos siglos, ha sido roto de golpe por la gran revolución industrial, que convierte a millones de campesinos en obreros urbanos.

Las industrias siderúrgicas, químicas y metalúrgicas (en serie), realizan sus procesos de producción en forma muy automatizada: no precisan ya mano de obra no calificada, sino especializada a múltiples niveles: (ingenieros, investigadores, científicos, obreros muy especializados, etc.). Ello supone una revolución tecnológica de gran trascendencia político-social, ya que la clase proletaria se amplía con especialistas de todas las profesiones, asalariados por el gran capital monopolista. En ese orden de ideas, **el proletariado (como mano de obra bruta) tiende a ser sustituido por un trabajador científico. Así las cosas, los estudiantes, a todos los niveles, se preparan como aprendices de proletarios científicos, como los obreros del mañana; pertenecen, pues, a la clase proletaria; tienen clase, a pesar de que no se la quieran reconocer los comunistas dogmáticos, para quienes el capitalismo no estaría en el devenir, siendo el mismo y otra cosa diferente, al mismo tiempo.** No hay que olvidar que el capitalismo fue mercantil, industrial, financiero, dirigido, neo-capitalismo, etc. No deja nunca de percibir la plusvalía, lo cual le da su contenido de modo de producción; pero se acerca, en la medida que progresa, hacia su total destrucción, ya que es una categoría histórica perecedera.

El hecho de que los científicos se conviertan en mano de obra asalariada bajo una economía mercantil capitalista (privada o del Estado), da a las luchas universitarias un carácter concreto de clase. Ello hace posible la unidad de acción entre la mano de obra tecnológica y la mano de obra muscular, para transformar revolucionariamente el capita-

lismo en socialismo, lo cual haría posible que toda la potencia del trabajo pasara a ser automatizada o semi-automatizada. En ese sentido, objetivamente, la **automatización + el socialismo = comunismo, en un mundo libre, planetario, a la escala universal.** Estudiantes y obreros tienen que marchar juntos en la sociedad tecnológica, ya que sus intereses de clase son idénticos contra la explotación capitalista.

Tanto en el Este como en el Oeste, los estudiantes han tomado la vanguardia de la acción insurreccional urbana. Se han rebelado contra sus profesores acomodaticios y dogmáticos, que enseñaban, desde sus cátedras, con un aire de saber absoluto, de hombres infalibles, ahora que hasta los Papas modernos aceptan la falibilidad en sus encíclicas. En cambio, los secretarios de los partidos comunistas, se presentan más dogmáticos e infalibles que los Papas, haciendo de la ideología marxista-leninista revisada una tediosa escolástica, sin humanismo socialista, para que impere la burocracia totalitaria como "nueva clase dominante".

La URSS ha hollado a Checoslovaquia y Hungría, invadiendo su territorio y masacrando a sus poblaciones, en nombre de la defensa del "socialismo"; de la misma manera que EE.UU. ha llevado la guerra imperialista a Viet-Nam y a la República Dominicana, enarbolando la bandera del "mundo libre". El dólar se ha repartido el mundo occidental, colonizándolo financieramente, incluso en Europa, con métodos monetarios muy sutiles, que permiten que el capitalismo yanqui haga "inflación internacional", en beneficio propio, para quedarse con las posiciones claves de las economías nacionales, consorciadas en el FMI. En igual medida, y con parecidos procedimientos, el rublo gobierna neocolonialmente a los países del COMECON, explotando sus economías nacionales con precios altos de exportación soviéticos y precios bajos de exportación para las "repúblicas populares", colonizadas, financiera y monetariamente, por el rublo transferible, sólo en la órbita de la U.R.S.S.; pero no convertible en divisas occidentales o en oro: no sea que con ello compren en el Occidente, en mercados más baratos que el rublo, Rumania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria.

Tanto han abusado de su posición imperialista, la URSS y los EE.UU., que ya su poderío estratégico y económico no garantiza su posición permanente de grandes potencias. Los estudiantes de Europa occidental denuncian la coloniza-

ción financiera de Europa por el dólar; los estudiantes de Europa oriental, protestan contra el neo-imperialismo soviético; se protesta, en ambas Europas, contra todo un estado de cosas, que ha convertido a la clase obrera en animales domésticos de consumo; a los estudiantes, en dóciles aprendices de tecnócrata, para que imperen omnipotentes, las burguesías monopolistas (Oeste) y las burocracias totalitarias (Este). Los estudiantes rechazan una ciencia oficializada, unos profesores dogmáticos, que no han sido capaces de explicar la crisis: la cononización financiera de Europa oriental y occidental, respectivamente, por el rublo y el dólar.

La posición mundial super-imperialista de la URSS y los EE.UU., queriendo detener las fuerzas históricas con el Tratado de Yalta (nuevo Tratado de Tordesillas), está ya extremadamente debilitado: la historia contemporánea marcha muy rápidamente, no se la puede congelar a un nivel super-imperialista denunciado por Lenin contra el oportunismo de derecha de Karl Kautsky; pero aceptado por la burocracia soviética, en su entendimiento estratégico, político y diplomático con la burguesía anglosajona.

China popular apoya a la pequeña Albania: si la URSS pretendiera avasallar a este pequeño país europeo tropezaría con una resistencia guerrillera, desde adentro, y quizá con una ofensiva de China por Siberia, desde afuera. El imperio del rublo está ya tan quebrantado como el imperio del dólar. Yugoslavia, ella sola, sería capaz de crear un Viet-Nam contra la URSS, en el caso de que los ejércitos soviéticos intentaran en Yugoslavia la misma política de invasión que en Checoeslovaquia (1968), o que en Hungría (1956).

Los soviéticos han usado de los mecanismos capitalistas de la explotación neo-colonial del dólar, dando al rublo una paridad monetaria ficticia, que le permite comprar barato y vender caro en los países del COMECOM. La rebelión en el Este tiene como vanguardia a los estudiantes, que ahí si que tienen clase: pues son hijos de padres asalariados, no de capitalistas. Sin embargo, se rebelan contra las burocracias totalitarias, propugnando una sociedad socialista de autogestión de la producción por los trabajadores y los científicos, sin la mediación onerosa y explotadora de las burocracias centralistas: "nueva clase", que ha sustituido, en el Este, a la burguesía; pero que dice ser socialista cuando, en realidad es una burocracia explotadora y opresora, con más diferencias de ingreso, respecto de la clase obrera del

Oriente, que entre proletariados y burgueses de algunos países del Occidente, como Suecia.

El estudiantado ha comprendido —como decía Engels, en "Socialismo utópico y socialismo científico"—, que la nacionalización no es la socialización, ya que así, según él, habría que ir a buscar el socialismo en los urinarios, que hace mucho tiempo están nacionalizados. La propiedad pública no es igual a socialismo sino más bien a capitalismo de Estado, a predominio de la burocracia sobre el pueblo trabajador. Es un error creer que todo lo que suceda a la burguesía es igual a socialismo, si no hay economía de autogestión y cogestión. Por eso, los estudiantes piden ya, en el Oeste, la cogestión de las Universidades para hacerlas más socialistas, menos burguesas, más proletarias.

Sin embargo, las luchas estudiantiles y obreras, si no rebasan su marco gremial, si no actúan políticamente en nombre de todas las clases oprimidas, no pueden hacer la Revolución Social, ya que, estadísticamente, no representan la mayoría de la población en los países del "Tercer Mundo", donde los campesinos y las clases medias forman la mayor masa de población nacional. **En cambio, los países capitalistas muy industrializados, prácticamente, tienen ya dos grandes clases: el proletariado y la burguesía; la solución de esta contradicción de clase contra clase no da lugar a frente o coaliciones de clases (contra la oligarquía y el imperialismo), como en los países subdesarrollados. En los países industrializados la Revolución se plantea un solo objetivo: la supresión de la burguesía y del capitalismo, para instaurar inmediatamente el socialismo.** En los países afroasiáticos y latinoamericanos, la Revolución tiene como finalidad liberarse de las oligarquías y del capitalismo imperialista y sus aliados indígenas, en el primer tiempo, y acto seguido, implantar una sociedad socialista.

En Estados Unidos, por ejemplo, hay dos clases concretas: el proletariado y la burguesía; en América Latina, hay cinco clases definidas: el obrero, el campesino, la clase media, la burguesía nacional y la oligarquía terrateniente. Las luchas obreras, estudiantiles y populares, para poder triunfar en una Revolución latinoamericana, deben abarcar un frente unido popular, de tres clases contra dos: los obreros, los campesinos y las clases medias proletarizadas contra la burguesía nacional grande y las oligarquías terratenientes, más el imperialismo. Incluso al bloque de la burguesía latinoame-

ricana, se le puede restar una parte de ella, la que vive del mercado interno: teme la competencia extranjera del imperialismo, siendo así proclive a luchar al lado del pueblo contra la oligarquía y el imperialismo, como en Santo Domingo, en 1965.

Los estudiantes, los obreros, o ambos juntos, que es lo ideal políticamente, no deben aislarse del resto de las clases oprimidas, para hacer la Revolución. Solamente como estudiantes o como obreros, en un país subdesarrollado, no se tiene bastante masa de población favorable, hasta el 80%, para que una guerrilla urbana y rural (combinadas), lleven adelante la insurrección general, produciendo una vasta guerra revolucionaria en superficie, en todas partes, en un territorio nacional (o continental en el caso de la América Latina), para vencer así, estratégicamente, a los ejércitos cipayos y al imperialismo, que les pudiera dar cobertura militar directa o indirectamente. Sólo así puede ser derrotada la oligarquía terrateniente, las burguesías nacionales (vinculadas al capital financiero internacional); además, el imperialismo invasor de los países subdesarrollados; pero a condición de tener un frente unido anti-oligárquico y anti-imperialista, que agrupe, bajo un programa de liberación, a obreros, campesinos, clases medias proletarizadas y hasta una parte de la burguesía nacional (que se siente anti-imperialista, por miedo a ser engullida, económicamente, por las inversiones monopolistas de capital extranjero). En este orden de ideas, la estrategia de la guerra revolucionaria es esencialmente política: si no parte de un frente amplio de liberación, la guerrilla, por más buena que sea tácticamente, en ciudad y en campo, pierde estratégicamente la guerra, al faltarle apoyo de la gran masa de la población de un país.

Frente al imperialismo y a los ejércitos cipayos, aunque tengan una superioridad estratégica de 1.000 contra 1, la guerrilla puede ganar la guerra siempre que cuente con el 80% de la población a su favor. Pues en un lugar determinado y por un tiempo limitado, la guerrilla podrá hacer operaciones ofensivas contra el enemigo, siendo superior en número y fuego como 5: 1, a condición de que la población favorable indique donde hay una tropa aislada o suficientemente chica, como para que la guerrilla sea ahí más grande que el adversario, que debe ser cercado y desarmado, para que ella pueda vivir a expensas de las municio-

nes, armamentos y equipos militares, tomados en el combate.

Los estudiantes y los obreros deben estar en función del interés general, si es que aspiran a desempeñar un papel revolucionario. Para ello es indispensable que al sindicato obrero y universitario vaya unido un frente insurreccional más amplio: a) un **ejército de liberación** (extremadamente clandestino, que sea el brazo armado del pueblo); b) un **frente unido de los campesinos, los obreros y las clases medias democráticas**; c) una **alianza sindical coherente entre obreros y estudiantes.** En los países latinoamericanos, la forma de la insurrección debe ser continental, ya que, si bien la revolución comienza siendo nacional, en América Latina la lucha es permanente. De lo contrario, sería asfixiada por el imperialismo del dólar, ya fuera militarmente o por bloqueo económico y diplomático. En Latinoamérica o nos liberamos todos o perecemos todos, ante la oligarquía indígena y el imperialismo que la sostiene, que le da cobertura en el Poder.

INSURGENCIA JUVENIL

Por los cuatro puntos cardinales del mundo, los jóvenes están descontentos: se siente reprimidos por las potencias alienantes del dinero, el poder, el privilegio de clase dominante, la infabilidad de los educadores (que deberían ser educados), la arrogancia del militarismo atómico (que amenaza como un Júpiter tonante), la **tecnocracia totalitaria** (al servicio de los "trusts" o del capitalismo de Estado), etc., etc.

Los jóvenes quieren una **democracia directa con socialismo de autogestión**, sin representatividad indirecta, que ha hecho de la política burguesa el arte de engañar a los pueblos. El ideal libertario gana las nuevas generaciones, que no quieren ser criadas como pollos de granja enjaulados, destinados a ser consumidores pasivos de los monpolios capitalistas, que se reparten el mercado de ciudades enteras, de pueblos enteros. Así, en la dialéctica del capitalista y el obrero, para que el primero tenga todos los poderes del dinero (que aliena al ser humano por la mercancía), el asalariado tiene que ser un ente alienado, desposeído por el empresario. Por consiguiente, el goce del rico constituye dialécticamente la desdicha del pobre, en este mundo injusto, inhumano, donde el dinero es poderoso caballero, expotente de todos los valores... vendidos.

La juventud se pronuncia por una sociedad libertaria en que el pueblo se constituya en el sujeto de la historia, sin mediación opresora y explotadora de las burocracias omnipotentes del Este, de la plutocracia monopolista del Oeste: expresadas por las políticas neo-colonialistas de la URSS, en Checoslovaquia (1968) o de los EE.UU., en Santo Domingo (1965). Los pueblos no quieren ser reprimidos. La juventud protesta contra el Tratado de Yalta (1945): un nuevo Tratado de Tordesillas, en que soviéticos y anglosajones se repartieron el mundo, en nombre del "socialismo" y de la "democracia"... La ocupación de Checoslovaquia, en 1968, por potencias del Pacto de Varsovia, dominadas por la URSS, está "legalmente" autorizada por el Tratado de Yalta, si se respeta la "zona de influencia soviética", en Centro Europa, al mismo título que la de los anglosajones en Medio Oriente.

En el Occidente, más aún que en Oriente, las vanguardias juveniles se han lanzado a la protesta: algunos jóvenes son más peligrosos con sus canciones de denuncia de las injusticias sociales, que los comunistas con sus discursos, diarios, sindicatos y partidos. La protesta juvenil gana la calle, pero si a una acción corresponde una reacción, en buena dialéctica, el espíritu juvenil de reforma halla su represión violenta en las "fuerzas del orden", que aplastan, "manu militari", los intentos reformadores de la juventud, en la Universidad y en la Sociedad. Este combate entre contrarios, que quieren hacer la historia y la política en formas muy diferentes, conduce de la protesta a la insurrección, a medida que la juventud sea capaz de expresar el interés general de la sociedad reprimida y explotada, tanto por el capitalismo monopolista como por el capitalismo estatista: ya se trate de situaciones en Oriente (Varsovia, Checoslovaquia, etc.); o en Occidente (Francia, Alemania, Italia, España, Río de Janeiro, México, etc.).

Las juventudes latinoamericanas universitarias se rebelan contra las "democracias de las oligarquías criollas", que no le acuerdan el derecho de voto a los analfabetos, que llegan a ser hasta el 70 % en algunos países centroamericanos, a fin de tener el Poder la aristocracia, que usa y abusa del pobre obrero, en virtud de la propiedad privada: (como derecho de usar y de abusar del pueblo desposeído). Se protesta en las líneas de la juventud latinoamericana, europea y norteamericana porque el saber no tiene el poder;

porque la razón está sometida a la opresión; porque cuando gana el pueblo en las urnas se le quita siempre el poder desde los cuarteles. Consecuentemente para liberar a los pueblos, para hacer la historia y no sufrirla pasivamente, **la juventud tiene que pasar de una forma de saber subjetivo a una forma de poder objetivo**, como dijo Clausewitz: el gran teórico de la guerra. Ello supone que el saber tenga el poder y no a la inversa; pero para eso, **la juventud insurgente debe aprender estrategia, táctica y política: combinadas en forma de guerra revolucionaria**; de modo que sean abatidos, finalmente, el feudalismo residual, el militarismo cipayo, el capitalismo entreguista, la corrupción, la opresión y la dictadura del privilegio.

En una **época tecnológica**, en que el átomo de plutonio o de deuterio combinados, tienen más poder que todas las fuerzas de los generales de caballería, infantería y artillería, los estudiantes y los sabios latinoamericanos son apaleados y reprimidos por militares retrógrados, incapaces de defender a sus países frente al imperialismo (o más bien aliados con él, instruídos por él, en la escuela de contra-guerrilla de Panamá, donde se aprende a reprimir a los pueblos por los militares cipayos: dirigidos por control remoto, desde el Pentágono). Así Wall Street se queda con las riquezas naturales, los servicios públicos, la prensa, la radio, la televisión, las fuentes de energía, la vida y la hacienda, en Latinoamérica, gracias a militares entreguistas y a capitalistas raquíticos, que se asocian con el imperialismo económico como el chacal con el león, para recibir la parte del ratón, en el pacto neo-colonial con el dólar imperialista.

La plutocracia norteamericana quiere someter la pobreza latinoamericana a la obediencia y la castidad: el pueblo debe obedecer pasivamente para ser explotado; las mujeres de los pobres tienen que tomar "pildoritas anticonceptivas", para que la población no se multiplique mucho, de modo que no sean demasiados los descontentos: no sea que se rebelen en masa contra los "trusts" de Wall Street y las oligarquías latinoamericanas. **El malthusianismo, impuesto por el neo-colonialismo del dólar en Latinoamérica, quiere un continente vacío para seguir explotándolo como espacio neo-colonial de Estados Unidos; para que los monopolios capitalistas y los latifundios feudales, en binomio de opresión y de corrupción, perduren por los siglos de los siglos,**

en un continente de 22 millones de kilómetros cuadrados, que tenía 260 millones de habitantes en 1968; pero que bien cultivado e industrializado no tendrían problema para dar trabajo, bienestar, alimentación, vivienda, cultura y esparcimiento, a más de 1.000 millones de seres humanos: si tuvieran una economía socialista, un federalismo liberatario, una técnica avanzada, un trabajo liberado de la doble explotación del latifundio y del monopolio.

Esta es la hora de los pueblos: el hombre se ha convertido en un ser más poderoso que los dioses de la edad del bronce, en virtud del átomo, la cibernética, la astronáutica, la gran industria, la agricultura mecanizada y la conquista de la naturaleza por el hombre. Pero, en esta era faústica, es necesario ser fanático en una sola cosa: la lucha por la liberación del hombre de sus tres enemigos del alma y el cuerpo: el militarismo, el imperialismo y el feudalismo, sobre todo, en los países afroasiáticos y latinoamericanos.

El mundo fáustico de la imaginación (pero con tecnología y economía socialista de autogestión y el saber en cogestión entre estudiantes y profesores en las universidades), es un mundo para la juventud: debe aspirar a regirlo mejor que las viejas generaciones (tullidas espiritualmente por el capitalismo, el sindicalismo burocrático, los falsos ideales redentores (degradados o desprestigiados) y las burocracias totalitarias de la economía de Estado). Todo lo viejo ya vale poco, en esta época de decrepitud y mistificación de los valores humanos; en este mundo capitalista alienado por el salario y el dinero, que nos ha endosado el "modo de vida norteamericano", inspirado en la forma cartaginesa de que es bueno todo lo que produzca ganancia... privada, aunque los pobres mueran de hambre; aunque los pueblos sean oprimidos y explotados; aunque el obrero se quede sin trabajo; aunque el estudiante sean un paria, un subproletario, un producto técnico de esta sociedad asalariada, en que todo se compra y se vende por dinero. Pero es que el dinero está en manos de los "trusts", los bancos, los "pools" y las grandes potencias que manejan, a su antojo, el FMI, el BIRF, bajo el signo imperialista del dólar, que defiende el "mundo libre" con bombas de nalpalm...

¡Sea todo nuevo, jóvenes! Vuestra consigna debe ser: ¡Todo o nada! Sois la generación de la crisis. No os dejéis pisotear por la plutocracia como los esclavos del mundo

antiguo por la aristocracia pagana. Preferid la muerte antes que seguir viviendo una mala vida. No temáis a los tanques, cañones, acorazados, aviones, ametralladoras, fusiles, soldados cipayos y "marines"; si sabéis combatir con el arte magistral de la guerra revolucionaria, que movilice a todo el pueblo en defensa de sus derechos y libertades inalienables. Un acorazado y su escolta (que valen u$s 400 millones de dólares) no tienen ninguna efectividad frente a la rebelión popular extendida en un gran espacio continental. Un avión B-52 es un armatoste ineficaz cuando el pueblo con su guerrilla no presenta un frente grande ni fijo; cuando ataca por todas partes y luego desaparece oculto en terreno favorable. El poder no reside en el material de guerra o en la fuerza bruta del soldado, sino en la razón que tenga una minoría guerrillera para levantar en armas al pueblo contra sus opresores y explotadores.

La civilización tecnológica es de la juventud: todos los jóvenes tienen derecho a la educación gratuita; a recibir una remuneración económica por su estudio (que es otra forma del trabajo). Para dejar de ser un subproletario, el estudiante tiene que hacer trabajo y estudio sin pasar por exámenes, sino por un tribunal examinador de puntaje; pero donde haya representación de los propios estudiantes; y se indique el grado de formación profesional de cada uno y de su absorción por una industria en expansión. Si la industria se liga al proceso de educación, no hay necesidad de ser un politécnico sino en muy raros casos; así todo el mundo debe hacer trabajo y estudio, permanentemente; de modo que desaparezca la diferencia entre trabajo manual y trabajo intelectual, sin lo cual no puede haber socialismo.

La rebeldía estudiantil y juvenil es la fuerza más prodigiosamente regeneradora de nuestra sociedad, alienada en el "modo de vida norteamericano": lo más inhumano, en la historia contemporánea. Al querer devenir un país (Norteamérica) la totalidad del mundo, con esa dialéctica, se generan conflictos con los países oprimidos y explotados por el capitalismo de Wall Street, que se ha puesto de acuerdo con la burocracia soviética (para que ésta haga lo que quiera con los países del COMECON). La juventud no debe aceptar migajas de vida: debe instaurar el socialismo liberatario, sin capitalismo ni burocratismo, enquistados en la plusvalía, tanto en el Oeste como en el Este.

No hay que magnificar, estratégicamente, la creación de barricadas. Al fijarse al terreno, la guerrilla urbana es des-

truída por las armas pesadas y los batallones del enemigo. Las barricadas, en gran número, para fijar al adversario, son un medio para la guerra urbana, pero no la única forma de ella. Cuando las barricadas atraigan al adversario a un punto, la guerrilla urbana debe desarmarlo en otro, donde él sea muy débil y esté desprevenido.

Las barricadas del Barrio Latino, en París, durante la "Revolución de Mayo" de 1968, demostraron, políticamente, que los estudiantes, hijos de la burguesía y la pequeña burguesía, en su mayor parte, eran capaces de tomar posiciones más revolucionarias, más socialistas, que los comunistas pro-soviéticos, actuando como "partido del orden", al negociar con el gobierno burgués un acuerdo de salarios, cuando se trataba de ser revolucionario y no reformista. A los comunistas revisionistas, de corte soviético, la historia los ha colocado varias veces, en el Occidente, en el camino de la Revolución; pero ellos siempre han elegido el de la conversación con la burguesía, a fin de que la URSS no tenga problemas con los norteamericanos en Europa, América Latina y otras zonas de "influencia del dólar". En este sentido, el Kremlin no tiene nada que temer, por parte de los norteamericanos, en su "zona de influencia" del COMECON, aunque invada a Checoslovaquia. Se respeta así el Tratado de Yalta, en que soviéticos y anglosajones realizaron un nuevo reparto del mundo, como en los mejores tiempos del imperialismo.

Al convertir en política nacional la política internacional soviética, los comunistas reformistas están en contra de sus pueblos, ya que son más rusos que los lituanos o los kalmucos. Es explicable, en este orden de ideas, que la CGT (de orientación comunista) y el PCF, durante la "Revolución de Mayo" de 1968, se decidieran por concurrir al plebiscito de De Gaulle, y no por continuar la huelga revolucionaria, creyendo que la solución era política cuando tenía positivas perspectivas una revolución francesa o una vasta reforma estructural, profundizando la huelga revolucionaria. Pero ello suponía quizá la caída del general De Gaulle, no aceptada por el Kremlin, ya que prefería en París a De Gaulle más que a otro político, por considerar que el sustituto estaría más cerca de EE.UU. que del diálogo con Kremlin.

Los comunistas son un partido populista: optan por la alianza con las fuerzas políticas que están a su derecha (donde está la burguesía); pero rechazan la alianza a su

izquierda (donde está el proletariado y los partidos de la insurrección popular). Se diría, pues, que la Iglesia parece estar a la izquierda, por ironía dialéctica, y a que los comunistas se han colocado a la derecha, quizá porque la burocracia soviética es ya tan reaccionaria como la burguesía occidental. La invasión de Checoslovaquia (en 1968), la guerra no declarada a China (incidente de río Ussuri, 1969), la presión sobre Rumania (para que este país se entregue a la neo-colonización del rublo), las críticas a Yugoslavia y Albania (por haber tomado un camino independiente de Moscú), el entendimiento cultural, económico, espacial y nuclear con el imperialismo anglosajón; indican, claramente, que la Unión Soviética (aceptando inversiones capitalistas del Occidente: U$S 750 millones con Fiat), va camino del neo-capitalismo y no del socialismo; y que, por tanto, la burocracia soviética es reaccionaria, antisocialista y neo-imperialista, en su "zona de influencia": religiosamente respetada por el imperialismo del dólar.

Se explica, pues, que los comunistas franceses, en mayo de 1968, cuando la huelga general paralizó los ministerios y dejó vacante el Poder, aceptaran negociar con el Gobierno (dejado en el vacío), a fin de que la insurrección fracasara y el poder del gaullismo se restaurara, para que la estrategia del Kremlin, en el caso de Francia, fuera salvada, manteniendo a De Gaulle y a sus ministros, a condición de traicionar a los obreros huelguistas, que pedían, no unos francos más por hora de trabajo, sino un cambio de régimen: un socialismo de autogestión y de cogestión, que no interesaba a la burocracia soviética, porque así se quedaba a la derecha del Occidente. En verdad podría decirse que, antes, la Revolución no era fácil hacerla sin los comunistas, pero ahora ya no es posible con ellos. Pues el comunismo soviético es la enfermedad senil del burocratismo. Y todos los partidos comunistas pro-soviéticos, padecen la enfermedad del conservadorismo como reflejo del oportunismo soviético, que ya no es ni marxismo ni leninismo, sino una jerga de idealismo semántico, en que las palabras no significan más lo que dicen o significaban: el "socialismo" es un "capitalismo de Estado" y el "comunismo" (soviético) prometido es un "neo-capitalismo": burocratizado, reaccionario, intolerante, totalitario; coexistente con el imperialismo, pero agresivo con los países socialistas: (Checoslovaquia, 1968; Hungría, 1956; China, 1959). ¿Pero entre China popular y las "repúblicas populares" centroeuropeas, el neo-imperialismo soviético existirá siquiera hacia 1980...?

CONCLUSION

El economista francés Jacques Rueff titula uno de sus libros con el siguiente lema: "La edad de la inflación", indicando que, cuando haya pasado este período histórico, acaso sea conocido como el de la inflación más galopante de todos los tiempos de la humanidad. Sin embargo, la inflación es tan vieja como la economía monetaria y las crisis económicas de subproducción (Antigüedad y Edad Media), o de sobreproducción relativa (capitalismo). También con el capitalismo se han producido crisis económicas de subproducción, como consecuencia de las guerras napoleónicas y de las dos grandes guerras mundiales del siglo XX, que se tradujeron en una inflación monetaria infernal. En 1923, la circulación monetaria alcanzó, en Alemania, a 500 quintillones de marcos. En cambio, en 1969, el marco alemán es la moneda más sólida del mundo; pero detrás de él está la crisis de una economía grande, que no debiera seguir siendo capitalista, en un mundo que ya debiera ser socialista.

¿Cómo ha sucedido este cambio monetario en Alemania, luego de 45 años? Sencillamente, porque en 1923, después de 5 años de terminada la primera guerra mundial, Alemania tenía que pagar muchas deudas de guerra. Había, pues, que envilecer el marco de tal suerte que lo mismo pudiera comprar nominalmente, una fábrica o una caja de fósforos. Si Alemania pagaba sus deudas de guerra, en término de marcos depreciados, no pagaba nada. Sus vencedores tuvieron que ir en ayuda de ella, ya que la victoria sobre tal país, en términos militares, no tenía la misma significación económica y financiera.

En nuestra época, los países subdesarrollados deben a los países industrializados unos u$s 45.000 millones, quizá 1/4 de su renta bruta, lo que les succiona, todos los años, más de u$s 4.000 millones, por intereses y amortizaciones,

es decir más de la mitad de todo el capital recibido por ellos, anualmente, desde los países industrializados. ¿No se repetirá así, en el "Tercer Mundo", la inflación galopante de Alemania, en 1923...? He aquí una perspectiva de gran revolución social en los países afro-asiáticos y latinoamericanos, para la década de 1970/80.

Durante el siglo III de nuestra era, cuando el Imperio Romano se descomponía política, económica e históricamente, la inflación monetaria era muy acelerada. Bajo Caracalla, el "antonianus", que tenía una ley del 57 % en plata, descendió al 43 % con Decio (244-51), al 15 % con Valerio y, finalmente, al 11 % y 2 %, en 260-68. Así, pues, entre Caracalla y Valerio, durante algo más de medio siglo, el "antonianus" se depreció casi 30 veces su valor. Esta inflación monetaria, que se producía como desmonetización del oro y la plata contenidos en los "antonianus" y los "aureus", obedecía a la descomposición económica del mundo romano. Una excesiva burocracia, un Estado caro y malo, un pretorianismo como Poder político, una plebe sin oficio ni beneficio, una aristocracia incapaz de convertirse en otra clase más progresiva, una rebelión creciente de los cristianos (que constituían con los esclavos y las clases medias proletarizadas la mayoría de la sociedad) y el constante avance de los bárbaros (en los bordes de la frontera), liquidó políticamente al Imperio Romano. ¿No le sucederá ahora lo mismo al imperialismo del dólar, en su choque con el "Tercer Mundo", y a la URSS frente a China...?

El uso y el abuso de la inflación no salvó a Roma, sino que más bien la anestesió con la morfina del dinero insolvente, hasta que todo cayó estrepitósamente. Roma no podía superar la esclavitud como categoría histórica; es por eso, y no por falta de armas, por lo que Roma fue vencida por los bárbaros, con la ayuda moral de los esclavos y la clientela proletariada. Por no cambiar sus estructuras anquilosadas, impopulares, antieconómicas, frenantes del desarrollo económico, Roma fue vencida, ya que el enemigo desintegrante lo tenía dentro: la necesidad de liberarse millones de esclavos y clientes, bajo el impulso revolucionario del cristianismo. Ahora ese mismo papel histórico debe jugarlo el socialismo contra el capitalismo.

En nuestra era se vive un período similar al de la caída de Roma; pero aquel proceso histórico, desde la rebelión de Espartaco hasta Rómulo Augusto, duró casi 5 siglos.

Ahora las fuerzas históricas, que son fuerzas productivas con otro nombre, caminan más rápidamente. En la vida de un hombre, desde 1914 hasta 1968, se han visto dos grandes guerras mundiales, han perecido casi todas las monarquías de principios de siglo; se han creado decenas de naciones (con apariencia de soberanía, pero al fin naciones); se han producido grandes revoluciones sociales, como la Revolución Rusa, la Revolución Española, la Revolución China, la Revolución Cubana, etc.; se han emancipado los países coloniales de Africa y Asia; se ha hundido el Imperio Británico y se está hundiendo el Imperio del dólar (quizá el más efímero de todos en la historia); se han sublevado los estudiantes europeos, tomando la vanguardia del movimiento de protesta contra la sociedad mercantilista de consumo y de alienación del hombre por el dinero; se ha estrellado la fuerza bruta militar imperial contra los guerrilleros de Indochina, Argelia, etc.; se ha deteriorado la Revolución Rusa (desde el "comunismo de guerra" hasta el neo-capitalismo, cayendo en el neo-imperialismo, con la invasión de Checoslovaquia); en fin, este es el siglo más revolucionario de todos los tiempos, ya que en unos años ha pasado de las fronteras de la época del caballo a las del "sputnik", que da la vuelta a la Tierra en una hora. Vivimos en un mundo a la escala planetaria, en tiempo, espacio y pensamiento.

La cibernética, la energía nuclear, la estronaútica, la explosión de la población mundial, las vacunas, las vitaminas, los antibióticos, los fertilizantes químicos, las fibras sintéticas, crean una sociedad a la escala planetaria, que está esperando una doctrina coherente para sustituir a un capitalismo anacrónico; pero que no pueden hacerlo los países del Este con capitalismo de Estado, sino más bien una economía de autogestión democrática (en la base) y cogestión (entre la cima y la base), para que la economía local, regional, nacional, continental y universal tenga un desarrollo paralelo o proporcionado, a fin de evitar las crisis económicas de desproporcionalidad, en el desenvolvimiento mundial de las fuerzas productivas, que no pueden ser constreñidas ni con capitalismo privado (Oeste), ni con capitalismo de Estado (Este).

Nuestro mundo marcha rápidamente: en el curso de 20 años, desde 1948 a 1968, el dólar ha dejado de ser la moneda universal y los Estados Unidos, el "banco y el taller

del mundo". Europa se ha levantado de sus ruinas en poco tiempo, duplicando o triplicando la cantidad de riqueza, que tenían antes de estallar la guerra de 1939/45. El oro que EE.UU. había almacenado, en el curso de esa guerra, ha sido devuelto a Europa, por el mecanismo de la balanza de pagos deficitaria para los norteamericanos. Pero ese mundo es demasiado antagónico, inmoral e imperfecto, con el capitalismo monopolista.

Sin embargo, el dólar aumenta sus inversiones mundiales tomando a los europeos, principalmente, los capitales que les debe por su déficit de pagos exteriores, pagando por los euro-dólares debidos un interés bastante alto. Ello es profícuo, siempre que el dólar no pague el capital principal. De esta manera, el máximo deudor se convierte en el más grande inversor... de sus propias deudas con las cuales compra empresas extranjeras, en Europa.

Todo ese mundo del patrón-dólar, de los Derechos Especiales de Giro (DEG), de los créditos "stand-by" del FMI, de los "swaps" con los créditos recíprocos en monedas nacionales (para evitar pagos en oro al dólar), toda esa fantasía monetaria, ese espejismo del dinero, lleva tras sí la carga explosiva de la "inflación mundial" en beneficio exclusivo del dólar (lo nacional devinlendo dialécticamente universal, pero concitando contra él a todo el mundo). En esta dialéctica de la general contra lo particular, del trabajo esclavizado por el capital privado, reside el motor revolucionario de la sociedad contemporánea.

La inflación monetaria burguesa es como la morfina: mata lentamente al burgués, pero con una apariencia de felicidad. Llegado un límite crítico, la inflación se convertirá en explosión revolucionaria, sobre todo, en los países del "Tercer Mundo", que se resisten a cambiar sus estructuras latifundistas; su Estado burocratizado (caro y malo); sus empresas industriales chicas y de baja productividad; sus universidades y escuelas técnica no apropiadas para combinar el desarrollo económico, cultural y tecnológico de las naciones; su desigual reparto de la renta bruta nacional; su anacrónica división social del trabajo entre ciudad y campo; su ciencia económica prisionero de los espejismos monetarios: (yendo de la inflación a la devaluación y de ésta, otra vez, a la inflación, creando así injusticias distributivas, a causa de que los preciosvan por el ascensor y los salarios por la escalera).

La Revolución Francesa coincidió con un aumento desmesurado de los impuestos, con la subproducción en desarmonía con el aumento de la población, con el desprestigio de los valores morales, políticos, religiosos y culturales, con el exasperamiento de las luchas de clases. Actualmente, la inflación galopante, las devaluaciones monetarias frecuentes, cumplen el mismo papel que los impuestos indirectos abusivos, en los años inmediatos a la Revolución Francesa. Estas condiciones críticas se dan, en cierto modo, en países del "Tercer Mundo"; sobre todo, en América Latina, donde ya hasta la Iglesia, en muchos de sus escalones, trata de desvincularse del capitalismo y el imperialismo dominante. A menos que no se haga una profunda Reforma no se evitará una Revolución continental en América Latina. Tal pudiera ser el signo y el destino de todo un subcontinente, en los años decisivos de la década de 1970/80.

La crisis económica, financiera, social y revolucionaria está abierta en el mundo de nuestro tiempo. Ha fracasado un **reformismo católico** (que sólo acortó las faldas de las monjas y vistió de seglares a los curas, sin entrar más hondo en un cambio de estructuras); pero los católicos revolucionarios de América Latina, que siguen a Camilo Torres, se proyectan hacia la reforma política, económica, social y religiosa con aires revolucionarios, como la Reforma del siglo XVI; aunque actualmente, no burguesa, sino socialista, descolonizadora del imperialismo, destructura del feudalismo residual latinoamericano.

Por otra parte, el **comunismo soviético** (que es capitalismo de Estado), se ha desenmascarado como **neo-imperialismo** contra Checoslovaquia, China, Albania, Rumania y Yugoslavia; en el Este hay, por tanto, peligro de guerras marginales revolucionarias (como en el Oste), en lucha contra la burocracia soviética por la restauración del socialismo: democracia directa de los Soviets de 1917, que se ha convertido en **autogestión económica** en Yugoslavia, como primera fase de la sociedad socialista, lo cual debe ser completado por una **cogestión socialista** a nivel superior de las economías sociales (planificadas con socialismo y libertad). En el mundo capitalista occidental, la "rebelión de los estudiantes", en Francia durante el mes de mayo de 1968, ha indicado que ello no fue un episodio, sino el comienzo de un proceso revolucionario hacia la sciedad socialista, que no quiere ni la burocracia soviética de Oriente

ni la burguesía monopolista del Occidente. En Checoslovaquia, igualmente, los incidentes entre checos y soviéticos, luego de la invasión de territorio checoslovaco, no constituye un acontecimiento desagradable para el comunismo autoritario soviético, sino el comienzo de lucha contra él; un prceso histórico de descolonización de los países del COMECON, frente a la dominación del rublo, como la CEE contra el dólar luego, de la rebelión de los estudiantes, de la resistencia de algunos países europeos a no convertirse en meros satélites del Pentágono y de Wall Street.

Esta era revolucionaria la realizarán movimientos que unan a su bandera de guerra revolucionaria, la reforma religiosa profunda, la lucha por el socialismo, la democracia directa, la instauración de órganos de producción sin dominación de las burguesías ni de las burocracias. Una Revolución requiere, en el "Tercer Mundo", conjugar algunos de esos aspectos, para tener un 80 % de población favorable a la insurrección contra el feudalismo y el imperialismo, sin cuya masa de población es improbable ganar la Revolución, frente a los ejércitos nacionales cipayos y al imperialismo que los apoye contra sus pueblos.

Entramos en la época más revolucionaria del mundo contemporáneo, pero hay muy pocos revolucionarios preparados, política, económica y estratégicamente, para sustituir al capitalismo, como le sucedía a los clientes y a los esclavos del mundo antiguo con un esclavismo decrépito, anacrónico, que ya estaba fuera de época, desde la rebelión de Espartaco, aunque duró cuatro siglos más después de esa epopeya de los gladiadores.

La crisis económica va a ser más y más grande, a medida que no se respetan más leyes que las de la propiedad privadas: las de la explotación del hombre por el hombre y las de la dominación de las naciones débiles por las naciones imperialistas. Vamos hacia una crisis total, que lo abarcará todo, mientras se acumulen contradicciones económicas, sociales e internacionales, paralizantes de la producción social, debido a que el único Dios, en el mundo, no es Cristo, Buda o Mahoma, sino el Dinero: el Becerro de Oro, cuyos templos más grandes y corrompidos están en Wall Street y la City.

La naturaleza, el capital y el trabajo aparecen como opuestos entre sí. El trabajo no tiene ni la tierra ni el capital, para que el patrón o el terrateniente se beneficie con

la plusvalía: extraída del trabajo ajeno no pagado. En este sentido, la conciencia del trabajador, de miles de millones de asalariados, quiere ser otra cosa que su desdicha, ya que se siente alienada por el mundo del capital, de la propiedad privada, del dinero. Nuestro mundo es paradógico: tiene las fronteras de la astronáutica y todavía está en las fronteras nacionales de la época del feudalismo; unos países (despoblados) cuentan con 4 kilómetros por habitante, mientras, en otros, hay 400 habitantes por kilómetro cuadrado; unos países (ricos) crecen a menos del 1 % de población anual, mientras los países pobres, aumentan al 3 %, como en América Latina. Todo está dado, histórica, política y económicamente, para una gran revolución social; pero debe darse con un programa de socialismo y libertad, con libre albedrío de la persona, con autogestión y cogestión de la producción de los trabajadores por industria o sector, por empresa básica. Quienes no planteen a la historia lo que ella pueda resolver, es absurdo que recurran a la violencia, a la guerra revolucionaria, ya que no conquistarían población favorable, simplemente con el terrorismo inútil, con un nihilismo a destiempo. Los pueblos están cansados de frases y de falso socialismo, que es capitalismo de Estado: totalitarismo político en el Este; los pueblos piden libertad y socialismo, inseparablemente.

América Latina se proyecta históricamente hacia una gran revolución continental: las naciones latinoamericanas, dentro de su actual balkanización, constituyen espacios económicos neo-coloniales del imperialismo del dólar. La nación (con apariencia de soberanía política y con colonización económica) y el individuo (enajenado como mercancía en el sórdido mundo burgués), son dos categorías que deben ser superadas, mediante la unidad continental latinoamericana y la integración del individuo en la sociedad libre, tomando como base económica la autogestión de la economía por los productores directos, sin la mediación onerosa y explotadora de las burguesías o de las burocracias, que se reparten inconsultamente la plusvalía.

La sociedad debe venir en ayuda del individuo desalienado: la alienación del obrero en el salario sólo será posible mediante la autogestión de la producción por los trabajadores, de tal suerte que la libertad individual y el interés social no sean contradictorios. La sociedad sin clases oprimidas y opresoras, explotadoras y explotadas, tiene que ga-

rantizar la personalidad por medio de una sociedad libre, en que los productores elijan democráticamente a los consejos de productores y directores, ejerciendo sobre ellos un control democrático, siendo todos los cargos elegibles y revocables, en cuanto no cumplan con su cometido delegado.

En la sociedad libre, inicialmente, una vez desburocratizada y desaburguesada la economía y la política, habrá que invertir, cuando menos, el 30 % del producto bruto social, para que el crecimiento económico sea superior a la media lograda por el capitalismo privado o el capitalismo de Estado. Pues nada justifica, histórica y políticamente, la sustitución de un viejo régimen, si el que le sucede crea menos fuerzas productivas, menos cultura, menos tecnología, menos nivel de vida, menos productividad por hombre-hora de trabajo. La libertad no es una categoría abstracta, una satisfacción íntima del espíritu, un concepto metafísico, una alienación, sino que la libertad es también aumento progresivo del nivel de vida popular, objetivizado como realidad concreta. Sin nivel de vida en aumento, sin productividad creciente, sin costos decrecientes y consumos crecientes, sin más y más poder del hombre sobre la naturaleza, la libertad es meramente ideal.

La Revolución latinoamericana se tiene que hacer con más clases que el proletariado urbano. América Latina, a diferencia de Europa occidental y de Norteamérica, tiene más población rural que urbana de media continental, si bien ya muchas naciones latinoamericanas tienen tanta población urbana como los países más industrializados de Europa y América del Norte. Latinoamérica, en su conjunto, constituye todavía una **civilización agraria**, sobre la base del predominio político y económico de los grandes propietarios rurales, que integran tradicionalmente la clase más castificada (la oligarquía). Europa y Norteamérica pertenecen ya a la **civilización industrial** con alta productividad, tecnológica desarrollada, capital concentrado, sociedad de consumo, proletarización de la masa humana y población masiva en grandes urbes y complejos industriales. **La Royal Dutch-Shell cuenta con un activo de U$S 10.521 millones y con 225.000 obreros y empleados. La General Motors Company con un volumen de ventas anuales por valor de U$S 20.000 millones y 750.000 obreros y empleados, la FIAT con U$S 1.246 millones y 128.344 obreros y empleados, por no citar a otras empresas del gran capitalismo, que forman "es-**

tados dentro del Estado"; lo cual, estratégicamente, da a la Revolución, forma preferentemente urbana y no rural.

En América Latina, estadísticamente, el sector salarial quizá constituye la mayor parte de la población. Consecuentemente, la Revolución latinoamericana, debe ser preferentemente urbana, en zonas con predominio demográfico de la ciudad sobre el campo; y rural, donde la población es campesina mayoritariamente: bien arriba del 50 % del total. Ahora bien, en muchos países latinoamericanos, la población rural está constituída por obreros asalariados de los algodonales y los cañaverales; las plantaciones de bananos, café y cacao, que dan a las masas campesinas una configuración más proletaria que a los obreros de las industrias urbanas (un tanto aburguesados en países subdesarrollados). Por consiguiente, la clave de la Revolución latinoamericana estriba en hacer la alianza obrera y campesina revolucionaria, reforzada con estudiantes, intelectuales y clases medias proletarizadas. Con este frente de liberación unido, desde los católicos desaburguesados a los anarquistas, se puede hacer ya la Revolución latinoamericana.

Pero sin liberarse del pacto con las burguesías nacionales, de la pasividad ante la agresividad del imperialismo y del entreguismo de la burocracia soviética, la Revolución no es posible ni siquiera como reforma democrático-burguesa.

Un revolucionario profesional debe conocer a fondo la economía, la estrategia, la dialéctica y la política. Pero, además de eso, ha de partir de un principio revolucionario fundamental: las ideas que no se arman nunca triunfan, política e históricamente. La "praxis" anarco-marxista es la unidad del pensamiento y la acción, sin desarmonizar entre el acto y el pensamiento.

INDICE

Pag.

INTRODUCCION 5

I *La dialéctica de la guerra* 15

Principios de guerra subersiva 17
Categorías estratégicas 19
¿Qué es estrategia? 21
¿Qué es táctica? 22
El tiempo estratégico 22
El espacio estratégico 24
Principio de la economía de fuerzas 28
La libertad de movimientos 31
La sorpresa en el ataque 33
La superioridad del número 35
La superioridad del fuego 43
Principio de las armas combinadas 46
Servicio de información 50

II *Características de la Revolución Latinoamericana* 55

Latinoamérica: análisis estratégico 56
Un vasto espacio neo-colonial 57
El ejército enemigo 59
La guerrilla 61
La población 62
David contra Goliat 65

III *Teoría del "foco" insurreccional* 67

Tesis sobre la teoría del "foco" 69
Las tres fases de la guerra revolucionaria 71
Estrategia de la autodefensa 71
Estructura de un ejército revolucionario 72
Partido y guerrilla 73

Programa de liberación para América Latina 73
Guerrilla: ciudad y campo 75
La ley de la cantidad que cambia la calidad 77
Correlación de fuerzas en presencia 78
Espacio, tiempo y población 80
Errores estratégicos 81
Doctrina estratégica 83
Guerrilla y contra-guerrilla 85
Problemas estratégicos de la guerra popular 88
Principios de guerra revolucionaria 90
¿Cuántos hacen una Revolución? 92
Dialéctica de las condiciones revolucionarias 94

IV *Inevitabilidad de la guerra entre las dos Américas* 98

Descolonización y revolución 100
Latinoamérica: recursos minerales estratégicos (cuadro) 102
Latinoamérica: 20 países no valen uno .. 104
Latinoamérica-Norteamérica: la ley de desarrollo desigual (cuadro) 105
Descolonización revolucionaria 108

V *La revolución agrarista en Latinoamérica* 114

La insurrección agraria 115
Latinoamérica: estructura de la propiedad rural (cuadro) 116
Agricultura: desarrollo desigual entre Latinoamérica y Norteamérica (cuadro) . 118
Producción, intercambio y disponibilidad de cereales en el mundo (cuadro) 120
Alianza obrero-campesina 121
Revolución y subdesarrollo agrícola ... 124
Socioeconomía de Latinoamérica 128
Latinoamérica: composición porcentual de las clases sociales (cuadro) 130
Economía, sociología y estrategia 133
F. Engels y las guerras campesinas 134

VI *Los estudiantes y la Revolución latinoamericana* 144

La rebelión de los estudiantes 150
La revolución cibernética 155
Estudiantes versus imperialismo 160
Insurgencia estudiantil 165

CONCLUSION 172

Impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la **Comunidad del Sur**, Canelones 1484, Montevideo, en junio de 1969
Edición amparada al artículo 79, Ley 13.349 Comisión del Papel.